
HARLEQUIN
Jazmín
LA DINASTÍA FALCON
Lucy Gordon
Enamorada de un rebelde

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

ENAMORADA DE UN REBELDE, N.º 97 - diciembre 2013
Título original: Falling for the Rebel Falcon
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3901-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

–No me dejes. Por favor… ¡No me dejes!

La voz de Varushka se alzó en un grito de desesperación. Se dirigía a una persona que no estaba allí, que no había estado allí desde hacía muchos años y que nunca lo estaría.

–¿Dónde estás? ¡Vuelve! ¡No me dejes!

Gritó y gritó, hasta que los brazos de una persona muy querida para ella se cerraron sobre su cuerpo.

–Estoy aquí, mamá. No me he marchado a ninguna parte.

La voz del joven sonó cálida y reconfortante, pero no tuvo efecto sobre la mujer de mediana edad que estaba sentada en el jardín.

Tenía los ojos cerrados y parecía atrapada en la cárcel de su desesperación.

–No te vayas. Quédate conmigo. Te lo ruego.

–Mamá, despierta… –rogó el joven–. Soy yo, Leonid, tu hijo. No soy… la persona a la que estás llamando. Abre los ojos. Mírame.

Ella abrió los ojos y lo miró con desconcierto, como si no lo reconociera. A Leonid se le hizo un nudo en la garganta. Estaba al borde de las lágrimas, pero consiguió sacar fuerzas de flaqueza y se contuvo.

–Mamá, por favor…

La expresión de la mujer cambió de repente. Sus labios se arquearon hacia arriba en una sonrisa débil al reconocer a Leonid.

–Perdóname –susurró–. Me he quedado dormida y he soñado que él estaba conmigo. Hasta he sentido sus manos.

Leonid también sonrió.

–Eran mis manos, mamá. He salido al jardín para despedirme de ti. Me voy a París, a la boda de Marcel. Te dije que tenía que ir. ¿Ya no te acuerdas?

Ella suspiró.

–Sí, por supuesto que me acuerdo.

Los dos sabían que la angustia de la madre de Leonid no era consecuencia del viaje a París, sino de otra separación.

De la memoria de un hombre que le había jurado que volvería, y que solo había vuelto unas cuantas veces a lo largo de treinta años.

–Sí, sé que te tienes que ir –continuó ella–. Tu padre te está esperando. Seguro que arde en deseos de verte.

Leonid pensó que era posible que ni siquiera estuviera en París.

Muy pocos hombres habrían perdido la oportunidad de asistir a la boda de uno de sus hijos, pero Amos Falcon no era como la mayoría de los hombres.

–¿Llevas mi carta? –preguntó Varushka–. ¿Se la darás?

–Naturalmente, mamá.

–¿Y me traerás su contestación?

–Te lo prometo.

Leonid se dijo que le llevaría una contestación aunque tuviera que asaltar a Amos Falcon y retorcerle un brazo.

–Hasta es posible que vuelva contigo... –dijo ella en voz baja–. Dime que volverá contigo, Leonid. Prométemelo.

–No te puedo prometer eso, mamá. Ya sabes que es un hombre muy ocupado. Y ahora, con la boda de Marcel, tendrá poco tiempo.

–Pero, ¿lo intentarás?

–Lo intentaré.

–Dile que le echo de menos.

–Haré lo que pueda –replicó Leonid–. Y ahora, ¿no crees que deberías volver a casa? Empieza a hacer frío.

–Prefiero quedarme aquí. Este lugar me encanta.

Varushka señaló la pradera que descendía suavemente, ofreciéndoles una vista preciosa del río Don.

–Es el lugar donde nos conocimos, el lugar donde algún día nos volveremos a ver –continuó con mirada soñadora–. Estoy segura de ello. Solo tengo que ser paciente.

–Mamá...

–Adiós, mi querido hijo. Te estaré esperando.

Leonid le dio un abrazo, la besó en la mejilla y se alejó.

Mientras caminaba hacia la casa, vio que una mujer de edad avanzada estaba mirando por una de las ventanas. Era Nina, la mujer que cuidaba de su madre. Momentos después, se encontraron en la puerta.

–¿Cómo está?

Leonid suspiró.

–No muy bien. Me ha dado una carta para mi padre. Está convencida de que sigue enamorado de ella.

–No me lo puedo creer. Amos Falcon la utilizó, la abandonó y rompió todas las promesas que le había hecho.

Nina era completamente sincera con Leonid. Aunque trabajaba para él, sabía que no estaba obligada a morderse la lengua en lo tocante a Amos Falcon.

Leonid la quería mucho. Confiaba plenamente en ella. Gracias a Nina, podía dejar Moscú y viajar a París con la seguridad de que su madre estaría en buenas manos.

–Bueno, no rompió todas sus promesas –le recordó–. La apoyó económicamente...

–Y se mantuvo a distancia –puntualizó Nina–. ¿Dónde estaba Amos Falcon cuando el marido de Varushka se enteró de que no era tu padre? ¿Corrió a sus brazos, quizás? No. Se limitó a enviarle dinero.

–Nina... sufro por ella tanto como tú.

–Entonces, ¿harás algo?

–Haré lo que pueda.

–Habla con él y consigue que venga a visitarla, por favor. Sabes que le gustaría mucho. Sería muy importante para ella.

Leonid volvió a suspirar.

–Varushka vive en un mundo de fantasía. Sigue convencida de que la ama y de que algún día volverá con ella. No estoy seguro de que contribuir a esa fantasía sea lo más adecuado. Debería asumir la realidad.

–Deja que sueñe, Leonid. Al menos, sirve para que se sienta mejor.

–Sí, claro... –Leonid le apretó la mano con afecto–. ¿Qué haría yo sin ti, Nina?

–No lo sé, pero no te preocupes; no pienso irme a ninguna parte –comentó con humor–. Saldré al jardín para que tu madre no esté sola. Y márchate de una vez o perderás el avión.

Leonid se despidió y se dirigió al vado de la casa, donde le estaba esperando un coche con chófer.

Antes de subir al vehículo, se giró hacia el jardín. Su madre agitó la mano en gesto de despedida y él le lanzó un beso y la mejor de sus sonrisas, para que Varushka no sospechara que estaba

dominado por la tristeza y un sentimiento de vacío.

Leonid estaba convencido de que su madre no mejoraría nunca. Hacía cualquier cosa para tenerla contenta, pero no le podía dar la felicidad que soñaba.

Cuando el coche arrancó y desapareció en la distancia, Varushka se giró hacia Nina y declaró con alegría:

–Oh, Nina, es tan maravilloso... Leonid va a París a ver a su padre. Y cuando vuelva, Amos volverá con él.

–Si puede convencerlo...

–Podrá, no lo dudes. Leonid ha dicho que lo traerá a Moscú. Me lo ha prometido.

Capítulo 1

Cuando sonó el timbre de su casa, Perdita imaginó la identidad de la persona que estaba llamando. Y no se equivocó. Se trataba de Jim, el agradable joven que estaba empeñado en ser su novio.

–Perdita, no me puedes hacer esto. No es justo.

–Calla... no hables tan alto. Entra, por favor.

Jim entró y se sentó inmediatamente en el so-fá.

–¿Cómo esperas que me sienta? Ardía en deseos de estar contigo y me has dejado plantado con un simple SMS...

–Yo no te he dejado plantado –se defendió–. Me he limitado a decirte que la semana que viene no puedo ir contigo de excursión. Ha surgido algo importante. Lo siento mucho, Jim, pero tendremos que dejarlo para otro momento.

Las suaves palabras de Perdita no aplacaron a Jim. Perdita Davis tenía demasiado talento con ese tipo de situaciones. Primero conquistaba el corazón de un hombre y después se lo quitaba de encima con una sonrisa encantadora.

Se salía con la suya porque era una mujer impresionante, de largo pelo rubio, preciosos ojos azules y una figura tan perfecta que se podía poner cualquier cosa y le quedaba bien.

Jim pensó que ese era el problema. Perdita sabía hasta dónde podía llegar.

–Me iré pronto –continuó ella–. Tengo que cubrir una noticia de las que no se pueden pasar por alto.

Jim asintió. Perdita era periodista y trabajaba por cuenta propia. Siempre estaba a la caza y captura de una exclusiva.

–¿Y adónde vas, si se puede saber?

–A París. He reservado habitación en el hotel La Couronne.

–Pero si es el más caro de la capital francesa...

–Lo sé. Solo quedaba una habitación cuando llamé por teléfono. Se empezó a llenar en cuanto se extendió el rumor.

–¿Qué rumor?

–El de la boda, claro. Marcel Falcon se va a casar dentro de unos

días.

–¿Y quién diablos es Marcel Falcon?

–El propietario de La Couronne, aunque eso no es lo más relevante. Marcel es hermanastro de Travis Falcon. Seguro que has oído hablar de él.

–Cómo no. Es una estrella de la televisión.

–Últimamente ha salido mucho en los medios. Al parecer, está saliendo con una mujer que no encaja con el modelo sexy y provocador de sus relaciones anteriores. La gente está loca por saber algo más.

–Comprendo...

–Mi contacto en París me ha dicho que Travis Falcon estará en la boda y que asistirá en compañía de su pareja actual. Solo tengo que ir y hacerles unas cuantas fotografías. Bueno, a ellos y a los demás.

–¿A los demás?

Ella se encogió de hombros.

–Al resto de la familia Falcon. El padre es Amos Falcon, un hombre muy importante en los círculos financieros. También se rumorea que estará presente. Y con él, todos sus hijos.

–¿Cuántos tiene?

–Cinco, de cuatro madres distintas. Darius, que es inglés y ha seguido los pasos de su padre; Jackson, que hace documentales para televisión; Marcel, el francés de la familia; Travis, un estadounidense y, por último, Leonid, que es ruso.

–Vaya, tienen toda una colección de nacionalidades... –ironizó Jim–. Amos Falcon debe de viajar mucho.

–Viajaba –puntualizó ella–. Ahora ya tiene setenta y tantos años y vive en Mónaco con su última esposa. A simple vista, parece que se ha convertido en un hombre bastante respetable, pero las apariencias engañan. Los tigres no cambian de rayas.

–Pero el hotel estará lleno de periodistas –observó–. ¿Por qué te molestas en viajar a París? Serás una más entre una multitud. No tendrás ninguna oportunidad.

Perdita le lanzó una mirada irónica. Ella nunca había sido una más.

–No se van a casar en un lugar público. Se van a casar en La Couronne, para controlar a la gente y mantener a la prensa a distancia. Pero yo estaré en el hotel en calidad de cliente, así que no

me podrán echar. Y, si juego bien mis cartas, hasta es posible que consiga una invitación para la boda.

Jim rompió a reír.

–Estás soñando despierta, Perdita. Te creo capaz de muchas cosas, pero dudo que consigas esa invitación.

–¿Quieres apostar algo?

–No, no... Si alguna persona puede conseguirlo, esa persona eres tú. Pero ándate con cuidado. Algún día, encontrarás la horma de tu zapato. Conocerás a un hombre que sepa jugar tu juego mejor que tú.

–Nadie sabe a qué juego –declaró con fingida inocencia.

–Él lo sabrá. Y lo lamentarás.

–Puede que sí y puede que no. Hasta es posible que lo encuentre divertido. Cuanto más dura es una batalla, mejor sabe el triunfo.

Jim captó la indirecta de Perdita. No lo había dicho de forma explícita, pero acababa de insinuar que él no era ni sería nunca ese hombre.

–¿A qué hora sale tu vuelo?

–Dentro de tres horas. Estaba a punto de llamar a un taxi.

–No es necesario. Te llevaré al aeropuerto.

–Muchas gracias... ¿Cómo es posible que seas tan dulce y comprensivo?

Jim pensó que era una buena pregunta. Era evidente que él le importaba muy poco a Perdita; pero, a pesar de ello, se sentía en la obligación de echarle una mano. Perdita tenía un efecto extraño en los hombres.

Momentos más tarde, llevó sus maletas al coche, se aseguró de que estuviera cómoda y tomó el camino del aeropuerto.

–Si la boda de los Falcon se ha mantenido en secreto, ¿cómo es posible que te hayas enterado? –preguntó él.

–Me lo dijo alguien que me debía un favor.

A no le extrañó en absoluto. Siempre había alguien que le debía un favor.

Cuando llegaron al aeropuerto, la acompañó a facturación de equipajes y se vio recompensado con un beso en la mejilla.

–Gracias, Jim. Ya nos veremos.

Jim se dio cuenta de que no había dicho cuándo. Y pensó que, al subir al avión, ya se habría olvidado de él.

Sin embargo, el joven se equivocó en ese aspecto. Perdita pensó en él hasta unos minutos después de que el avión despegara. Sabía que le había hecho daño y, aunque no lo había hecho a propósito, lo lamentaba.

Ya era medianoche cuando el aparato aterrizó en el aeropuerto Charles De Gaulle y Perdita pasó el control de pasaportes. Al salir a la terminal, descubrió que una mujer de mediana edad la estaba esperando. Era Hortense, una ejecutiva francesa con muchos contactos.

Se llevaban bien y habían establecido una relación que se basaba en el intercambio de favores.

Tras los saludos oportunos, se dirigieron a un coche.

–No sé cómo darte las gracias –dijo Perdita, ya de camino a París.

–No es necesario. Te debía una –replicó su amiga–. Además, ha sido un golpe de suerte. La empresa para la que trabajo va a organizar la boda.

–¿Por qué se ha hecho tan deprisa?

–Porque se rumorea que Marcel tiene miedo de perder a Cassie. Cuando ella aceptó su oferta de matrimonio, él decidió actuar con rapidez para adelantarse a la posibilidad de que cambiara de opinión.

–¿Y la familia?

–Se supone que llegan mañana. Travis, desde Los Ángeles; y Darius y Jackson, desde Inglaterra. Es posible que también aparezca Leonid. Ha reservado una habitación, pero no saben si vendrá. La gente dice que es un hombre duro como el acero. Y que cruzarse en su camino es peligroso.

–Vaya. Suena interesante.

–Es peligroso –insistió–. Ten cuidado con él.

–¿Para qué? Tener cuidado no es divertido.

Hortense la miró con exasperación.

–¿Es que todo tiene que ser divertido?

–Por supuesto. Divertirse es bueno. Y creativo. Si te estás divirtiendo, mantienes el control y siempre le pillas con el pie cambiado.

–¿Le pillas? ¿A quién te refieres?
–Al hombre.
–¿A qué hombre?
–A cualquier hombre.
–¿Y eso es importante?
Perdita sonrió.
–Claro que sí. Es muy importante.
Hortense no dijo nada. Perdita tenía un sentido del humor tan desarrollado que nunca sabía cuándo estaba de broma y cuándo hablaba en serio.
Al cabo de un rato, el coche llegó a uno de los barrios más elegantes de París y se detuvo delante de un edificio verdaderamente lujoso.
–Ya hemos llegado. Bienvenida al hotel La Couronne –dijo Hortense.
–Guau. Es fabuloso...
–Fue un palacio de unos aristócratas que perdieron su posición con la Revolución francesa. El edificio pasó de mano en mano y se fue degradando hasta que Marcel lo compró. Los hoteles elegantes son su especialidad, y La Couronne es la niña de sus ojos.
Tras pasar por recepción, Hortense la acompañó a su habitación. Era tan lujosa que Perdita asintió al verla, encantada.
–Sé que es cara, pero no tenían más habitaciones –explicó su amiga–. Además, está en el pasillo de las suites de los Falcon.
–Y eso es lo que importa.
Llamaron al servicio de habitaciones, pidieron que les subieran algo de comer y se dedicaron a disfrutar de la comida.
–No sabía si podrías venir tan pronto –dijo Hortense–. ¿Te ha costado mucho?
–Bueno, sé de alguien que no se ha alegrado mucho.
–¿Algún hombre?
–Sí.
Perdita le habló brevemente de Jim y añadió:
–De todas formas, me ha venido bien. Mañana tenía que ir a casa de mis padres. Han organizado una fiesta para celebrar el compromiso de mi prima Sally y prefería no estar presente.
–Tus padres son profesores, ¿verdad? Tengo entendido que son famosos en los círculos intelectuales.

Perdita asintió. El profesor Angus Hanson era un hombre imponente, cuya sabiduría era fuente de asombro para sus más allegados.

En cuanto al resto de la familia, ocupaban cargos importantes en el mundo de la educación. Todos, menos ella.

–A mí siempre me han tenido por la oveja negra de la familia. Creen que soy frívola, insensata e insensible.

–¿Y por qué preferías no ir a la fiesta?

–Porque el prometido de Sally es un conocido mío. Mantuvimos una relación hace tres años. Las cosas iban bien, pero surgió una noticia importante. Un mandamás se fue de la lengua y decidí investigar. Fue bueno para mí, desde un punto de vista profesional.

–Ah, sí, recuerdo haberlo oído. Te dio una gran reputación.

–Sí, pero Thomas estaba horrorizado. Pensaba que yo era terriblemente vulgar y quiso que abandonara mi carrera.

–Pero no la dejaste.

–No. Y cuando me negué...

Perdita se encogió de hombros y dejó la frase sin terminar.

–Si te hubiera querido de verdad, no te habría partido el corazón.

–¿Quién dice que me partió el corazón? Me surgieron oportunidades nuevas, así que no tenía tiempo para pensar. Además, ya me había dado cuenta de que no me quería. Estaba conmigo porque quería labrarse un futuro en el mundo académico y pensó que mi familia le sería de gran ayuda.

–De modo que ha decidido cortejar a tu prima –dijo.

–En efecto.

–Entonces, es mejor que no vayas a esa fiesta.

Perdita sonrió.

–Lo único académico que yo tengo es mi nombre. Cuando mi padre descubrió que mi madre se había quedado embarazada otra vez, dijo que eso iba a su perdición.

–¿Y te llaman Perdita por eso? –preguntó.

–Sí. Perdición les parecía demasiado fuerte, así que lo cambiaron y lo dejaron en Perdita –contestó.

–Pero no es tu nombre de verdad... Aunque firmes tus artículos como Perdita Davis, he notado que, en los cheques, pones Erica Hanson.

–Eres muy perceptiva. Erica Hanson es mi verdadero nombre, pero solo lo uso para asuntos oficiales. Digamos que Erica es la mujer que vigila las cuentas bancarias, paga los impuestos y se porta bien. En cambio, Perdita es una chica superficial que no da ninguna importancia a ese tipo de cosas.

–¿Y de dónde sacaste el apellido Davis?

–Me lo inventé. Mi familia me rogó que no usara el apellido de la familia. Tenían miedo de que hiciera algo terrible y los asociaran conmigo –respondió con humor.

–Pero eso es horrible –dijo Hortense, indignada.

Perdita se encogió de hombros.

–Pobrecillos. Tienen que pensar en su reputación.

–La reputación es irrelevante –declaró con vehemencia–. Eres una mujer con éxito, pero te tratan como si no valieras nada.

–Oh, no seas tan melodramática. No tiene tanta importancia.

Perdita lo dijo con un tono de despreocupación, para ocultar el hecho de que Hortense estaba hablando de uno de los aspectos de su familia que más le disgustaban.

El rechazo de sus padres le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

–Seguro que están celosos –afirmó Hortense–. Has llegado muy lejos y en muy poco tiempo. Aunque es verdad que, a veces, te arriesgas demasiado.

–Ya no me arriesgo tanto. He aprendido a ser menos imprudente. Ya no rompo tantas normas. Me he vuelto respetable.

–¿Respetable? ¿Tú?

Perdita se encogió de hombros otra vez.

–Sí, claro. Seria, respetable, recta.

–¿Se puede saber de qué estás hablando?

–¿Es que no te enteraste?

–¿De qué?

Perdita pronunció el nombre de un periodista tan famoso que lo conocían en medio mundo.

–¿Te refieres al tipo que engañó a aquella mujer? Una historia terrible, con un final trágico... –comentó Hortense.

–Desde luego.

–Tú no tuviste nada que ver, ¿verdad?

–No, nada en absoluto.

–¿Y qué relación tiene con tu cambio de actitud?

–Una relación tangencial, por así decirlo. Conocí a ese tipo hace unos años, y yo estaba tan confundida que sus métodos me parecieron casi admirables. Pero aquel suceso me hizo reflexionar. Me di cuenta de que había tomado un camino equivocado.

–¿Insinúas que la recta y sensata Erica ha tomado el control? ¿Que la intrépida Perdita ha dejado de existir?

–No, claro que no. Perdita sigue estando donde estaba, y eso implica arriesgarse. Pero ahora tiene más cuidado con las cosas que pueden hacer daño a terceras personas.

Hortense soltó una carcajada.

–Si alguna vez encuentras al hombre de tus sueños, vas a tener que tomar una decisión. Tendrás que elegir entre tus personajes –le advirtió–. No puedes ser dos mujeres a la vez.

–El hombre de mis sueños no existe. Nunca me han roto el corazón y nunca me lo van a romper. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

–Vamos, no me digas que el amor no te interesa... –protestó Hortense–. Estás en una ciudad muy romántica.

–Pero tengo trabajo. Ya me pondré romántica cuando termine –ironizó.

–Bueno, reconozco que en eso tienes razón. Lo cual me recuerda que debería acostarme; mañana voy a tener un día muy complicado. Buenas noches, Perdita. Nos veremos a la hora de desayunar.

En cuanto se quedó a solas, Perdita se acercó a la ventana de la habitación y admiró la Torre Eiffel, que se veía en la distancia.

La ciudad era tan elegante que sonrió para sus adentros. Era un símbolo de la vida que quería llevar y de la imagen que pretendía dar.

Le había dicho a Hortense que nunca le habían partido el corazón. Y casi era cierto.

Tras su separación de Thomas, se había concentrado completamente en su trabajo. Pero luego conoció a Frank, un fotógrafo. Empezaron a trabajar juntos y se enamoró de él, aunque ahora lo negara. Desgraciadamente, Frank la traicionó. Se aprovechó de su talento para acceder a una noticia importante y vendió las fotografías a un periodista que le podía ayudar más con su carrera.

Desde entonces, Perdita trabajaba sola. Había aprendido mucho con Frank, así que ya no necesitaba fotógrafos. Y, ya puestos, tampoco necesitaba a los hombres.

–Puede que no haga lo correcto. Que no esté bien lo de poner el trabajo en primer lugar –se dijo en voz alta–. Pero yo soy así. No es culpa mía. Y me divierte; me divierte mucho… En fin, qué importa. Es hora de acostarse.

A la mañana siguiente, Hortense entró en la habitación de Perdita para ver si ya se había levantado.

–Siento llegar tan pronto –dijo–, pero hoy tengo mucho trabajo.

–No te preocupes. Vamos a desayunar.

Perdita alcanzó el teléfono y llamó al servicio de habitaciones. Mientras esperaban el desayuno, se dio una ducha. Luego, se puso una bata y se sentó a comer con Hortense.

Le pareció una oportunidad perfecta para descubrir más cosas sobre los Falcon, así que dijo:

–¿Qué sabes de Leonid? He estado buscando información, pero no es tan fácil de investigar como los demás.

Hortense sacudió la cabeza.

–Ese hombre es un enigma. De hecho, ni siquiera se apellida Falcon. Su verdadero nombre es Leonid Tsarev. Solo usa el apellido de la familia cuando está aquí, con sus hermanos. Supongo que como forma de cortesía –explicó.

–Pero seguro que sabes algo más…

–Sé que tiene mucho poder en Rusia y que su vida privada no es particularmente interesante. Mis amigos de Moscú dicen que trabaja mucho y se divierte poco. No es un vividor. Tiene fama de adusto.

–Bueno, los hombres adustos también pueden ser interesantes –observó–. Pero eso no me preocupa tanto en este momento como la ropa que me voy a poner…

–¿Quieres que te ayude?

Hortense se levantó y abrió el armario.

–Qué ropa más bonita… –dijo, sorprendida–. ¿Es que tienes un novio rico?

–No. Yo me compro mi propia ropa.

–Pues debes de ganar una fortuna.

–Me va bien –admitió–, aunque no suelo comprar cosas tan caras. Esta vez me he salido del presupuesto porque el trabajo me lo exige. Si quiero pasar desapercibida en un hotel como La Couronne, tengo que parecer tan rica como sus clientes habituales.

–Y lo parecerás... –Hortense sacó unos vaqueros muy caros, de diseñador–. ¿Seguro que te caben?

–Por supuesto que sí.

Hortense miró la prenda y suspiró.

–Yo haría cualquier cosa por entrar en esos vaqueros. Tienes una figura envidiable. –Hortense lanzó los pantalones a la cama–. Anda, póntelos.

–¿Quieres que me ponga eso? No sé si es lo más adecuado. Me gustaría dar una imagen más modesta... incluso algo aburrida.

–No digas estupideces. Si el destino te ha concedido una figura tan perfecta, es que cuentas con su bendición. Y quién sabe cuánto tiempo durará esa bendición... Aprovecha tu suerte, Perdita –le aconsejó–. En fin, será mejor que me vaya. ¿Sabes lo que tienes que hacer si nos cruzamos por ahí?

Perdita asintió.

–Fingir que no nos conocemos.

–Exactamente. Mis jefes se enfadarían mucho si se enteran de que me he puesto en contacto con una periodista. Son extremadamente estrictos en ese sentido.

Cuando se quedó a solas, Perdita se levantó y echó un vistazo al armario. Al final, decidió seguir la recomendación de Hortense. Pero combinó la provocación de los vaqueros con la modestia de una camisa blanca, de seda, que le llegaba hasta los muslos.

Después, salió de la habitación y se dedicó a deambular por el hotel, estudiando el lugar y escuchando. Cuando podía, sacaba la pequeña cámara que llevaba en el bolsillo y hacía fotografías discretamente. Se cruzó con varios miembros de la familia Falcon, pero su objetivo no estaba entre ellos.

Por fin, su suerte cambió. Fue de repente, al salir a un rellano. Un hombre alto, guapo y de cabello oscuro apareció al pie de la escalera, solo. Perdita pensó que tenía que ser él, Travis Falcon. No estaba completamente segura, pero se le parecía tanto que no podía ser otro.

La ocasión era perfecta. Solo faltaba acercarse, llamar su

atención y conseguir que hablara con ella. Pero, ¿cómo? No iba a ser fácil.

–Creo que ya lo tengo –susurró.

Perdita había desarrollado una técnica para ese tipo de situaciones. Fingía que se resbalaba y, con ello, creaba una conmoción suficiente para llamar la atención de cualquiera.

Empezó a bajar despacio, en silencio. No quería que su presa la viera antes de tiempo y desconfiara. Lo había hecho tantas veces que tenía el convencimiento de que saldría bien. Y cuando solo faltaban tres escalones para el final de la escalera, resbaló a propósito y se dejó caer.

Desgraciadamente, el plan falló. La falsa caída que debía terminar de forma suave se convirtió en un dolor intenso a la altura del tobillo.

Perdita supo que se había torcido el pie e intentó agarrarse al pasamanos, pero no lo consiguió. Perdió el equilibrio y se llevó al hombre por delante.

–*Que le diable?* –preguntó él en francés–. *Êtes vous blessé?*

–Lo siento, no entiendo…

–¿Estás bien?

–No estoy muy segura –acertó a decir–. Mi tobillo…

–¿Te lo has torcido?

–Creo que sí.

Él se inclinó sobre Perdita y la ayudó a incorporarse.

–Intenta plantarlo en el suelo. Suavemente.

Ella lo intentó, pero la punzada fue tan dolorosa que se habría caído otra vez si él no la hubiera sostenido.

Perdita lo miró a la cara. Y entonces, supo que se había equivocado.

Aquel hombre se parecía mucho a Travis Falcon. Lo suficiente como para confundirlos en la distancia. Pero no era él.

–Me duele…

–Será mejor que te vea un médico.

Su voz disipó cualquier duda. No tenía acento estadounidense como Travis Falcon. Hablaba con acento del Este de Europa.

–No. Puedo caminar.

–Lo dudo mucho. Pero espera… se te han caído tus cosas.

Ella se agarró a la barandilla mientras él se inclinaba a recoger

el bolso y el pasaporte de Perdita, que se había salido del bolso.

–¿En qué habitación te alojas? –preguntó él.

Perdita le dio el número.

–Muy bien. Pasa el brazo por encima de mis hombros.

Ella obedeció y él la levantó cuidadosamente.

–¿Estás bien? ¿Te hago daño?

–No, no me haces daño.

–Entonces, vamos allá.

Momentos después, llegaron a la habitación de Perdita. Ella sacó la llave del bolso y se la dio. Él abrió la puerta y avanzó hasta la cama, donde la dejó sentada.

–¿Cómo te encuentras?

–Bien. No ha sido para tanto.

–Espero que el médico opine lo mismo.

Él sacó un móvil y llamó a recepción sin pedirle permiso.

–Necesito un médico de inmediato. Una mujer se ha caído por las escaleras.

Tras una conversación breve, cortó la comunicación, se giró hacia Perdita y dijo:

–El médico llegará enseguida.

–Muchas gracias.

–No hay de qué. A decir verdad, me siento culpable de lo que te ha pasado. Estaba distraído y no he podido alcanzarte a tiempo.

Perdita pensó que era la mujer más despreciable del mundo. Él no podía saber que se había caído a propósito, con intención de tenderle una trampa.

Pero se sintió extrañamente halagada por su preocupación. Quizás, porque no estaba acostumbrada a que cuidaran de ella. Siempre había sido una mujer independiente, que se enorgullecía de hacer las cosas sola, sin ayuda de nadie.

–Creo que deberías tomar algo caliente mientras esperamos al médico. ¿Qué prefieres? ¿Té? ¿Café?

–Té, por favor.

Él llamó al servicio de habitaciones y, a continuación, se quedó mirando a Perdita con el ceño fruncido. Por lo visto, tenía algo en la camisa.

–¿Qué pasa?

Perdita bajó la mirada y vio una mancha roja en la tela.

–¿Es sangre? –preguntó, horrorizada.

–No, no te preocupes. Es vino. Llevaba una copa cuando hemos chocado… Qué se le va a hacer; son cosas que pasan. No es como si te hubieras resbalado a propósito, ¿verdad?

–No, claro que no –esta vez fue Perdita quien se sintió culpable–. Siento causarte tantas molestias.

–Sospecho que el causante de las molestias he sido yo. Déjame adivinar… Me has visto, has pensado que era Travis y has perdido el equilibrio.

–Yo… no, qué va… –dijo–. ¿Travis? ¿Quién es Travis?

–Travis Falcon.

–Ah, sí… Es un actor de televisión, ¿verdad?

–En efecto. Nos parecemos tanto que la gente siempre me confunde con él. Y se lleva una decepción cuando descubren que se han equivocado.

–¿Sois parientes?

–Travis es mi hermanastro. Yo soy Leonid; Leonid Tsarev.

Leonid le ofreció una mano y Perdita se la estrechó, intentando poner en orden sus confusos pensamientos. Estaba verdaderamente sorprendida. Ella, una mujer capaz de controlar cualquier situación, no sabía qué hacer.

Respiró hondo y dijo:

–Encantada de conocerte, Leonid.

Capítulo 2

–Bueno, no sé si deberías estar tan encantada –declaró él con humor–. Las cosas no te han ido muy bien desde que nos hemos conocido.

–Es verdad...

Perdita se inclinó y se llevó una mano al tobillo.

–El médico llegará en cualquier momento. Te examinará a fondo.

–Eso espero.

Ella se frotó el tobillo, pero no sintió gran cosa porque la tela de los vaqueros estaba de por medio.

–Me temo que tendrás que quitártelos para que el médico te pueda examinar –dijo Leonid–. Ah, espera un momento... están llamando a la puerta.

Mientras él iba a abrir la puerta, ella se empezó a desnudar. Primero, se quitó el zapato derecho y, a continuación, intentó quitarse el izquierdo; pero el tobillo le dolía tanto que no pudo. Todavía se estaba quejando cuando él volvió al dormitorio con una bandeja. El servicio de habitaciones les había subido el té.

–¿Qué pasa?

–Que no me puedo quitar el zapato.

Leonid dejó la bandeja en la mesita.

–Túmbate y déjamelo a mí.

Ella se tumbó y él le quitó el zapato con sumo cuidado. Le dolió un poco, pero no fue un dolor insoportable.

–Gracias...

Él frunció el ceño.

–No te veo bien el tobillo –protestó.

–Está visto que tendré que quitarme los pantalones.

–Deja que te ayude.

–Pero...

–No te preocupes, no miraré. Es una operación estrictamente médica.

–De acuerdo...

Ella se desabrochó el botón, se bajó la cremallera y se empezó a bajar los vaqueros. Al principio lo hizo bien, pero llegó a un punto en que ya no pudo más. Entonces, Perdita respiró hondo y alzó las caderas para facilitarle el trabajo. Leonid tiró de los pantalones, revelando lentamente sus caderas y sus delicadas braguitas.

Sin embargo, cumplió su palabra. Mantuvo la vista en la tela y no aprovechó la ocasión para admirar su figura.

–¿Te hago daño?

–Un poco, pero no es culpa tuya.

–¿Estás con alguien? ¿Alguien a quien pueda llamar?

–No.

–¿Estás sola? ¿No hay nadie que pueda cuidar de ti?

–No necesito que cuiden de mí.

Él la miró con sarcasmo.

–Me extraña que digas eso, teniendo en cuenta que estás tumbada en una cama mientras un desconocido te quita los pantalones porque tú no puedes.

Ella hizo caso omiso del comentario.

–¿Y tú? ¿No tienes a nadie que cuide de ti?

–Yo tampoco necesito que me cuiden.

–Veo que nos parecemos...

Él sonrió.

–Sí, supongo que sí, señorita Hanson.

Perdita lo miró con desconfianza.

–¿Cómo es posible que sepas mi apellido?

–Lo he visto en tu pasaporte, cuando me he inclinado a recoger el bolso. Te llamas Erica Hanson y eres inglesa.

–Ah, claro...

–Aunque, de todas formas, habría sabido que eres inglesa por tu acento y porque bebes té –afirmó.

–Eres muy perceptivo.

El médico llamó a la puerta en ese momento. Era un hombre de mediana edad, que se acercó inmediatamente a la cama y la empezó a reconocer.

–¿Le duele mucho? –preguntó.

–No, no mucho.

–Parece que solo ha sido una torcedura sin importancia. Nada

que no se cure con un poco de descanso.

–¿Insinúa que tendré que quedarme en la habitación? –dijo, espantada.

–No necesariamente. El hotel le puede proporcionar una silla de ruedas –contestó–. Si quiere, me encargaré de que se la envíen. Y también pediré que le suban un bastón, para que lo use cuando se quiera levantar.

El médico le vendó el tobillo y le dio una caja de analgésicos. Después, se giró hacia Leonid y declaró:

–Volveré mañana. ¿Puede cuidar de ella hasta entonces?

Perdita intentó protestar, pero Leonid se le adelantó.

–Sí, por supuesto.

Leonid acompañó al médico a la puerta. Cuando volvió a la cama, Perdita se había tapado las piernas y la cadera con el edredón.

–No puedo permitir que cuides de mí.

–No tienes elección. Ya lo he decidido.

–Oh, claro. Y yo no tengo nada que decir, ¿no?

–No. Nada en absoluto.

La voz de Leonid sonó dura, pero en modo alguno desagradable. La miraba con unos ojos oscuros y enigmáticos que parecían estar llenos de misterios. Pero también de otras cosas, más lúdicas y, posiblemente, aún más interesantes.

Además, Perdita se recordó que Leonid era hermano del hombre al que pretendía investigar. Un buen motivo para alargar el encuentro.

–Eres muy amable –dijo con suavidad–. Especialmente, con todos los problemas que te estoy causando.

Él hizo un sonido a medio camino entre el suspiro y el gemido.

–Bueno, será mejor que sea sincero contigo. No te estoy cuidando por simple amabilidad. Tengo otras razones.

Perdita sonrió para sus adentros. Dio por sentado que la encontraba tan deseable como ella a él. Y contuvo la respiración, esperando que lo dijera de forma explícita. Pero justo entonces, volvieron a llamar.

–¿Esperas a alguien? –preguntó Leonid.

–No, a nadie.

Leonid abrió la puerta y se encontró ante una joven de

veintitantos años, elegante y muy atractiva.

–Siento molestarte, pero tengo un mensaje para ti que...

La recién llegada se quedó perpleja al ver a Perdita, que naturalmente seguía tumbada en la cama.

–¿Interrumpo algo? –preguntó a Leonid.

–Sí, Freya –respondió él–. Aunque no es lo que estás pensando.

Leonid se inclinó sobre la joven y le dio un beso en la mejilla.

Perdita se sintió terriblemente decepcionada. Había llegado a la conclusión de que la joven era la amante o la novia de Leonid.

–¿Dónde te habías metido? –preguntó Freya–. Te hemos estado buscando por todas partes.

–Lo siento. Es que tenía algo que hacer.

–Ya lo veo... Pero ¿no nos vas a presentar?

–Freya, te presento a Erica Hanson. Erica, te presento a mi hermanastra... Mi padre está casado con su madre.

–Y nosotros nos peleamos como todos los hermanos –dijo Freya, mirando a Perdita con humor–. Encantada de conocerte, por cierto.

–Igualmente.

Freya volvió a mirar a su hermano.

–¿Vienes conmigo? Me tengo que ir...

–No estoy seguro de que sea un buen momento.

–Está bien, como quieras. Nos veremos más tarde, en la reunión familiar. Y espero que Erica te acompañe.

Perdita intentó rechazar la oferta.

–No creo que pueda...

–Por supuesto que puedes. ¡Adiós!

Freya salió de la habitación, pero no antes de girarse hacia su hermanastro y guiñarle un ojo. Obviamente, pensaba que Leonid se había echado novia.

–¿A qué ha venido eso? –preguntó Perdita.

Leonid soltó un suspiro.

–Me temo que mi familia intenta utilizarte.

–¿Utilizarme?

–Freya tiene un buen problema. Mi padre tiene cinco hijos, pero ninguna hija, y se ha empeñado en que Freya se case con alguno de nosotros para que, de esa forma, sea algo más que una hijastra para él. Pero se está quedando sin candidatos. Darius ya se ha casado y Marcel se casará mañana con Cassie, de modo que solo le quedan

tres.

–Oh. Vaya.

–Freya nos cae bien a todos, pero no vamos a permitir que nuestro padre nos diga lo que tenemos que hacer. Por suerte, mi hermanastra no nos ha echado el ojo a ninguno. Por eso se ha alegrado tanto de conocerte. Te considera una especie de protección.

–¿Quiere que tu padre piense que tú y yo somos...?

Leonid asintió.

–En efecto. Que somos pareja.

–¿Y eso es bueno para Freya?

–Por supuesto. Si mi padre cree que estoy contigo, Freya ya no tendrá que preocuparse por mí. Solo tendrá que preocuparse por Jackson y Travis.

–Pero, ¿no se supone que Travis está enamorado? Ha salido en toda la prensa... Su novia estará aquí, con él.

–No lo sé. Es posible, pero nadie lo sabe. De hecho, tampoco sabemos si Amos tiene intención de venir. Está enfadado con Marcel porque se atrevió a elegir esposa en contra de su criterio –explicó–. Pero si viene, Jackson, Travis y yo estaremos en peligro. A no ser que un ángel de la guarda me proteja.

Perdita frunció el ceño.

–Es decir, a no ser que alguien se interponga entre tu padre y tú.

–Exacto. Y como Freya te ha visto en la cama, ha malinterpretado la situación y ha pensado que tú puedes ser ese alguien.

–Pero eso es imposible... estoy segura de que estarás saliendo con alguna chica de tu país. Por cierto, ¿de dónde eres? Tienes acento del Este de Europa.

–Vivo en Moscú.

–Donde, sin duda, conocerás a muchas mujeres...

–Sí, conozco a muchas mujeres, pero no estoy saliendo con ninguna. Si estuviera con alguien, la habría traído conmigo –afirmó–. ¿Y tú? ¿Tienes novio?

Ella sacudió la cabeza.

–No. Soy libre como un pájaro.

Leonid sonrió.

–En ese caso, me podrías acompañar esta noche y mañana,

durante la boda. A fin de cuentas, me debes un favor.
–Sí, supongo que sí.
–Entonces, ¿serás mi ángel de la guarda? ¿Mi protectora?
Perdita pensó que Leonid no necesitaba que lo protegieran. Tenía un aire de hombre formidable que contrastaba extrañamente con su irónico sentido del humor.
–A no ser que tengas otros planes, claro... –siguió él.
–No, en absoluto.
–Además, vas a necesitar que alguien te cuide –le recordó, con expresión triunfante–. De hecho, todo este asunto me ha venido tan bien que tengo miedo de que desconfíes de mí.
–¿Que desconfíe?
–Por supuesto. Cualquiera diría que te dejé caer a propósito.
Perdita se volvió a sentir culpable por lo sucedido, pero se tragó su sentimiento de culpabilidad y dijo, en tono teatral:
–Por supuesto que no. Tú no podrías hacer algo tan canallesco.
Él volvió a sonreír.
–Aunque no lo creas, hay gente capaz de hacer esas cosas.
–¿En serio? ¡No me lo puedo creer!
Los ojos de Leonid brillaron.
–Oh, sí, claro que hay gente capaz. Pero ni tú ni yo caeríamos tan bajo. A no ser que las circunstancias nos obliguen...
–De todos modos, me parece increíble que existan personas así. Quiero que me cuentes más cosas de ellas.
–Te contaré lo que quieras, pero esta noche. Te prometo que te divertirás.
Perdita pensó que eso dependía de lo que se entendiera por diversión. De momento, había conseguido todo lo que quería: colarse en el círculo de los Falcon y conseguir una invitación para la boda. Y eso no era exactamente divertido. Era mucho más. Era fantástico, estupendo, maravilloso.
Como la propia compañía de Leonid.
–¿Y bien? ¿No dices nada? ¿Es que tienes miedo de que me aproveche de ti? –Leonid la miró con la intensidad de un lobo–. No tengas miedo, por favor. Solo será una farsa para engañar a mi padre. Quédate a mi lado y permite que te pase un brazo alrededor de la cintura, para que todos piensen que estamos juntos... Será una simple representación. Y te prometo que no te arrepentirás.

–Está bien. Si me lo prometes...

–Entonces, ¿aceptas?

Ella sonrió. Se sentía como si estuviera al borde de un precipicio. Un paso en falso y estaría en peligro. Pero el peligro no le asustaba. Bien al contrario, le parecía muy excitante.

–Acepto.

–Espléndido... En ese caso, pasaré a recogerte a las seis y media. Además, hablaré con los del hotel para que te envíen una doncella.

–¿Una doncella?

–Para que te ayude a vestirte –respondió–. Y por supuesto, si necesitas un vestido nuevo, sobra decir que lo pagaré yo.

–No, nada de eso. Mi ropa es cosa mía.

–No lo dudo, pero...

–Y prefiero vestirme sin ayuda de nadie –lo interrumpió–. Espero que lo comprendas.

–Como quieras. Pero no te sientas insultada, por favor. Solo intentaba demostrarte mi gratitud.

–No es necesario. Te voy a ayudar porque me apetece. Como has dicho hace un momento, te debo un favor.

Leonid asintió.

–Muy bien. En ese caso, nos veremos más tarde.

Cuando la puerta se cerró, Perdita soltó un suspiro. Leonid Tsarev le estaba haciendo un favor a ella, y mucho más grande de lo que jamás habría imaginado. Pero intentó no sentirse culpable. Tenía que concentrarse en el trabajo. Buscaba el éxito profesional, y lo demás carecía de importancia.

La silla de ruedas llegó una hora más tarde, junto con la doncella que Leonid le había prometido. A Perdita no le hizo mucha gracia, pero permitió que la ayudara a ponerse el vestido de color azul oscuro que había elegido para la ocasión. Era de cuello alto y mangas largas, pero se ajustaba como un guante a su esbelta figura.

Sin embargo, sabía que el efecto del vestido se perdería si tenía que estar confinada a una silla de ruedas. Y tomó la decisión de levantarse en cuanto fuera posible.

A las seis y media, ni un minuto antes ni un minuto después, Leonid llamó a la puerta. Se había puesto un smoking con pajarita que le quedaba muy bien.

–Estás casi perfecta –dijo.

–¿Casi?
–Solo te falta una cosa.
Leonid abrió una caja y le enseñó dos pendientes de perlas.
–Por favor, acepta estos pendientes. Y no te sientas ofendida. Es mi forma de darte las gracias.
–No me siento ofendida. Son preciosos.
–¿Te los puedo poner?
–Por supuesto.
Suavemente, Leonid apartó la melena rubia de Perdita y le puso los pendientes. Ella se miró al espejo e intentó no ser demasiado consciente del roce de sus manos.
–Pero tendré que recogerme el pelo. Si lo llevo suelto, no se verán.
–¿Es necesario que los demás los vean? –preguntó él–. ¿Para qué? Al fin y al cabo, nosotros sabremos que están ahí.
–Sí, eso es cierto. Nosotros lo sabremos.
Él la admiró durante unos segundos. Después, se puso detrás de la silla de ruedas y la miró con humor.
–¿Nos vamos?
Ella asintió y se sentó en la silla.
Ya habían salido al corredor cuando Perdita preguntó:
–¿Tu padre ha llegado?
–No, pero Freya me ha dicho que está al caer.
Leonid se detuvo de repente y miró escaleras abajo. Perdita vio a varios jóvenes.
–Son mis hermanos –continuó él–. Bueno, algunos de ellos.
Justo entonces, uno de los hermanos de Leonid se dio cuenta de que los estaban mirando y los saludó.
–Ese es Darius. Está en compañía de su esposa, Harriet –explicó Leonid–. Venga, vamos a bajar. El ascensor está muy cerca.
Mientras descendían, él preguntó:
–¿Por qué vas en silla de ruedas?
Ella lo miró con desconcierto.
–¿A qué viene eso? Ya lo sabes. Mi caída...
–No, no... me refiero a qué les vas a decir cuando te pregunten. Seguro que quieren saberlo. Y deberíamos contestar lo mismo.
–Ah, claro...
–Para engañar a la gente, hay que planificar las cosas. Aunque

supongo que no tienes mucha experiencia como manipuladora, ¿verdad?

–¿Tú crees?

–Si la tuvieras, sabrías que nuestra historia no puede ser incongruente. Nos tenemos que poner de acuerdo.

Perdita lo sabía de sobra, porque estaba más que acostumbrada a mentir. Pero, por motivos obvios, disimuló.

–Será que soy un poco tonta...

–No, solo inocente. No has aprendido el arte de la manipulación. Por fortuna, me sobra experiencia al respecto.

–Vaya, me siento aliviada...

–Bueno, ¿qué vamos a decir sobre la silla?

–La verdad. Es lo más fácil. Ten en cuenta que los empleados del hotel saben lo que ha pasado –le recordó.

–Tienes razón. En la medida de lo posible, hay que atenerse a la verdad. Ahorra bastantes disgustos.

–¿Eso también lo dices por experiencia?

–¿Tú qué crees?

–Yo creo que...

Perdita no terminó la frase. Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y la familia de Leonid los asaltó. Evidentemente, Freya les había advertido sobre Perdita; pero no había dicho nada sobre la silla de ruedas, y se llevaron una sorpresa. Sin embargo, todos la miraron con curiosidad y amabilidad.

–Te presento a Darius, mi hermano mayor. Y este es Marcel, el dueño del hotelucho en el que nos alojamos.

Todos rompieron a reír.

–Bueno, tengo que decir que es el mejor y más elegante hotelucho en el que he estado nunca –bromeó Perdita.

Su comentario les arrancó otra carcajada.

Perdita acababa de saludar a Jackson cuando apareció una pareja. Leonid los saludó con una sonrisa en los labios y se giró hacia su acompañante.

–Este es mi hermano Travis. Y ella es...

–Charlene.

–Ah, vaya... He oído hablar mucho de ti –dijo Leonid.

–Bueno, no creas todo lo que dice la prensa –comentó Travis–. Yo soy la única persona que la conoce bien.

Travis lanzó una mirada tan cálida a Charlene que ella se ruborizó.

–Os presento a Erica... –declaró Leonid.

–Qué calladito te lo tenías –dijo Travis con humor.

–Todos tenemos secretos, hermanito. Y ahora, ¿qué os parece si vamos a comer?

La familia se marchó a cenar; pero no fueron al restaurante principal del hotel, sino a una sala cercana que se reservaba para ocasiones especiales. Perdita se encontró sentada entre Marcel y Leonid.

Cuando por fin les sirvieron la comida, Perdita se dedicó a observar a los Falcon. La cena era una ocasión perfecta para estudiarlos con detenimiento; empezando por Travis y Charlene, que se miraban como si estuvieran profundamente enamorados.

–Lo estás haciendo muy bien –le dijo Leonid al oído.

–Gracias. Estoy tan nerviosa que no me atrevo a decir nada.

–Hum...

–¿Hum?

–No me pareces nerviosa. Seguro que una mujer tan bella como tú está acostumbrada a que la miren... ¿A qué te dedicas, por cierto?

–Bueno...

–No, déjame adivinar. ¿Eres modelo?

–¿A ti qué te parece?

Leonid la observó con atención.

–Me parece que finges ser un cliente normal del hotel y que estás aquí por algún motivo oculto –respondió.

Perdita se quedó sin aliento.

–¿Qué quieres decir?

–Que eres inspectora del departamento de sanidad y que has venido para investigar La Couronne. Debería advertírselo a Marcel.

–Díselo si quieres, pero harás el ridículo cuando sepa que no es verdad.

–Está bien, me rindo... No sé a qué te dedicas. Pero si me concedes el tiempo necesario, lo adivinaré.

Perdita se volvió a sentir culpable. Si Leonid insistía en querer saber su profesión, se vería obligada a mentir o a decirle la verdad. Y no era tan canalla como para mentir directamente. No podía

hacer nada salvo ganar tiempo.

Por suerte, Jackson se dirigió a ella un segundo después e interrumpió la conversación que mantenían.

Cuando terminaron de cenar, algunos de los presentes se levantaron de la mesa y se acercaron al balcón para admirar las vistas del Sena. Leonid y Travis se pusieron a charlar de algo que, por sus caras, parecía importante.

–Míralos –le dijo Charlene a Perdita–. Se parecen muchísimo...

–Sí, ya me he dado cuenta. Leonid me ha dicho que le suelen confundir con Travis. Hay que estar muy cerca de ellos para notar las diferencias.

–Porque no son diferencias tan físicas como psicológicas, derivadas de su forma de ser –observó Charlene–. Travis tiene una veta de payaso muy desarrollada; le encanta hacer reír. En cambio, Leonid es mucho más serio... O eso es lo que Travis me ha dicho, claro. Yo lo acabo de conocer.

Perdita asintió y guardó silencio.

–Seguro que tú lo conoces mejor que yo.

–Bueno, hay personas que son más fáciles de conocer que otras –respondió Perdita, de forma críptica–. Pero seguro que Travis es mucho más que un payaso...

–Sí, por supuesto que sí.

Justo entonces, se oyó un murmullo. Todas las cabezas se giraron hacia la entrada, donde acababa de aparecer un hombre alto, de cabello blanco.

Perdita lo reconoció al instante. Era Amos Falcon.

Amos entró en la sala y saludó a sus hijos. Perdita notó que se trataban con afecto, pero también con cierta desconfianza. Tuvo la sensación de que los hijos habían heredado el carácter de su padre, y de que sabían enfrentarse a él cuando era necesario.

–Padre, me gustaría presentarte a Erica.

Amos Falcon saludó a Perdita y la miró con intensidad, como calculando si suponía una amenaza para sus planes. Luego, su esposa se acercó y el ambiente se relajó un poco. Se sirvió champán y Perdita se dedicó a pasar desapercibida.

Hasta que Amos se le acercó otra vez.

–Leonid no me había hablado de ti. ¿De qué os conocéis?

Perdita respiró hondo. Leonid y ella habían preparado una

respuesta conjunta para el asunto de la silla de ruedas, pero no para eso.

–Nos conocimos en Moscú. Yo estaba de vacaciones –improvisó–, pero no hablo el idioma y me metí en un pequeño lío. Leonid me rescató.

–¿Ah, sí? ¿En qué tipo de lío?

–Bueno... –Perdita lanzó una mirada urgente a Leonid–. No fue gran cosa, la verdad. Me equivoqué de calle y...

–Es una suerte que yo apareciera en ese momento –Leonid acudió rápidamente en su ayuda–. Luego, me dediqué a vigilarla para impedir que se perdiera otra vez. Y, al final, nos hicimos amigos.

–¿Tan amigos como para invitarla a la boda?

Janine, la esposa de Amos, los interrumpió.

–No los interrogues, cariño. Estamos en una fiesta, no en un tribunal –Janine sonrió a Perdita–. Hasta luego...

Janine se llevó a su esposo y Leonid y Perdita se quedaron a solas.

Capítulo 3

Leonid suspiró, aliviado.

–Lo siento mucho. Debí imaginar que mi padre te interrogaría. Menos mal que has sabido reaccionar.

–Pero tendrás que mejorar la historia. No sé nada de Moscú.

–¿Nada de nada? Entonces, te has arriesgado mucho.

–¿Qué podía hacer? Si hubiera dicho que nos conocimos en Gran Bretaña, tu padre habría querido saber cuándo y yo le tendría que haber dado una fecha... Habría sido demasiado peligroso.

–Sí, es verdad. Si llega a saber que yo no estaba allí en esa fecha, se habría dado cuenta de que le estabas engañando.

–Moscú me pareció una opción más segura. Supongo que estás allí todo el tiempo.

–No todo el tiempo, pero casi –Leonid ladeó la cabeza y la miró con interés–. Me he equivocado contigo, ¿sabes? Eres una gran manipuladora.

Ella le miró con humor.

–¿Ya no me crees una inocente?

–Bueno, hay inocencias de muchos tipos.

Ella rompió a reír.

–Cierto. Muy cierto –dijo de forma críptica.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Ah, no sé. Decídelo tú.

–Empiezo a pensar que debería desconfiar de ti...

–Deberías, sí. Detrás de mi máscara de inocencia se esconde una intrigante. No lo dudes ni por un momento. De hecho, la gente que me conoce ni siquiera me llama Erica.

–¿Ah, no? ¿Y cómo te llaman?

–Perdita.

–¿Perdita?

–Ha sido mi apodo desde que mi padre supo que mi madre estaba embarazada de mí. Dijo que yo iba a ser su perdición. Además, el mote me queda bien. En mi familia me tienen por una

chica traviesa, así que me quedé con Perdita.

Él sonrió.

–¿Y hasta qué punto eres traviesa?

–Ah... eso también lo tendrás que descubrir.

–Espero que no me conviertas en víctima de tus travesuras...

–Lo dudo mucho. No creo que seas fácil de manipular.

–¿Por qué dices eso?

–Porque eres más astuto y maquinador que yo. Tú mismo me lo has dicho.

–Eres muy lista –ironizó–. Pero nadie podrá decir que no nos hemos avisado. Las cartas están sobre la mesa.

–¿Sobre la mesa? ¿Ni siquiera te vas a guardar un as en la manga? Qué decepcionante...

–¿Insinúas que tú te guardas uno?

–Por supuesto. Sin ases, el mundo no sería divertido.

Leonid la miró con desconcierto, como si no hubiera oído esa palabra en toda su vida.

–¿Divertido?

–Sí, claro. Sabes lo que significa, ¿no?

–Creo que sí, aunque ahora no me acuerdo.

Ella sonrió.

–Aunque no te acuerdes, sabrás que es fundamental para vivir. La diversión nos ilumina en los malos tiempos.

–Puede que tengas razón. Quizás debería aprender de ti, Perdita. ¿O prefieres que te llame Erica?

–Llámame como quieras. A veces no sé si soy una o soy otra. Pero así es más divertido, y la vida es más interesante.

–Sí, vivir contigo debe de ser muy interesante...

Ella estaba a punto de darle una réplica cuando algo llamó su atención.

–Mira...

–¿Qué?

–Allí. Tu padre nos está observando.

–Porque desconfía de nosotros. Es evidente que tu representación no le ha dejado muy convencido. Tendremos que hacerlo mejor.

–¿Cómo se atreve a desconfiar de nosotros? –di-jo con sorna–. Es indignante.

Él rio.

–Y que lo digas. ¿Cómo es posible que nos crean tan ladinos?

–Sigue riendo, Leonid... Creo que funciona. Ha-ce que nuestra historia parezca más convincente –afirmó.

Perdita pensó que su historia empezaba a ser demasiado convincente. La risa de Leonid le gustó tanto que le empezó a dar miedo.

–Mírame a los ojos –dijo él–. E intenta perdonarme por lo que voy a hacer.

Ella suspiró de forma teatral y lo miró a los ojos. Él la tomó de la mano, inclinó la cabeza y le dio un beso en la palma.

Fue un beso breve, apenas un roce. Pero ella se estremeció.

–Lo siento –dijo Leonid antes de soltarla.

–No, no lo sientas –susurró ella.

Leonid se apartó un poco.

–¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

–No estoy segura.

–¿No tienes fecha de vuelta?

–Mis fechas las pongo yo.

–¿Puedes tomarte vacaciones cuando quieras? Estás despertando mi curiosidad, Perdita... ¿Es que tienes un padre rico?

–¿Tengo aspecto de niña mimada?

–No.

–Pues no, no tengo un padre rico. Yo pago mis propias facturas.

–¿Incluso en un sitio tan lujoso como La Couronne?

–En cualquier sitio.

Él lanzó una mirada a su vestido, como si se diera cuenta por primera vez de que era una prenda muy cara.

–Desde luego, no se puede negar que sabes vestirte.

Leonid sonrió, pero su sonrisa se apagó enseguida. Al otro lado de la sala, Janine se había puesto a charlar con Marcel. Y Amos se había quedado solo.

–Discúlpame un momento. Tengo que hablar con mi padre. Vuelvo enseguida.

–No te preocupes por mí. Me las arreglaré.

Leonid se acercó rápidamente a su padre y le dijo:

–Tenemos que hablar. Es importante. Me alegra que hayas venido a la boda.

–Sinceramente, la boda de Marcel no me hace ninguna gracia. Pero tu hermano no quiso escucharme.

–Está enamorado de Cassie –le recordó–. Seguro que lo comprendes. Te has enamorado unas cuantas veces.

–Sí, bueno... –dijo, molesto–. ¿Qué tal está tu madre? ¿Se encuentra bien?

–No goza de muy buena salud. Pero eso ya lo sabes.

–Lo siento mucho... Ya no es joven. No somos tan jóvenes como fuimos.

–Es verdad. Y precisamente por eso, esperaba convencerte de que la visites. Sé que se alegraría mucho de verte.

–O se pondría peor. No quiero que pase por ese trago.

–Espera a leer la carta que te he traído.

–Ahora, no. La leeré mañana.

–Muy bien. Haré que te la envíen a la habitación para que la leas y le escribas esta noche. Así, le podré dar tu carta en mano.

–No es preciso. Se la enviaré por correo.

–Oh, vamos... Es lo mínimo que puedo hacer.

–Está bien, como quieras. Pero prefiero que lo dejemos para mañana.

Perdita estaba tan lejos que no podía oír lo que decían, pero veía perfectamente a Leonid. Su expresión, que al principio había sido amistosa, se había convertido en una mueca tensa. Era evidente que no se sentía cómodo con su padre. Tenía los labios apretados y sus ojos se habían oscurecido.

Sin embargo, su expresión cambió de nuevo cuando se alejó de Amos y vio que ella lo estaba mirando. Incluso volvió a sonreír.

Perdita se dijo que solo sonreía porque era lo más conveniente en esa situación. A fin de cuentas, se suponía que eran novios o, por lo menos, amantes. Pero tuvo la sensación de que era una sonrisa sincera.

Un momento después, se le acercaron Marcel y Cassie.

–Creo que nos vamos a ir –dijo Marcel–. Ha sido un día muy largo.

–Sí, yo también me voy –intervino Travis.

Al cabo de un par de minutos, todo el mundo se dirigió a los ascensores. Y como todos se alojaban en el mismo piso, Leonid decidió aprovechar la ocasión para enfatizar su supuesta relación

con Perdita.

Cuando salieron del ascensor, se inclinó sobre ella y susurró, consciente de que Amos los estaba mirando:

–Debería entrar en tu habitación. Es lo que esperan que hagamos. Y no les podemos decepcionar.

–¿Por quién me tomas? –dijo, fingiéndose ofendida–. ¿Esperas que te invite a mi habitación solo porque me enseñaste Moscú?

Leonid sonrió.

–Sí, eso esperaba. Pero puede que esté mal acostumbrado. Será que mis compañías femeninas suelen más... atrevidas.

–Será. Y seguro que has disfrutado cada segundo.

–¿Me estás llamando seductor?

–¿Insinúas que no lo eres?

Los dos se miraron a los ojos.

–Mañana te responderé a esa pregunta. Tengo la impresión de que, si contesto ahora, mi respuesta te parecerá mal en cualquier caso.

–Quizás, porque algunos hombres tienen talento para meter la pata en cualquier circunstancia –replicó.

–Si sigues así, me las vas a pagar –la amenazó, en tono de broma.

–Inténtalo si quieres.

–Perdita...

Ella rio con suavidad.

–Oh, vamos, no puedo creer que te quieras vengar de una frágil criatura que va en silla de ruedas.

–De ninguna manera. Te prometí que te cuidaría y eso es lo que voy a hacer. Te desnudaré y te acostaré.

Los ojos de Perdita brillaron.

–Eres muy amable. Pero no te he pedido que me acuestes. Ni mucho menos, que me desnudes –afirmó.

–Un caballero no espera a que le pidan las cosas. Se adelanta.

–¿Y si la dama en cuestión no necesita de sus servicios?

Él la miró con sorpresa fingida.

–¿Es que he pedido tu opinión?

–No, no me la has pedido. De hecho, supongo que no se la pides a nadie.

–Me alegra que me comprendas tan bien. Pero estamos a punto

de llegar a tu habitación, y estoy seguro de que se quedarán en el pasillo para ver si entramos juntos.

–Entonces, tendremos que entrar juntos.

–Y hacer algo más.

–¿Algo más?

–Te voy a besar, Perdita. Y ni tú ni nadie me lo va a impedir.

–En ese caso, adelante.

Leonid le puso una mano en el hombro y bajó la cabeza. Durante un momento, Perdita pensó que le daría un beso apasionado delante de toda su familia, pero no fue así. La besó con suavidad y, después, entró con ella en la habitación.

Antes de que cerrara la puerta, Perdita lanzó una mirada al pasillo. Leonid había acertado. Su familia no los había dejado de mirar.

–Tu padre parece enfadado contigo.

–Excelente. Es lo que pretendo.

Perdita asintió. Estaban fingiendo porque a él le venía bien. Ninguna mujer sensata lo habría olvidado. Pero, ¿ella era una mujer sensata?

Las cosas se habían complicado mucho. Había ido al hotel La Couronne con intención de hacer un reportaje que le diera fama en el mundo del periodismo, pero el encuentro con Leonid lo había cambiado todo.

Y ahora, parecía dispuesto a quitarle la ropa. Incluso se había arrodillado delante de la silla de ruedas.

–Inclínate hacia delante –ordenó.

Ella se inclinó y él le desabrochó los botones de la parte trasera del vestido.

–¿Dónde tienes el camisón?

–Ahí, en la cómoda.

El abrió un cajón, sacó un camisón y lo dejó en la cama.

–Levántate. Pero ten cuidado con tu tobillo.

Perdita se levantó y Leonid le quitó el vestido por encima de la cabeza.

–Supongo que el resto lo puedes hacer sola.

–Sí, no te preocupes por mí. Gracias.

Súbitamente, él sacó una tarjeta y escribió algo por detrás.

–Este es el número de mi habitación. Si necesitas ayuda,

llámame. A cualquier hora –dijo.

–Estaré bien.

–Prométeme que me llamarás si me necesitas.

–De acuerdo… te lo prometo.

–No lo olvides.

–No lo olvidaré.

Leonid abrió la puerta y echó un vistazo al corredor. Luego, le lanzó una mirada, asintió y se marchó.

Cuando se quedó a solas, Perdita respiró hondo e intentó asumir lo que había pasado. Leonid se había comportado como un perfecto caballero al quitarle el vestido. No se había sobrepasado con ella. Ni siquiera le había rozado la piel. Pero se sentía como si le hubiera acariciado todo el cuerpo.

Además, su instinto le decía que el aplomo de Leonid era simple fachada. Estaba convencida de que había estado a punto de perder el control; de cerrar la puerta con llave y besarla apasionadamente. De hacerle el amor sin pensar en las posibles consecuencias.

Y la idea le pareció alarmante.

Pero no tan alarmante como la decepción que sentía.

El pasillo estaba vacío. Los Falcon se habían retirado a sus respectivas habitaciones después de saciar su curiosidad sobre Leonid y Perdita.

Él se quedó inmóvil durante unos segundos. Imaginó que Perdita abría la puerta de repente y se arrojaba a sus brazos. A fin de cuentas, no habría sido una excepción. Muchas mujeres le habían cerrado la puerta y se la habían abierto de nuevo segundos después.

Al final, se sacudió la imagen de la cabeza y se dirigió a su suite.

Cuando llegó a París, estaba preparado para afrontar cualquier situación inesperada. Siempre había sorpresas en las reuniones de los Falcon. Pero esa vez, los acontecimientos le habían dejado aturdido. Se sentía como si lo hubieran empujado contra una pared y no supiera qué hacer a continuación.

Leonid era un hombre que valoraba el control de las emociones por encima de ninguna otra cosa. Y, de repente, había perdido el control. Era una sensación inquietante, pero tan inusitada en él que despertó su curiosidad. Perdita le había enseñado una parte de su

ser que desconocía por completo.

Se acercó al espejo y se miró, con miedo de no reconocerse.

Todavía estaba alterado por lo que había sentido cuando la besó. No era la primera mujer a quien besaba, ni mucho menos; pero estaba acostumbrado a mujeres voluptuosas y de gustos caros que no se parecían nada a Perdita. Quedaba con ellas, se acostaban y todos tenían lo que querían. En cambio, Perdita no quería nada de él. Se habían conocido por casualidad, de forma espontánea. Y eso lo hacía más interesante.

Era como si el destino le hubiera dado una palmadita en el hombro y le hubiera dicho: «Eh, estoy aquí. A partir de ahora, voy a controlar tu vida».

Leonid sacudió la cabeza y sonrió.

Perdita se acababa de vestir a la mañana siguiente cuando su teléfono sonó.

–¿Dígame?

–Hola, soy Gary. Pensaba que me llamarías...

Gary trabajaba como director de una revista especializada en historias de famosos. Era el mejor cliente de Perdita, pero en ese momento no le apetecía hablar con él.

–Es que estado muy ocupada –se excusó.

–¿Cómo te va? ¿Ya has conseguido acercarte a los Falcon?

–Bueno, yo...

Perdita estaba asomada a la ventana, mirando la calle. Justo entonces, Leonid salió al balcón de su suite y, al verla, sonrió.

–Lo siento, Gary, pero aún no he conseguido nada.

–¿Nada? Me extraña en ti. Sueles ser rápida.

–Será que estoy perdiendo mi talento.

–Oh, vamos... ¿Qué ha pasado? ¿Algo ha salido mal?

–No, no. Todo va bien.

Perdita cortó la comunicación y se quedó mirando el teléfono. Había mentido a Gary. Algo iba mal; rematadamente mal. No era la misma de siempre.

Había logrado lo que pretendía: acceder al círculo de los Falcon y conseguir una invitación para la boda. De hecho, el destino le había hecho un gran favor cuando el pasaporte se le cayó del bolso

y Leonid vio que se llamaba Erica Hanson. No podía imaginar que ese era el nombre oficial de Perdita Davis, la periodista de la prensa del corazón. Pero Leonid confiaba en ella. Y para Perdita, la confianza era sagrada.

–¿Por qué me importa tanto? –se dijo en voz alta–. A fin de cuentas, mañana me iré y no lo volveré a ver...

De repente, oyó un ruido en el pasillo. Dos hombres estaban discutiendo. Y Leonid era uno de ellos.

–He dicho que te vayas y lo he dicho en serio. No quiero volver a verte por aquí. Como vuelvas a perseguir a mi familia, te arrepentirás.

–Solo estoy trabajando... –protestó el otro.

Perdita se quedó helada al reconocer la voz. Era Frank, el fotógrafo con el que había salido años antes.

–¡Lárgate! –bramó Leonid.

Frank se alejó por el pasillo y, unos segundos después, Leonid llamó a la puerta de su habitación.

Ella estaba tan asustada que no supo qué hacer. Si Frank la veía, toda su historia se derrumbaría como un castillo de naipes. Pero Leonid volvió a llamar, así que entreabrió la puerta y se apartó para que no la vieran desde el exterior.

Afortunadamente, Leonid estaba solo.

–¿Qué ha pasado? He oído que discutías con alguien.

–Acabo de tener un enfrentamiento con un individuo que intentaba colarse en la boda. Sería un fotógrafo de la prensa del corazón, porque llevaba una cámara.

–Bueno... supongo que Travis estará acostumbrado a esas cosas.

–Lo está, pero es la boda de Marcel y no queremos problemas. Además, puede que Travis no sea el único objetivo de la prensa. Mi padre también está aquí –le recordó–. Malditos periodistas... Son un montón de canallas.

Leonid cruzó la habitación y se asomó a la ventana.

–Está abajo, en la acera. Acércate y echa un vistazo.

–No, yo...

Perdita entró en el cuarto de baño a toda prisa y cerró la puerta. No se podía arriesgar a asomarse por la ventana. Si Frank alzaba la cabeza y la veía, sería un desastre.

Cuando volvió a la habitación, Leonid se dio la vuelta y la miró.

–Primero iremos a desayunar y, después, asistiremos a la ceremonia –dijo.

–¿Estás seguro de que quieres que te acompañe? Es un acto familiar, y yo soy una desconocida.

–Tú no eres una desconocida –declaró con vehemencia–. Además, no te habría invitado si no confiara en ti.

Perdita lamentó haberse metido en ese lío, pero ya no podía hacer nada.

Estaban a punto de salir de la habitación cuando vio que Leonid llevaba una carta en el bolsillo de la chaqueta. Él se dio cuenta de que la miraba con curiosidad y explicó:

–Es una carta de mi madre, para mi padre. Le prometí que se la daría, pero no he tenido ocasión hasta el momento. Tengo que dársela cuando esté solo. Si Janine está presente, le podría molestar.

–Déjamelo a mí.

–No, no te puedo pedir que se la des tú.

–No me refería a dársela. Simplemente, me encargaré de que Amos se quede a solas para que puedas hablar con él.

–Está bien. Si te empeñas...

Salieron de la habitación. Perdita había decidido que ya no necesitaba la silla de ruedas, pero el tobillo le seguía molestando y se tuvo que apoyar en él para llegar al ascensor.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Leonid.

–Perfectamente.

Cuando entraron en el comedor, vieron que Janine y Amos ya estaban desayunando. Perdita se sentó junto a Janine y se dedicó a darle conversación para que Leonid pudiera hablar con su padre y entregarle la carta sin que ella se diera cuenta. Conseguido el objetivo, Perdita se levantó con la excusa de acercarse al bufé. Leonid llegó al cabo de unos segundos.

–Veo que lo has conseguido.

–Sí. Muchas gracias, Perdita. Eres genial.

–No, qué va. Solo soy una cotilla que no se calla ni debajo del agua. O eso es lo que habrá pensado Janine...

Tras el desayuno, llegó la ceremonia de bodas. Marcel ocupó su lugar, con Darius como padrino. Mientras la novia se acercaba, Marcel le lanzó una mirada cargada de amor. Perdita los miró y sintió envidia de ellos. Era evidente que se querían mucho.

Si las circunstancias hubieran sido diferentes, habría aprovechado la ocasión para hacerles unas cuantas fotografías. Sin embargo, no era el momento oportuno. Ahora tenía cosas más importantes que hacer.

La fiesta fue maravillosa. Cualquier periodista de la prensa del corazón se habría sentido como si le hubiera tocado la lotería. Pero Perdita había tomado la decisión de sacrificarse por el bien de Leonid y siempre había sido una mujer de palabra.

En determinado momento, se acercó al grupo familiar. Leonid se acababa de quejar de que se separarían pronto y de que no sabían cuándo se volverían a ver.

–Bueno, se me ocurre una idea… –intervino Charlene–. Travis ya ha grabado un episodio de su serie en Londres. ¿Por qué no graba uno en Moscú?

Leonid le dio un suave codazo a Travis.

–Es una idea excelente. Tu chica es un genio, Travis –dijo.

–Oh, vamos. Solo ha sido una sugerencia. –Charlene rio–. Si graban un capítulo en Moscú, será por Travis. Él es el gran hombre.

–Puede que sí, pero todo gran hombre necesita una gran mujer a su lado Y viceversa –comentó Leonid.

–Eso es indudable –sentenció Travis.

El teléfono del actor se puso a sonar en ese momento.

–¿Quién diablos será? Ah, hola, Joe…

–¿Qué pasa? –preguntó Charlene.

–Joe dice que me han nominado para los premios Top Go de televisión…

Cuando Travis terminó de hablar con Joe, les dijo que estaba nominado en cuatro categorías. Todos lo felicitaron y se comprometieron a asistir a la ceremonia de entrega de premios, que se celebraría al mes siguiente.

–Así nos podremos ver otra vez –dijo Travis.

–Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo –declaró Leonid.

–Ni yo –intervino Amos, para sorpresa del resto–. Estoy orgulloso de ti, Travis.

Momentos después, Janine se acercó a Perdita y se la llevó a un

aparte. Cuando ya estaban solas, le dijo:

–Te agradezco lo que has hecho.

–¿A qué te refieres?

–No disimules conmigo, por favor. Lo sabes de sobra. Yo tampoco quiero que Freya se case con Leonid. Es demasiado... sombrío.

–¿Estás segura de eso? ¿Hasta qué punto lo conoces?

–Bueno, solo nos hemos visto un par de veces –admitió Janine–. Pero, de todas formas, ten cuidado con él. No cometas el error de encapricharte. Te arrepentirías.

Perdita se sintió profundamente indignada por el comentario. En su opinión, Janine estaba siendo injusta con Leonid, pero se refrenó y se limitó a darle las gracias por el consejo. Además, ni siquiera sabía por qué se sentía en la obligación de defender a Leonid. Para empezar, se acababan de conocer y, para continuar, solo iban a estar juntos unas cuantas horas. Al día siguiente, él volvería a Rusia y, ella, a Inglaterra.

Había pocas posibilidades de que se volvieran a ver.

Y eso la deprimió.

Capítulo 4

Leonid esperó a que su padre estuviera solo para abordarlo y preguntar:

–¿Has leído la carta de mi madre?

Amos asintió.

–Sí, la he leído.

–¿Tienes una respuesta?

–No, todavía no. Necesito más tiempo.

–Pero te vas mañana por la mañana. Estoy seguro de que...

–Deja de presionarme –gruñó.

Amos se apartó rápidamente y se puso a hablar con Marcel. Perdita, que había contemplado la escena, se acercó a Leonid.

–¿Estás bien?

–No, no estoy bien. Necesito un poco de aire fresco. Pero antes, te acompañaré a tu habitación –respondió.

Perdita sacudió la cabeza. Tenía la sensación de que Leonid no debía estar solo en ese momento.

–Prefiero ir contigo. Si no te importa, claro.

Leonid suspiró.

–Estoy de mal humor. Es posible que lo pague contigo.

–En ese caso, no podré decir que no me lo advertiste... Venga, salgamos al jardín.

Salieron al jardín del hotel, que se extendía a lo largo de la orilla del Sena. Se había hecho de noche y el río brillaba con las luces de los barcos. Encontraron un lugar tranquilo y se sentaron a charlar.

–¿Qué ha pasado, Leonid?

–Lo que ya imaginaba.

–¿Se trata de tu padre?

Él soltó un gruñido de frustración.

–Sí. Le di una carta de mi madre, con la esperanza de que le contestara.

–Pero no ha contestado.

–Por supuesto que no. Ese hombre es un...

Leonid no terminó la frase.

–Es evidente que no te llevas bien con él –afirmó Perdita.

–Yo soy como el resto de mis hermanos. Solo te puedes llevar bien con mi padre si haces lo que él quiere. Si no lo haces, te ningunea –explicó–. Solo le importan los negocios, y mide a los demás por su capacidad para hacer negocios.

–Sin embargo, tú eres un empresario con éxito, ¿no? Seguro que te respeta.

–Sí, claro. A decir verdad, hemos hecho unos cuantos negocios juntos. Y hago lo que puedo por llevarme bien con él... No lo hago por mí, sino por mi madre. Se enamoró de Amos y no lo ha podido superar, a pesar del tiempo transcurrido.

Él se quedó en silencio y hundió los hombros. Perdita le pasó un brazo por detrás del cuello. Pensaba que Leonid se apartaría, pero se acercó un poco más.

–Mi madre se casó muy joven, con un hombre que se llamaba Dimitri Tsarev. Fue un matrimonio de conveniencia; lo organizaron sus padres y ella no pudo hacer nada al respecto. Más tarde, el destino quiso que su camino se cruzara con el de Amos, que estaba en Rusia por negocios.

–Y tu madre se enamoró de él.

–En efecto –dijo–. Para Amos, fue una simple aventura. Cuando se cansó de ella, la dejó y se marchó. Mi madre supo después que se había quedado embarazada e intentó localizarlo, pero yo nací antes. Y Dimitri, que estaba loco por ser padre, pensó que yo era hijo suyo.

Perdita asintió y le dejó hablar.

–Al principio, fue un buen padre. Hasta que Amos volvió a Rusia y Dimitri se enteró de que yo no era hijo suyo. Se enfadó tanto que nos abandonó.

–Oh, vaya...

–Mi madre pensó que Amos nos llevaría con él a Inglaterra, pero no lo hizo. Se limitó a darle dinero.

–¿Y todavía le ama?

Leonid se encogió de hombros.

–Lo suyo es una obsesión. De hecho, sigue viviendo en la antigua casa de campo de sus padres porque fue el escenario de su relación con Amos. Le he pedido mil veces que se mude a mi casa de Moscú,

pero se niega.

–¿Y qué pasó con Dimitri? ¿La perdonó?

–No, ni mucho menos. Murió hace unos años, pero no creo que a mi madre le importara. Amos es lo único que le importa. Está segura de que algún día volverá con ella, y no hay nadie que la pueda convencer de lo contrario.

Leonid se dio un puñetazo en la rodilla. Era la viva imagen de la desesperación.

–No sé qué hacer, Perdita. No sé cómo la puedo ayudar. Y me siento tan culpable...

–No es culpa tuya –dijo con vehemencia–. No eres responsable de su mala suerte.

–Puede que no, pero yo soy lo único que le queda. Mi madre se lo dio todo a Amos, y él la dejó sin nada.

–No exactamente.

Leonid la miró con extrañeza.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a ti. Eres hijo de Amos, lo cual significa que una parte de Amos sigue estando en la vida de tu madre.

Él frunció el ceño.

–No me lo había planteado desde ese punto de vista –declaró–. Pero de todas formas, eso no cambia las cosas. Mi madre sigue en su mundo de fantasía. Y no sé qué hacer.

–Bueno, puede que sea más feliz si consigues que Amos escriba esa carta.

–Si lo consigo... ¿Cómo es posible que sea tan insensible? –se preguntó–. Escribir una carta no es tan difícil.

–Yo no estaría tan segura. Por lo que me has contado de tu padre, no parece un hombre que sepa expresar sus sentimientos.

–No, desde luego que no.

–Es posible que se niegue a escribir esa carta porque no sabe qué decir.

–¿Tú crees?

–Sí, lo creo. Y en ese caso, lo podrías ayudar.

–¿Qué quieres que haga? ¿Que le diga lo que tiene que escribir?

–¿Por qué no? Sospecho que lo preferiría. Le ahorraría las molestias.

Leonid la miró con asombro durante unos segundos. Como si las

palabras de Perdita hubieran sido una revelación para él.

–Sí, por supuesto que sí –dijo en voz baja–. Tienes razón.

–Entonces, dile que escriba lo siguiente…

–Espera un momento. Lo voy a apuntar –Leonid se llevó una mano al bolsillo y sacó una libreta y un bolígrafo–. Sigue, por favor. ¿Qué debería escribir?

–Que piensa mucho en tu madre; sobre todo, cuando está contigo. Que se siente orgulloso de ti y que le agradece que te criara tan bien. Que… ¿te pareces mucho a ella?

–Bueno, todo el mundo dice que he heredado sus ojos…

–En ese caso, también puede escribir que le encantan tus ojos porque son como los suyos.

–Bien pensado.

–Y no estaría de más que mencionara su casa.

–¿Su casa?

–Naturalmente. Has dicho que Varushka sigue en ella porque fue el escenario de su relación amorosa, ¿verdad?

–Sí, así es. Está en Rostov, junto al río Don.

–Tu padre puede añadir que le emociona que siga en esa casa. Que se acuerda del río y de las cosas que hacían juntos –dijo Perdita–. Seguro que tu madre te ha contado alguna historia que pueda citar.

–Ahora que lo dices, sí. Me contó que fueron a visitar Taganrog, una localidad cercana. Mi madre se la enseñó y le habló de los personajes importantes que habían pasado por allí, desde Tchaikovsky a Chejov. Más tarde, Amos le confesó que no recordaba nada de lo que le había dicho. Al parecer, estaba tan embriagado con sus ojos que no prestó atención a lo demás.

–¿Tu padre lo ha mencionado en alguna carta anterior?

–No, nunca. Dudo que se acuerde –contestó–. Pero se lo recordaré yo y me encargaré de que lo escriba. Gracias, Perdita. Me has hecho un favor tan grande que…

Antes de que Perdita se diera cuenta de lo que pasaba, Leonid se inclinó sobre ella y le plantó un beso en los labios.

–Lo siento. Sé que no debería haberte besado –se disculpó–, pero…

–No te preocupes. Te perdono –replicó con calma–. Pero será mejor que vuelvas al hotel y hables con tu padre. No me esperes. Yo

volveré en cuanto pueda... Aún me duele el tobillo, pero puedo caminar.

–¿Estás segura?

–Sí, por supuesto. Márchate. Nos veremos después.

Leonid se levantó y se fue, dejándola a solas con el eco de un beso de gratitud que la había afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Perdita pensó en todo lo que le habían contado de él. Unos decían que era un hombre duro como el acero y, otros, que tenía un carácter difícil y hasta sombrío. Pero no lo conocían como ella. Bajo el acero de su armadura se escondía un corazón vulnerable. Y bajo su expresión sombría, un ser encantador.

Al cabo de unos minutos, se levantó y volvió al hotel con cautela, para que no la viera ninguno de los Falcon. Luego, subió a su habitación y se sirvió una copa de vino para tranquilizarse. La hora siguiente iba a ser una de las más difíciles de su vida.

Se estaba tomando la copa cuando llamaron a la puerta. Era Leonid.

–Estoy en deuda contigo, ¿sabes?

–¿Te ha ido bien con tu padre?

–¿Que si me ha ido bien? Tenías razón en todo. Necesitaba que alguien lo ayudara a escribir esa carta –contestó–. Y gracias a ti, mi madre va a ser la mujer más feliz del mundo.

–Yo no he hecho nada, Leonid.

–Lo has hecho todo. Aunque te confieso que mi padre no lo sabe. Tendría que haberle dicho que la idea era tuya, pero no he podido.

–Has hecho bien. Si se lo hubieras dicho, lo habrías estropeado. No debe llegar a saberlo.

Leonid sonrió.

–Una vez más, me demuestras que eres un genio de la manipulación.

–De una manipulación que debes aprovechar a fondo –observó ella–. A veces, la sinceridad es un error. A veces hay que decir lo que la gente quiere creer, aunque no sea cierto. Pero eso ya lo sabes.

Él asintió lentamente.

–Ahora mismo, haría cualquier cosa que tú me dijeras.

–Ten cuidado, Leonid. Como tus empleados se enteren de lo que

has dicho, perderás tu reputación de hombre implacable.

Él volvió a sonreír.

–Eso es verdad. Pero solo porque no te conocen y no saben lo buena que eres –Leonid se sacó un sobre del bolsillo–. Sin ti, mi padre jamás habría escrito esta carta. ¿La quieres leer?

Ella sacudió la cabeza.

–No, no. Es privada. No tengo derecho a leerla.

–Pero si la has inspirado tú...

–Aun así, es para tu madre –insistió–. Y es muy importante que ella no se llegue a enterar de lo que ha pasado. La destrozaría.

–No sé... eso me parece injusto. ¿Ni siquiera le puedo decir que tú me ayudaste a conseguirlo? –preguntó.

–¿Para qué? Tu madre solo necesita creer que Amos se preocupa por ella. Además, no tendría sentido; a fin de cuentas, no me conoce –le recordó–. Mañana, nuestros caminos se separarán y nunca oirá hablar de mí.

–Hablas como si no nos fuéramos a ver nunca más...

–Es lo más probable. Tú vives en Moscú y, yo, en Londres.

–Has olvidado una cosa.

–¿Cuál?

–Que el mes que viene es la entrega de los premios Top Go. Y te has comprometido a asistir –dijo.

–Ah, sí...

–Como ves, tendremos ocasión de hablar de nuevo y de... bueno, de ver lo que pasa.

–Claro –dijo con timidez.

De repente, él la tomó entre sus brazos con tanta delicadeza como si tuviera miedo de que se fuera a romper. Sus labios se encontraron un momento, y ella deseó que Leonid se dejara llevar y la tomara allí mismo.

Pero él se detuvo. Se apartó un poco, la miró a los ojos y declaró, con inseguridad:

–¿Sabes lo que quiero?

Ella asintió.

–Sí, lo sé.

–Me has dado tanto que yo... no me atrevo a pedirte más. Al menos, esta noche.

–No tienes que pedirme nada –respondió–. No nos debemos

nada.

–Lo sé, pero…

–¿Qué ocurre, Leonid?

–Que te deseo demasiado.

–¿Crees que se puede desear demasiado?

Leonid sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

–No, no es eso lo que quería decir. Es que… Ni yo mismo entiendo lo que me pasa –dijo–. Tú, yo… No puedo hacer esto. No puedo.

Un momento después, Leonid salió de la habitación y cerró la puerta. Perdita se quedó sola, oyendo sus rápidos pasos en el pasillo; tan rápidos como si necesitara poner todo un mundo entre ellos.

Fue una noche extraña.

Perdita estuvo un buen rato junto a la ventana, pensando en Leonid y en sus propios sentimientos, más que contradictorios.

Su marcha la había dejado sumida en la confusión. Por una parte, se sentía despreciada; por otra, sabía que la deseaba y que en realidad no había huido de ella, sino de sí mismo. Era evidente que no sabía qué hacer.

Pero ya había tomado una decisión. Leonid le gustaba demasiado como para dejarlo escapar. Lo cual la obligaba a hacer algo verdaderamente difícil.

Al día siguiente, cuando se volvieran a ver, le diría la verdad. Admitiría que había viajado a París con intención de conseguir una invitación para la boda y hacer un reportaje. Le diría que su encuentro lo había cambiado todo y que, al final, había renunciado a su objetivo porque su relación con él le parecía más importante.

Pero, ¿qué pasaría después? ¿Qué le reservaba el destino?

Se levantó y se asomó a la ventana. Al fondo, junto al río Sena, vio a un hombre alto. Estaba demasiado lejos como para distinguirlo, pero tuvo la seguridad de que se trataba de Leonid.

Él alzó la vista y la miró.

Perdita consideró la posibilidad de saludarlo. Hasta llegó a pensar que, si lo hacía, él lo interpretaría como una invitación y volvería con ella.

Pero Leonid dejó de mirar y se perdió en la noche, entre las sombras.

A la mañana siguiente, llamaron a la puerta. Perdita, que se acababa de vestir, abrió enseguida. Era él.

–¿Qué tal va tu tobillo?

–Mucho mejor. Casi no me duele.

–Quería hablar contigo de lo de anoche. Lo siento mucho. Habrás pensado que estoy loco. Hasta yo mismo lo pienso.

Ella sacudió la cabeza.

–No te preocupes. Todo ha sido tan rápido que no hemos tenido ocasión de pensar. Es normal que te asuste.

Leonid asintió.

–¿Tienes que marcharte hoy mismo?

–No. A decir verdad, no estoy obligada.

–Ni yo... Si quieres, podría retrasar mi vuelo hasta mañana y pasar el día contigo. Los demás se habrán marchado, así que estaremos solos.

Ella asintió, encantada con la idea.

–Me parece bien.

–¿En serio?

–Por supuesto que sí.

Leonid le puso las manos en los hombros y la miró con intensidad. Perdita estaba segura de que la iba a besar de un momento a otro; pero, justo entonces, un sonido agudo rompió el silencio de la habitación.

Era el móvil de Leonid.

–Maldita sea... ¿Quién será ahora?

Leonid ya estaba dispuesto a tirar el aparato cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla y se detuvo.

–¡Es Nina!

–¿Nina?

–Sí, la mujer que cuida de mi madre. Será mejor que conteste.

Leonid contestó la llamada y empezó a hablar en ruso. Perdita no entendió nada, pero tampoco hizo falta. Por su tono de voz, era evidente que estaba preocupado. Y cuando cortó la comunicación, ella ya sabía lo que le iba a decir.

–Me temo que tengo que volver a Moscú. Al parecer, mi madre estaba convencida de que volvía hoy y se ha alterado mucho. Nina

ha intentado animarla, pero no lo ha conseguido.

–Entonces, márchate ahora. Tu madre te necesita.

–Lo siento tanto...

–No tienes nada que sentir. Es tu madre.

–Gracias por ser tan comprensiva. Pero no te preocupes. Nos veremos el mes que viene, en Los Ángeles.

–Sí, claro.

–Vas a ir a la entrega de premios, ¿verdad? Porque si no vas, iré a buscarte –la amenazó.

Ella sonrió.

–No hace falta que me amenaces. Iré.

–Oh, lo siento... Es que...

–No pasa nada. Estaré allí.

Leonid sonrió de oreja a oreja.

–Te prometo que no te arrepentirás. Nos divertiremos mucho. Y esta vez, espero me dejes hacerte un regalo.

–Pero si ya me has hecho uno –le recordó–. Los pendientes.

–No, un regalo de verdad.

–No es necesario. No estoy aquí para hacer un buen negocio contigo.

–Lo sé, pero... Bueno, no importa. Tendremos ocasión de hablar y de conocernos mejor. Lo estoy deseando, Perdita.

–Y yo.

Leonid suspiró.

–En fin, será mejor que me vaya al aeropuerto. Me habría gustado quedarme contigo, pero ¿qué puedo hacer? Es mi madre.

–No le des más vueltas. Nos veremos en Los Ángeles.

Al final, se fueron juntos al aeropuerto y se despidieron con un abrazo tan cariñoso como lleno de promesas.

Cuando subió a su avión, Perdita se sentía la mujer más feliz del mundo. Estaba ante un camino completamente nuevo. No sabía adónde le conduciría, pero el corazón le decía que era el camino de la felicidad.

Como sensación, no podía ser más irracional ni más ilógica.

Sin embargo, Perdita estaba acostumbrada a lo irracional y lo ilógico. Y si esas cosas no le habían preocupado antes, tampoco le preocuparían ahora.

Capítulo 5

Leonid estaba inquieto ante la perspectiva de reunirse con su madre. Sabía que estaba ansiosa por ver a Amos, y también sabía que se llevaría un disgusto cuando le dijera que no lo había acompañado a Moscú.

En esas circunstancias, la carta de su padre podía empeorar las cosas, aumentar su confusión. Quizás fuera mejor que no se la diera.

Su madre lo estaba esperando en el jardín. Y como había previsto, su expresión cambió de la esperanza a la tristeza.

Leonid habría hecho lo que fuera por hacerla feliz, pero no estaba en su mano.

–Lo siento, mamá. Tenía una reunión urgente y no ha podido venir, aunque me ha dicho que le habría gustado.

–Sí, por supuesto... es un hombre importante, que siempre está ocupado. Aunque debería considerar la posibilidad de jubilarse. Ya no es tan joven.

–Los hombres como Amos no se jubilan nunca –comentó el.

Leonid prefirió no sacarla de su error. Efectivamente, su padre estaba muy ocupado con sus negocios. Pero Amos no se detenía ante nada cuando quería hacer algo. No iba a Moscú porque no quería ir.

–¿Estás bien, hijo? –preguntó Varushka.

–¿Por qué lo dices?

–Porque te has puesto triste de repente.

–Ah, no... Descuida, estoy bien.

Su madre asintió.

–¿Amos me ha escrito?

Leonid dudó. Pero no le podía negar ese placer, así que se llevó una mano al bolsillo y le dio la carta.

Varushka la leyó a toda prisa.

–Se acuerda... –dijo con emoción–. Después de tanto tiempo, se acuerda.

–¿A qué te refieres?

–Al día que fuimos a Taganrog.

–¿Taganrog?

–Sí, cuando estábamos juntos. ¿Y sabes lo que dice? Que yo le estaba hablando de Tchaikovsky y de Chejov y que no me escuchaba porque el sonido de mi voz y la belleza de mis ojos lo tenían embriagado.

–Oh, mamá...

Varushka lo miró con ojos llenos de lágrimas.

–¿Lo ves? Nunca creíste que siguiera enamorado de mí, pero yo estaba segura. Cuando conoces a la persona correcta, no hay nada que pueda apagar el amor.

–Debe de ser una sensación maravillosa.

–Sí que lo es. Y me entristece tanto que no la conozcas... En cierta ocasión, pensé que habías encontrado a la chica adecuada para ti. Pero me equivoqué.

–Prefiero que no hablemos de ella, mamá. Es agua pasada.

–De todas formas, estoy segura de que la encontrarás. Un día conocerás a alguien que, al principio, te parecerá como el resto; pero más tarde, tu corazón se abrirá de un modo misterioso y sentirás cosas que no habías sentido. Le hablarás con palabras que no habías pronunciado nunca y te darás cuenta de que te has enamorado.

–¿Y cómo lo sabré?

–Lo sabrás, no te preocupes. Aunque no siempre es fácil. A veces, tarda un poco –dijo Varushka–. Pero si es la adecuada, lo sabrás. Tu voz interior te dirá que esa mujer no es como las otras, que es diferente.

–Diferente –repitió él.

Su madre asintió.

–No te rindas nunca, cariño. El amor siempre aparece. Yo soy un buen ejemplo. He esperado muchos años sin rendirme, y cada día que pasa me acerca un poco más a tu padre.

–Mamá...

–Sé que no quieres que me haga ilusiones. Eres un hombre realista, cariño. Y es lógico que lo seas. De otro modo, no tendrías éxito en los negocios ni podrías dominar el mundo como tu padre. Pero has heredado otras cosas de Amos. Has heredado su gran corazón, capaz de amar en la distancia, a pesar del tiempo

transcurrido… Es una virtud que también está presente en ti, y que me llena de alegría.

–Bueno, no estoy seguro de que…

–¿Es que no lo ves, hijo?

–Espera un momento. Creo que he visto algo entre los árboles.

Leonid se levantó y se alejó unos metros. Era mentira. No había visto nada entre los árboles, pero la inocencia de su madre lo había emocionado tanto que necesitaba alejarse de ella unos momentos.

Varushka lo siguió.

–La vida nos da sorpresas, cariño. A veces hay milagros.

Él hizo un esfuerzo y sonrió.

–Sí, a veces.

–Y el tuyo llegará. No lo dudes. Un día, una mujer se abrirá camino hasta tu corazón y se negará a salir de él.

–¿Aunque yo le pida que salga?

–Aunque tú se lo pidas –contestó–. De hecho, será más obstinada cuanto más insistas en lo contrario.

–Tal como lo describes, no parece amor. Parece una enfermedad.

–Tal vez. Pero hay enfermedades que sacan lo mejor de cada uno.

–Si tú lo dices…

–Sí, yo lo digo. Y deberías hacerme caso, porque soy tu madre –declaró con humor–. A fin de cuentas, ¿quién te conoce mejor que yo?

Varushka le puso una mano en el brazo.

–Espero que te enamores pronto –siguió hablando–. Quiero que seas feliz, y estoy segura de que en alguna parte hay una mujer que te hará feliz. Pero no te resistas cuando llegue el momento. No luches contra el amor.

–¿Crees que lucharé?

–Con todas tus fuerzas. Cuando te des cuenta de que te has enamorado, saldrás corriendo. Siempre has tenido miedo de confiar en la gente. Estás convencido de que, si te abres demasiado, te traicionarán.

–Es lo que suelen hacer.

–Pero ella será distinta. Sea quien sea, si es especial, no te traicionará –afirmó–. Recuérdalo siempre.

–Está bien. Lo recordaré.

Leonid abrazó a su madre con fuerza. Le emocionaba que aquella mujer, a la que siempre había protegido de la realidad, hablara con tanta sabiduría. Y se preguntó qué habría dicho de haber sabido que ya había conocido a la mujer de sus sueños.

Segundos después, ella suspiró.

–¿Te pasa algo, mamá?

–No. Solo que soy muy feliz.

–Pues eso es lo que importa. Vamos dentro. Llevas mucho tiempo en el jardín, y seguro que estás cansada.

Cuando entraron en la casa, Nina se acercó y ayudó a Varushka a sentarse en el sofá, donde se quedó dormida.

Entonces, Nina y Leonid la dejaron a solas.

–¿Qué tal ha estado? –pregunto él.

–Cambiante, como de costumbre. A veces está contenta y, a veces, se sume en la desesperación –respondió Nina–. Ha hablado mucho de ti y de tu padre. Tenía miedo de deprimirse si Amos no venía contigo, pero creo que está bien. La carta de tu padre la ha animado mucho.

–Sí, ha sido una bendición.

–Y quizás, una esperanza. Si lo que ha escrito es verdad...

–Yo no me haría ilusiones al respecto.

–Oh, no... ¿La has escrito tú?

Él sacudió la cabeza.

–No, no he sido yo.

Nina lo miró con intensidad y cambió de conversación.

–Bueno, supongo que tendrás que volver a Moscú. Tus negocios te esperan.

–Eso me temo. Me quedaré un par de días, pero no tengo más remedio que volver.

–Por supuesto. El mundo está lleno de enemigos –declaró ella, con sorna.

–Lo está –afirmó–. Aunque me he dado cuenta de que no hay tantos como creía.

Ella asintió y lo miró con afecto. Nina era mucho más que una empleada; con el paso del tiempo, se había convertido en una amiga.

–Me asombras, Leonid. ¿Es que estás bajando tus defensas?

Él sonrió.

–A veces, tener demasiadas defensas es tan malo como tener ninguna.

Nina se quedó atónita.

–¡No puedo creer que tú hayas dicho eso!

Leonid rio.

–Yo no he dicho nada... Pero basta de conversación. Tengo cosas que hacer.

Poco a poco, se fue acercando el día de la entrega de premios.

Para Travis era un acontecimiento muy especial, porque estaba nominado en cuatro categorías. Pero también lo era para su familia, y Perdita dio por sentado que todos los Falcon viajarían a Los Ángeles para apoyarlo y animarlo.

Incluido Leonid.

Sin embargo, intentó no pensar en él. Había vuelto de París sin un reportaje, lo cual significaba que tenía que trabajar. Por suerte, no le faltaba dinero. Sus éxitos anteriores la habían convertido en una persona razonablemente próspera. Pero no era una mujer que supiera estar de brazos cruzados.

Una noche, estaba charlando con un amigo cuando él le dijo:

–Deberías hablar con Elizen.

–¿Quién diablos es Elizen?

–¿No lo conoces? Ese tipo que dice hablar con los muertos.

–¿En serio?

–Es tan bueno que hay gente que se lo cree. Pero me ha llegado la voz de que tiene una red de espías que investiga al público de sus espectáculos. Le dan la información que necesita para fingir que tiene un don sobrenatural.

–Suena interesante... De repente, me apetece que me echen las cartas –ironizó.

La reunión con Elizen confirmó las sospechas de su amigo. Se vestía como un mago; tenía barba blanca y hablaba con voz ronca. Fingió que leía su mente e hizo unas cuantas afirmaciones sobre su vida y su personalidad. Ninguna era exactamente incorrecta, pero eran tan generales que le habrían servido para cualquier persona.

Desengañada, Perdita se despidió con rapidez y se levantó.

–Espere –dijo él–. He tenido una revelación...

–¿Una revelación?

–Se está acercando a un momento importante en su vida. Tendrá que tomar una decisión, y las consecuencias de esa decisión la acompañarán siempre.

–Lo recordaré. Muchas gracias.

Durante el trayecto a su casa, Perdita pensó en lo sucedido y sacudió la cabeza. Ese era el tipo de cosas que engañaban a los tontos. Elizen parecía haber dicho algo relevante, pero no lo era en modo alguno. Todo el mundo se acercaba a un momento importante en su vida. Todo el mundo tenía que tomar decisiones y, por supuesto, todo el mundo afrontaba las consecuencias de las decisiones que tomaba.

Ya en su casa, encendió el ordenador. Leonid le había enviado un mensaje de correo electrónico, que empezaba así:

No me podía resistir a la tentación de escribirte. Te estoy inmensamente agradecido. Mi madre está feliz desde que leyó la carta de Amos. Y todo te lo debo a ti.

A Perdita le habría gustado que Leonid le hablara un poco más de sus sentimientos, pero el resto de la carta era poco revelador. Evidentemente, no se sentía cómodo con la palabra escrita. Y se preguntó si alguna vez le abriría su corazón.

Contestó al mensaje con afecto y recibió una respuesta amistosa, aunque carente de profundidad. Leonid se negaba a quitarse la armadura. Si Perdita quería algo más, tendría que esperar hasta su siguiente encuentro.

Una tarde, Gary la llamó.

–Tengo un trabajo para ti –le dijo–. Brazen Bob está en la ciudad.

Brazen Bob era una estrella de cine, tan famoso por sus películas como por su vida amorosa y sus modales bruscos.

–Ha alquilado una casa enorme en Londres y está buscando gente para el servicio –continuó Gary–. Si te das prisa, podrías conseguir un puesto. Sería una forma excelente de vigilarlo y descubrir sus secretos.

–No lo sé… Me parece un truco bastante sucio.

–Sí, lo es. Y si ese hombre no fuera un canalla, ni siquiera te lo plantearía.

Perdita pensó que tenía razón; Brazen Bob merecía que alguien lo pusiera en su sitio. Y en otras circunstancias, habría aceptado la sugerencia. Pero las cosas habían cambiado.

–No, no puedo. Ahora estoy muy ocupada.

–¿Ah, sí? ¿Insinúas que estás a punto de darme una exclusiva?

–Bueno… necesito un poco de tiempo. Solo eso.

–Hum… –dijo, no muy convencido–. Está bien, pero será mejor que te espabiles, Perdita. Si no haces algo pronto, la gente empezará a pensar que has perdido el talento. No sé qué te pasa últimamente.

Cuando Gary cortó la comunicación, Perdita pensó que ella tampoco sabía lo que le pasaba. Pero no era del todo cierto.

Se sentía distinta. Leonid la había cambiado de un modo que no alcanzaba a comprender. Ella había sobrevivido a muchas cosas. Había seguido adelante tras su ruptura con Thomas y con Frank; pero un par de días con Leonid habían bastado para que empezara a dudar de sí misma y de lo que hacía.

Molesta, levantó el auricular del teléfono y marcó el número de Gary. Era una profesional de la prensa del corazón. No podía permitir que un encaprichamiento destrozara su carrera.

–Hola, Perdy, ¿eres tú? Me alegra que me hayas llamado tan pronto. ¿Has cambiado de opinión sobre lo de Brazen Bob?

En cuanto oyó la voz de Gary, Perdita supo que había cometido un error. Y lo corrigió sobre la marcha.

–Ah, no… Lo siento, Gary. He marcado el botón de rellamada sin darme cuenta.

–Pero…

–Me tengo que ir. ¡Adiós!

–Perdy…

–Adiós.

Perdita repitió la despedida con plena conciencia de que no se la había dirigido al director de la revista, sino a su forma de vida, a su propio trabajo.

Se estaba despidiendo de ella misma.

Decía adiós a su pasado a cambio de un futuro que, en aquel momento, no era más que un sueño confuso y dudoso.

Se estaba arriesgando. Pero se tenía que arriesgar.

Durante los días siguientes, se preguntó con frecuencia por su futuro. Si renunciaba a su forma de ganarse la vida, tendría que encontrar otra. Y, paradójicamente, fue el propio Gary quien acudió en su rescate.

–No sé por qué te digo esto –declaró por teléfono–, pero he hablado con Lily Folles. ¿Te acuerdas de ella?

–Cómo no. Es una actriz muy famosa.

–Quiere una autobiografía y está buscando a alguien que la escriba por ella. Se acordó de ti por una entrevista que le hiciste hace tiempo. Por lo visto, le caíste bien. Dice que sabes escuchar... ¿Tienes un bolígrafo a mano? Apunta su número de teléfono y prueba suerte. Puede que te contrate.

Gary le dio el número y cortó la comunicación sin esperar respuesta.

Perdita no lo dudó. Llamó a Lily y llegó a un acuerdo con ella al día siguiente, cuando quedaron para cenar. Era lo que estaba buscando; una forma perfectamente respetable de ganarse la vida. Si seguía así, podría hablar con Leonid y contarle la verdad sobre su profesión. O, por lo menos, sobre su antigua profesión.

El día anterior a la entrega de los premios, Leonid le escribió para decirle que le había reservado una habitación en el hotel Felsted, en cuyo salón de actos se iba a llevar a cabo la ceremonia. Era un hotel tan caro que Perdita protestó y le dijo que se buscaría su propio alojamiento, pero él insistió y se despidió sin darle ocasión de protestar otra vez.

–Es un dictador –se dijo ella en voz alta–. Tendré que ponerme a su altura.

El vuelo de Londres a Los Ángeles duraba once horas y, por si fuera poco, las ciudades tenían ocho horas de diferencia horaria. Perdita afrontó la idea con cierto desasosiego; sobre todo, porque no le gustaba volar. Pero se recordó que Leonid la estaría esperando y pensó que eso era lo único que importaba.

Trabajó hasta el último momento y hasta mantuvo una última conversación con Lily. Pero entonces, su suerte cambió. Lily se empeñó en reunirse con ella para contarle más cosas de su pasado.

Cuando Perdita ya pensaba que iba a perder el avión, la actriz dijo:

–¿Tienes mucha prisa?

–Sí, mucha. Debería irme ya.

–Está bien...

Perdita salió con la esperanza de llegar a tiempo, pero fue demasiado tarde. El avión ya había despegado.

–Puede reservar un asiento en el siguiente –le dijo una azafata–. Sale a las diez en punto de esta noche.

Perdita se sentó en la cafetería del aeropuerto y envió un mensaje de correo electrónico a Leonid para explicarle lo sucedido. Él respondió minutos más tarde. Le dio las gracias por avisar y le informó de que alguien la estaría esperando en el aeropuerto de Los Ángeles.

Su respuesta fue tan fría que Perdita llegó a la conclusión de que casi se alegraba de su retraso. Tal vez quisiera aprovechar esas horas para estar con su familia o cerrar algún negocio con sus contactos en Estados Unidos.

Pero fuera como fuera, no tuvo ninguna duda de que alguien la estaría esperando en Los Ángeles. A fin de cuentas, Leonid era un hombre eficaz.

Estaba oscuro cuando el avión aterrizó. Perdita miró por la ventanilla y se preguntó dónde estaría Leonid, qué estaría haciendo, con quién estaría.

La espera del equipaje y el control de pasaportes se le hicieron eternos. Al salir, miró a su alrededor y se detuvo. Súbitamente, se sintió abandonada; y tan cansada por el viaje que habría sido capaz de tumbarse allí mismo y dormir.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos.

Justo entonces, alguien le dio un beso en los labios.

–¡Leonid! ¡Has venido...!

Perdita respondió a su beso con pasión, y permanecieron abrazados hasta que un hombre protestó porque le cerraban el paso.

–No me esperabas, ¿verdad?

–Claro que no. Como dijiste que alguien vendría a recogerme, pensé que te referías a otra persona.

–Y eso pretendía. Pero ardía en deseos de verte –le confesó.

–Y yo a ti... –declaró ella, con una sonrisa–. Pero has venido a

buscarme. Y ahora, todo está bien.

–Sí, todo está bien. Y lo estará mientras tú estés conmigo.

Él le pasó un brazo alrededor de la cintura y la llevó al exterior del aeropuerto, donde el chófer se hizo cargo de las maletas de Perdita. Durante el trayecto al hotel, Leonid siguió pegado a ella, como si tuviera miedo de que se pudiera escapar.

Al llegar a su destino, cruzaron el vestíbulo del hotel y entraron en el ascensor. Un par de minutos después, llegaron a la habitación que Leonid le había reservado.

En cuanto cerraron la puerta, él la sentó en una silla y apartó el edredón de la cama. Perdita estaba tan cansada por el vuelo y la diferencia horaria que apenas era consciente de sus movimientos. Solo sabía que se había quedado a solas con él y que ahora, de repente, le estaba desabrochando los botones.

No era la primera vez que lo hacía. Ya la había desnudado cuando se conocieron, pero Perdita tenía el convencimiento de que aquello no era lo mismo. Estaba segura de que no le quitaba la ropa para echarle una mano, sino para tumbarla en la cama y hacerle el amor.

Por fin, se quedó en braguitas y sostén. Entonces, él se inclinó sobre la silla, la tomó en brazos y la llevó a la cama.

Medio dormida, esperó a sentir sus manos en sus zonas más íntimas.

Y se llevó un disgusto cuando Leonid la tapó con el edredón, le dio un beso en la frente y se sentó a su lado.

–Leonid...

–Calla. Tienes que dormir.

Perdita quiso protestar, pero su agotamiento se lo impidió. El sueño se estaba imponiendo al deseo.

Segundos después, él le susurró al oído:

–¿Sigues despierta? No, creo que no... Aunque también es posible que te finjas dormida. Eres tan astuta que debería desconfiar de ti, pero no puedo. Solo quiero estar contigo. Abrazarte y que me abraces.

Él le apartó el cabello de la cara y siguió hablando.

–Espero que me perdones por no hacerte el amor en este momento. Te aseguro que lo estoy deseando; pero estás agotada y no me parece bien. Prefiero esperar a que estés en plenitud de

facultades, para que disfrutes a fondo y lo recuerdes todo. Además, no hay prisa. Veo un camino con dos personas que comparten un destino común. ¿Y sabes quiénes son? Somos tú y yo.

Leonid le dio un beso en los labios y se levantó.

–Buenas noches, cariño. Hasta mañana.

Salió de la habitación muy despacio, para no hacer ruido. Cuando llegó a la puerta, se giró y la miró una última vez antes de salir.

Perdita oyó el clic de la puerta y se acurrucó un poco más.

Sonreía.

Capítulo 6

Cuando despertó, Perdita no sabía qué parte de sus pensamientos era un recuerdo y qué parte era fantasía.

Solo estaba segura de que Leonid la había dejado en ropa interior y de que la había tumbado en la cama sin intentar nada más.

Podría haber hecho cualquier cosa con ella. Pero no lo había hecho. Se había resistido a la tentación.

A no ser que no sintiera ninguna tentación.

Sin embargo, Perdita recordaba fragmentos de las palabras que Leonid había pronunciado antes de marcharse. Algo sobre hacer el amor cuando estuviera más despierta y algo sobre un camino que compartían.

Desgraciadamente, tenía miedo de que hubiera sido un sueño.

–Buenos días...

Ella giró la cabeza y vio que Leonid estaba sentado en una de las sillas, con una mirada tierna y misteriosa a la vez.

–¿Lo de anoche pasó de verdad? ¿O lo he soñado?

–No lo has soñado. Llegaste tan agotada que te metí en la cama de inmediato.

–¿Y lo que me dijiste...?

Él sonrió.

–También es verdad. Sé que tú lo deseas tanto como yo, pero anoche no era el momento más adecuado para hacer el amor.

–No, claro que no.

Perdita se frotó los ojos.

–Oh, Dios mío... –siguió hablando–. No sé ni dónde estoy ni qué estoy haciendo. ¿He dormido mucho? ¿Qué hora es?

–Casi mediodía.

–¿Tu familia ha llegado?

–No, pero llegarán pronto –contestó–. Sin embargo, Travis vive en Los Ángeles, así que no se alojará en el hotel.

–¿Y tu padre?

–También va a venir. Dice que no se lo perdería por nada del mundo. Él, que siempre despreció a Travis por ser un actor –dijo con sorna–. Desde que tiene éxito, lo respeta.

–Bueno, supongo que Travis estará contento.

–Por supuesto que lo está. Pero basta de conversación. Tienes que comer algo.

Travis llamó al servicio de habitaciones y pidió que les subieran el desayuno. Mientras esperaban, Perdita entró en el cuarto de baño y se duchó. En ese momento, era inmensamente feliz.

Durante el desayuno, él declaró:

–Admito que te he extrañado muchísimo. Me repetía una y otra vez que tenía que trabajar, pe-ro...

–Pero no te podías concentrar.

Leonid sacudió la cabeza.

–No, no podía. Te negabas a salir de mis pensamientos.

–Porque siempre he sido muy obstinada –bromeó.

–Y yo. Todo el mundo me lo dice.

–Bueno, si tanto te molesto... estoy dispuesta a desaparecer.

Él le puso una mano en la muñeca.

–Ni lo pienses. No permitiré que te vayas.

–¿Ahora soy tu prisionera?

–Exacto.

Perdita y Leonid se miraron con intensidad.

–En ese caso, ¿qué puedo hacer? Seré tu prisionera.

Leonid sonrió y apartó la mano.

–Por cierto, ¿qué tal está tu madre? –preguntó ella.

–¿Mi madre? Muy bien, gracias a ti. La carta le gustó mucho. Le hizo ilusión que Amos se acordara de aquella visita a Taganrog. Creo que no se acuerda de que me contó la historia, así que no sospechó nada. Piensa que fue cosa de Amos.

–Y tú no le has dicho la verdad, claro.

–Por supuesto que no. No podría ser tan cruel –dijo–. Tenías razón, Perdita. Tenías razón en todo.

Él la volvió a tocar, con más dulzura. Y ella se estremeció.

–¿Cómo es posible que perdieras ese avión?

Perdita suspiró.

–Cosas del trabajo... Estoy escribiendo un libro y necesitaba más material.

–¿Escribes libros?

–A veces –respondió con cautela–. ¿Conoces a Lily Folles?

–Es una actriz, ¿no?

–En efecto. Está escribiendo su autobiografía... Bueno, esa será la versión oficial, porque en realidad se la estoy escribiendo yo.

Leonid arqueó una ceja.

–¿Y cómo conseguiste el encargo?

–No fue difícil. Me enteré de que estaba buscando a alguien, hablé con ella y me contrató. Supongo que le caí bien.

–O que admira tu talento literario.

–No, estoy segura de que no fue por ese motivo.

–Entonces, ¿por qué?

–Porque quedamos a comer y le reí todas las bromas.

Él soltó una carcajada.

–Oh, vaya. Eso lo explica todo.

–En cualquier caso, se empeñó en hablar conmigo cuando yo estaba a punto de irme al aeropuerto. Y cuando me quise dar cuenta, ya era demasiado tarde.

–Pero ya estás aquí. Eso es lo que importa.

Perdita tuvo una sensación de triunfo. Ahora, Leonid sabía que se dedicaba a escribir y que tenía contactos en el mundo literario y, quizás, periodístico. Pero en un sector mucho más respetable que la prensa del corazón.

–¿No me vas a preguntar cómo he entrado en tu habitación? –dijo él de repente.

Perdita lo miró con sorpresa. Ni siquiera se lo había preguntado.

–¿Cómo has entrado?

–Sobornando a una de las empleadas del hotel. Mi habitación es la contigua. Quería tener tu llave para poder entrar y salir en caso de que me necesitaras –explicó–. De hecho, he entrado varias veces a lo largo de la mañana. Y dormías como un bebé.

–Es evidente que necesitaba dormir. Pero ya estoy bien. Totalmente descansada y preparada para cualquier cosa.

–¿Para cualquier cosa?

–Sí.

Él la miró con tanta intensidad que el corazón de Perdita se aceleró al instante. No necesitaba ser adivina para saber lo que estaba pensando.

–¡Leonid! ¡Leonid! ¿Estás ahí?

La voz que oyeron procedía del pasillo exterior. Y enseguida se le sumaron otras voces, todas conocidas.

–Oh, no... –Leonid gimió–. Jamás pensé que lamentaría tener hermanos.

–¡Leonid!

–Está bien. Ya voy...

Leonid salió de la habitación y cerró la puerta. Poco después, Perdita lo siguió. Estaba hablando con Darius, Jackson y Marcel, que la saludaron afectuosamente.

–Acabamos de llegar –declaró Darius–. Nos han dicho que estabais arriba, así que hemos subido a veros.

Harriet apareció entonces y abrazó a Perdita.

–¿Vamos a tomar un café?

A todos les pareció bien la propuesta.

Mientras bajaban, Perdita preguntó:

–¿Se sabe algo de Travis?

–No. Lo he llamado por teléfono, pero no contesta –respondió Jackson–. Y empiezo a estar preocupado.

Justo entonces, sonó su teléfono móvil. Jackson contestó enseguida y, por su cara de indignación, supieron que había pasado algo extraño.

–¿Qué has dicho? ¿Que estás en...? ¡Por todos los diablos, Travis! Sí, sí... Lo siento por Charlene pero... ¡Travis! ¡No cuelgues!

Travis no hizo caso a Jackson. Cortó la comunicación y lo dejó con la palabra en la boca.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Leonid.

–Que Travis se ha vuelto loco. Charlene se marcha a Inglaterra a ver a su abuela, que por lo visto se encuentra muy mal. Y Travis me ha dicho que la va a llevar al aeropuerto... aunque tengo la impresión de que piensa acompañarla.

–Pero llegará a la ceremonia, ¿verdad? –intervino Marcel–. No creo que se pierda un acontecimiento tan importante para él.

–Yo no estaría tan segura –dijo Perdita–. Si está enamorado de Charlene, no la dejará sola. Se quedará con ella.

Los Falcon la miraron con horror.

–Oh, vamos. Estamos hablando de su carrera –declaró Jackson–. Vendrá.

–No lo creo –insistió Perdita.

–De todas formas, solo ha dicho que la va a llevar al aeropuerto –dijo Jackson, pensativo–. Puede que no la acompañe a Inglaterra.

Perdita se encogió de hombros.

–Puede que no, pero también es posible que no te lo haya comentado porque no quiere que Charlene se entere. Ella sabe que la ceremonia es importante para él, y seguramente insistiría en que viaje a Los Ángeles.

Los Falcon se dirigieron a la cafetería del hotel, pero Perdita siguió adelante y salió al jardín, consciente de que Leonid la seguiría.

Ya se había sentado en un banco cuando él apareció.

–¿Eso lo has dicho en serio?

–¿Te refieres a lo de Travis? Sí, por supuesto. Seguro que se va a Inglaterra con ella.

–Bueno, supongo que lo sabremos pronto...

–¡Ah, estáis ahí!

Leonid y Perdita se giraron hacia Darius, que acababa de salir del edificio.

–Travis ha llamado otra vez. Ha dicho que se va a Inglaterra con Charlene y que no asistirá a la ceremonia –les informó–. Parece que tu amiga tenía razón, Leonid...

–Para variar –ironizó Leonid.

–Nos ha pedido que se lo expliquemos a Amos cuando llegue.

–Pues hablando del rey de Roma...

Amos salió del hotel en ese momento, acompañado por Marcel y Jackson.

–¿Es verdad lo que me han dicho? ¿Travis no va a venir? –preguntó, indignado.

–Por lo visto, Charlene se ha tenido que ir a Inglaterra porque su abuela está enferma –dijo Leonid–. Travis ha decidido acompañarla.

–Pero, ¿qué locura es esa? ¡No es problema su-yo!

–Si está enamorado de ella, sí –observó Perdita–. No la puede dejar sola.

–Eso son tonterías sentimentales –replicó Amos–. Ninguna mujer es tan importante.

Un momento después, oyeron un timbre. Era el móvil de Amos.

El patriarca de los Falcon respondió inmediatamente. Y, por su

expresión, los demás supieron que se trataba de Travis.

–¿Es que te has vuelto loco? ¡Pones en peligro tu carrera y me insultas a mí...! No, no... Lo único que entiendo es que estás haciendo una estupidez. Ningún hijo mío cometería un error tan imperdonable –Amos estaba fuera de sí–. ¡Deja de decir tonterías y vuelve ahora mismo! ¡No hay mujer que merezca...!

De repente, Amos miró el teléfono con incredulidad.

–¡Me ha colgado! No entiendo nada... Es increíble. Va a tirar su carrera por la borda para satisfacer a una mujer.

–Bueno, no es para tanto –declaró Perdita.

–Por supuesto que lo es. Si no aparece esta noche, el público y los organizadores de los premios se sentirán insultados.

–No lo creo. Cuando conozcan el motivo de su ausencia, pensarán que es una especie de héroe romántico. Al fin y al cabo, no hay tantos profesionales capaces de renunciar a unos premios para estar con la persona a quien aman. Será bueno para su imagen.

–Creo que tienes razón –dijo Jackson–. Vaya, esta chica sabe de lo que habla.

Perdita sonrió y miró a Leonid, que se limitó a asentir.

–En fin, será mejor que nos vayamos y nos preparemos para la velada –dijo Jackson–. Va a ser interesante. Pase lo que pase.

Leonid acompañó a Perdita a su habitación.

–Parece que lo de Travis no te ha sorprendido tanto como al resto de nosotros. ¿Cómo lo sabías? ¿Es que eres adivina?

–No necesito ser adivina para saberlo. El comportamiento de tu hermano es típico de un enamorado –respondió.

–De todas formas, a veces me das miedo –dijo–. Siempre sabes lo que piensa y lo que siente la gente.

–No, en absoluto. Hay gente que disimula sus sentimientos muy bien. Cuando quiere disimularlos, claro –replicó con humor.

Leonid se ruborizó levemente.

–A veces, no hay más opción que disimular.

Perdita asintió.

–Es cierto. Pero será mejor que nos cambiemos de ropa. Falta poco para la ceremonia.

Pasó lo que Perdita había dicho. Cuando el presentador del acto

anunció que Travis no podría estar presente y explicó el motivo de su ausencia, el público de la sala le dedicó un aplauso ensordecedor. Un aplauso que repitió más tarde, cuando el jurado le concedió el premio en una de las cuatro categorías a las que lo habían nominado.

Durante la fiesta posterior, Jackson dijo:

–Es una pena que Travis no esté aquí. ¿Cómo es posible que se lo haya perdido?

–No se ha perdido nada relevante –afirmó Leonid–. Simplemente, ha elegido hacer algo que le importa más.

Perdita asintió.

–Cuando te enamoras, eres capaz de hacer cualquier cosa con tal de agradar a la persona con quien estás.

Leonid no dijo nada, pero asintió y la tomó del brazo.

–Espero que sigas cansada –declaró en un susurro–, porque deberías volver a la cama...

Ella sonrió.

–Sí, creo que tienes razón.

Al llegar a la habitación, él cerró la puerta y le dio un beso apasionado. Ninguno supo quién fue el primero en dirigirse a la cama, pero de repente se encontraron tumbados, abrazados y algo inseguros.

¿Por fin había llegado el momento de consumar su relación?

Se quedaron muy quietos durante unos segundos. Luego, él la acarició y la miró a los ojos con intensidad. Perdita respondió a su contacto con más caricias y, tras un suspiro, se entregó a él en cuerpo y alma.

Tras hacer el amor, se volvieron a abrazar.

Los dos eran felices. Estaban donde querían estar; con quien querían estar.

Después de muchos encuentros y desencuentros, Travis y Charlene tomaron la decisión que todo el mundo esperaba. Se iban a casar, y anunciaron que la ceremonia se llevaría a cabo al mes siguiente.

–¿Estás segura de que recuerdas la fecha? –le preguntó Leonid a Perdita cuando se despidieron en el aeropuerto–. No me gustaría

que te olvidaras.

–Estoy segura –respondió ella por enésima vez–. Pero si no te vas ya, perderás el avión. El tuyo sale antes que el mío.

Él se marchó a regañadientes y desapareció por el corredor que llevaba a su sala de embarque. Perdita se quedó donde estaba, sintiéndose terriblemente vacía.

Durante el mes siguiente, todos sus pensamientos y emociones se concentraron en él. Como lo había investigado, sabía que era un hombre duro que había hecho fortuna a fuerza de talento y voluntad y que mantenía el control de su vida del mismo modo. Pero ella conocía una faceta diferente. Había visto a través de su máscara y sabía que ocultaba a un hombre cauto, vulnerable y solitario.

Un hombre encerrado en sí mismo, a cuyo corazón necesitaba llegar.

Como en la separación anterior, los mensajes de correo de Leonid fueron amables pero impersonales. Y al igual que en el caso anterior, se empeñó en reservarle habitación y pagarla por adelantado sin pedirle permiso.

–Tendré que hablar seriamente con él –se dijo Perdita en voz alta–. Siempre quiere controlarlo to-do.

Por fin, llegó el día de volver a Los Ángeles. Leonid la estaba esperando en el aeropuerto, y le dio un abrazo tan fuerte que la dejó sin aire.

–Tenía miedo de que no vinieras –le confesó él.

–Entonces, es que me conoces poco –ironizó ella.

–Bueno, a veces pienso que no te conozco na-da.

–Eso cambiará.

–Prométemelo. Prométeme que me has abierto tu corazón y que siempre estará así, abierto –dijo con vehemencia.

Ella le puso las manos en las mejillas y le besó en los labios.

–Te lo prometo. Confía en mí.

–Confío en ti.

–¿Salimos del aeropuerto?

Subieron a un taxi para ir a la ciudad. Durante el trayecto, él dijo:

–Esta noche, mi familia va a dar una fiesta. Tendremos que asistir.

–Por supuesto. ¿Ya han llegado todos?

Él suspiró.

–Sí. Me temo que no tendremos muchas ocasiones de estar solos.

Leonid tenía razón. Todos habían llegado, y las horas siguientes fueron un caos de brindis y conversaciones que solo se detuvo cuando Travis se dirigió a los demás para anunciarles que se iban.

–Charlene y yo nos vamos a casa. Mañana tenemos un compromiso importante... –Travis guiñó un ojo a su prometida–. Aunque no recuerdo qué es.

Sus hermanos rieron.

–Ten cuidado con lo que dices –intervino Jackson–. Charlene es más que capaz de castigarte.

–No, no lo castigaría –dijo Charlene–. Me limitaría a desaparecer como un fantasma.

–Pues ese es el peor castigo de todos –observó Travis mientras le pasaba un brazo alrededor de la cintura–. Bueno, vamos a casa. Allí te podré vigilar.

La feliz pareja se despidió de los presentes y salió del edificio.

–Es perfecta para Travis –comentó Jackson–. No le perdona ni una tontería.

–Como debe ser –bromeó Darius, mirando a Harriet.

Minutos más tarde, Leonid acompañó a Perdita a su habitación.

–¿Te encuentras bien? Pareces cansada.

–Es por el vuelo.

–No me extraña. Son muchas horas de viaje.

Al llegar a la puerta, él se detuvo y le lanzó una mirada dubitativa.

–¿Estás muy cansada?

Ella rio.

–No, no tanto... Entra, por favor. Tengo algo para ti.

Una vez dentro, Perdita alcanzó el bolso y sacó un sobre, que le dio.

–¿Qué es esto?

–El importe de la habitación –contestó ella–. Te dije que la pagaría yo.

Él abrió el sobre, sacó el cheque y se lo guardó en un bolsillo.

–¿No vas a protestar? –preguntó Perdita, sorprendida con su actitud.

–¿Para qué? Romperé el cheque en cuanto esté solo. No lo rompo ahora porque te vengarías de mí y sería terrible.

–¿Te doy miedo?

–Un poco.

–Excelente.

Perdita se acercó a él y le dio un beso. Leonid se apretó contra ella y la empujó hacia la cama, donde acabaron por tumbarse.

–Si estás muy cansada, será mejor que lo digas ahora –le advirtió–. No creo que pueda refrenarme después.

–En ese caso, tendremos que seguir adelante –dijo ella con sensualidad–. ¿No te parece?

Todo fue maravilloso. Sus besos, sus caricias, su compromiso profundo con su mutuo deseo. Fue tan bello que a Perdita le habría gustado que no terminara.

Pero terminó y, tras unos momentos de silencio, él le dio un beso de buenas noches y salió de la habitación.

Perdita sintió el peso de una soledad insoportable. Era como estar aislada; no en una habitación, sino del resto del mundo. Y aunque cerró los ojos para intentar dormir, su desolación era tan intensa que no pudo.

Toda la familia estuvo presente en la boda.

Cuando Charlene caminó hacia Travis y lo miró con adoración, Perdita supo que iban a hacer lo correcto. Se habían enamorado y querían estar juntos. Habían llegado a un punto que ya no estaba tan lejos de Leonid y de ella.

Durante la fiesta posterior, no tuvo muchas ocasiones de hablar con él.

Leonid hizo un discurso que se ganó los aplausos de los presentes y luego alzó su copa para brindar por los recién casados. Más tarde, se pronunciaron más discursos y se propusieron más brindis. Hasta que la fiesta fue perdiendo su carácter formal.

En determinado momento, la hermanastra de Leonid se acercó a Perdita.

–Socorro... –dijo Freya en voz baja–. Amos no sabe si arrojarme a los brazos de Leonid o a los de Jackson. Ya no sé qué hacer.

–Quédate conmigo. Te protegeré –declaró Perdita.

Freya alzó su copa y dijo:
–Brindo por eso.
Marcel y Cassie aparecieron entonces.
–Nuestro padre ha dado un gran discurso –afirmó el recién llegado–. Sobre todo, teniendo en cuenta que se oponía a la boda.
–Es lógico que haya cambiado de opinión –dijo Perdita–. Travis y Charlene hacen una pareja perfecta.
Al otro lado de la habitación, Travis estaba hablando con Leonid.
–Me alegra que haya venido contigo. Esa chica es lo que necesitas.
Leonid sonrió.
–¿Cómo lo sabes?
–Lo sé porque te conozco –contestó–. Nunca te mira con adoración, ni te dice lo maravilloso que eres.
–Porque no soy maravilloso –dijo sin dejar de sonreír–. Aunque tampoco necesito que me lo recuerdes.
–Veo que eres un hombre realista... –se burló–. Pero, ya en serio, me parece una mujer fuerte, inteligente y astuta. Sé que, al final, terminarás con ella.
Leonid sacudió la cabeza.
–Niégalo si quieres –insistió Travis–, pero es la verdad. ¿Sabes cuándo me di cuenta de que Charlene era distinta?
–No, no lo sé.
–Durante nuestra primera noche. Fuimos a cenar a un restaurante de Los Ángeles. En aquella época, yo me encontraba en una situación bastante difícil. Un tipo llamado Frank Brenton había filtrado ciertas noticias a la prensa para destrozar mi reputación.
–Sí, creo recordar algo.
–Brenton se acercó a nuestra mesa con sus amenazas encubiertas y su sonrisa falsa. Yo intenté evitar el conflicto, pero Charlene le plantó cara de tal forma que lo dejó avergonzado y se marchó. Fue absolutamente increíble. No supe qué me había sorprendido más, si su empeño en defenderme o su habilidad para derrotar al enemigo.
–Debes de quererla mucho para decir esas cosas –comentó Leonid–. Derrotar al enemigo..., ¿no es una forma algo extraña de referirse a una mujer tan delicada y hermosa?
–Sí, puede que suene extraño, pero te aseguro que esa mujer

delicada me defendió como el mejor de los soldados. Y eso lo cambió todo.

Travis guardó silencio durante un par de segundos y continuó con la narración.

–Le dije que nuestro encuentro era lo mejor que me había pasado en toda mi vida, y te aseguro que fui sincero. Pero solo me refería a que Charlene era mi amiga, mi compañera, alguien capaz de estar a mi lado y de apoyarme en cualquier circunstancia... El amor llegó después. Y entonces comprendí que la mujer a quien amas tiene que ser también tu mejor amiga. Cuando eso ocurre, todo es perfecto.

–Si tú lo dices...

–No me creas si no quieres. Sigue con tu típico escepticismo de hermano mayor. Pero en este momento, yo soy el hermano mayor.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Porque sé algo que tú no sabes. Sé que Perdita se enamorará de ti y que tú besarás el suelo que pise –Travis le dio una palmadita en el hombro–. Espera un poco y lo verás.

Capítulo 7

Travis se fue y dejó a Leonid sumido en sus pensamientos.

No daba demasiada importancia a las palabras de su hermano. Quizás fueran ciertas en lo tocante a Charlene, pero eso no significaba que las pudiera aplicar a Perdita. No necesitaba que ella lo protegiera.

Los novios se despidieron y se fueron de luna de miel. Los demás volvieron a la fiesta, y Amos se las arregló para arrastrar a Leonid y a Freya a la misma conversación. Hasta que encontraron la forma de escapar.

–Por todos los diablos... –le dijo Freya a Perdita–. Será mejor que le eches el lazo a Leonid, porque estoy a punto de hacer algo desesperado.

Perdita rio.

–¿Que le eche el lazo?

–El lazo o lo que quieras, pero llévatelo de aquí.

–Ah, comprendo... Quieres que me lo lleve para concentrarte en Jackson.

Freya arqueó una ceja.

–Te equivocas. De hecho, me interesa otro hombre. Es posible que anuncie nuestro compromiso dentro de poco.

–Pues avísame para esconderme antes de que lo anuncies –intervino Leonid–. Y ahora, si no te importa, nos vamos a ir.

Leonid tomó a Perdita del brazo y la arrastró fuera del salón.

–Guau... –dijo ella.

–Sí, guau –repitió él.

–¿Te pasa algo? He notado que estabas hablando con Travis. No sé qué te habrá dicho, pero parecías disgustado.

–No ha sido nada. Mis preocupaciones no son por eso.

–Entonces, ¿por qué son?

–Por mi madre. Ahora tendré que llevarle otra carta... Aunque supongo que solo tengo que seguir tus métodos.

–Veo que no me necesitas...

–¿Lo piensas de verdad? ¿O solo lo quieres creer?

Perdita se encogió de hombros.

–No lo sé. Nunca sabes adónde te puede llevar un camino.

–No, claro que no. Sobre todo, porque hay múltiples caminos que se cruzan y que hasta llevan direcciones opuestas.

–Tantos, que te puedes perder –dijo ella–. U olvidar adónde querías ir.

–O cambiar de opinión al respecto.

–Sí, eso sería lo más desconcertante de todo.

Él dudó. Y Perdita tuvo la sensación de que estaba en plena batalla interior.

–¿Qué pasa, Leonid?

–Yo...

–Dímelo, por favor.

Leonid respiró hondo.

–¿Vendrás conmigo a Rusia?

Perdita soltó un grito ahogado. Ardía en deseos de acompañar a Leonid, pero la confusión había cambiado de bando y ahora era ella quien no sabía qué hacer.

–No puedo, Leonid –contestó al fin.

Él gimió.

–Sabía que me rechazarías. En fin, olvídalo.

–No me has entendido... Quería decir que no puedo ir contigo en este momento.

–¿Por qué?

–Porque necesito un visado para viajar a Rusia. Tendré que volver a Inglaterra y solicitarlo.

–Ah, es verdad... no me acordaba.

–¿Cómo te ibas a acordar? Tú no necesitas visados. Eres ciudadano ruso –afirmó–. Lo solicitaré en cuanto llegue a casa.

–Entonces, ¿vendrás?

–Si quieres que vaya...

Él la miró con desconcierto.

–¿Que si quiero? ¡Por supuesto que sí! –exclamó, encantado–. Pero, ¿estás segura de que te apetece?

–Sí.

–¿Me lo prometes?

Perdita no estaba segura de conocer las implicaciones de lo que

le estaba prometiendo. Había tomado un camino difícil y no sabía adónde la podía llevar. Pero no le importaba. Mientras estuviera con él.

–Te lo prometo.

Leonid se inclinó para darle un beso, pero oyeron pasos en el pasillo y ella se apartó.

–Vamos a mi habitación.

Al llegar a la habitación de Perdita, se tumbaron en la cama y se besaron como los dos lo estaban deseando, apasionadamente. Leonid la abrazó con una fuerza capaz de desafiar al universo.

–Tenemos que organizar tu viaje tan pronto como sea posible. No puedo estar varias semanas sin ti –le confesó él.

–Bueno, no pienses en eso. Ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

–Sí, mucho más importantes.

Esa vez no hubo duda de ninguna clase.

Perdita acarició a Leonid con sensualidad, para hacerle ver lo mucho que lo deseaba. Leonid reaccionó del mismo modo, con tanto ardor como habilidad.

Pero no fue su habilidad lo que la fascinó, sino su ternura, que la llevó a uno de los momentos más bellos de su vida.

Cuando terminaron de hacer el amor, se sintió inmensamente desolada. Sin embargo, se prometió que se volverían a encontrar muy pronto. Y que, esa vez, no se contentaría con reclamar su cuerpo.

Horas después, en plena noche, despertó y vio que Leonid la estaba mirando.

–No tengas miedo –le dijo–. No me voy a ir.

Leonid susurró algo y se apretó contra ella.

Perdita sonrió, le acarició el cabello y siguió durmiendo.

Leonid entró en la habitación de Perdita cuando ella estaba haciendo las maletas.

–¿Qué te parece si...?

No terminó la frase. Al dar otro paso, tropezó con una bolsa que Perdita había dejado en el suelo.

–Oh, lo siento mucho...

Perdita alcanzó la maleta con rapidez y empezó a recoger los libros que se habían caído de la bolsa.

Leonid sonrió.

–¿Textos de teoría filosófica? –preguntó.

Perdita rompió a reír.

–Si te pudieras ver la cara... Estás muy gracioso.

–No sabía que la filosofía te interesara.

–¿Por qué? ¿Tan tonta me crees?

Él se ruborizó un poco.

–Jamás he pensado que seas tonta.

–Pero te extraña que lea esos libros. Admítelo.

–Solo admito que, cada vez que creo entenderte, me das una sorpresa nueva –Leonid se inclinó y alcanzó uno de los ejemplares caídos–. Profesor Angus Hanson... ¿Hanson? Vaya... ¿Es familiar tuyo?

–Es mi padre. Y el libro que tienes al lado es de mi hermano –le explicó–. Los publicaron hace poco y les pedí que me los enviaran para tener lectura en el avión. Pero no te preocupes. No entiendo la mitad de lo que dicen.

–No pretendía insultarte, Perdita. Simplemente, me asombra lo poco que te conozco.

–Sabes todo lo que hay que saber.

–¿En serio? Si eres una intelectual, me lo deberías haber advertido.

–¿Para salir corriendo?

–Naturalmente.

Perdita soltó una carcajada.

–De todas formas, es cierto que no hemos tenido muchas ocasiones de hablar en profundidad. Siempre pasa algo que nos lo impide.

–Pues yo tengo la sensación de que nunca he hablado tanto... Y debería hablar menos y escuchar más –dijo él–. Cuando estés en Moscú, quiero que me lo cuentes todo. Quiero saber todo lo que hay que saber de ti.

–¿Para que huyas?

–No huiré. Te lo prometo.

Perdita se encogió de hombros.

–No temas. Reconozco que me he criado entre intelectuales;

todos son profesores o se dedican a escribir libros. Pero no he salido a ellos.

–Lo dudo mucho. Eres una de las personas más inteligentes que he conocido. A veces, hasta me das miedo.

–Te agradezco el halago, pero no dedico la inteligencia a las cosas que a ellos les gustarían. Por ejemplo, soy la única que no ha ido a la universidad.

–Pero escribes. Y sospecho que la autobiografía que estás escribiendo tendrá bastante más éxito que los libros de tus familiares.

–Sí, eso es cierto. Podré llevar la cabeza bien alta cuando los vuelva a ver... Aunque no creo que impresione a mis padres. Nunca estaré a la altura de lo que esperan de mí –comentó con tristeza.

–Por un momento, me has hecho pensar en mi madre. Tu historia se parece mucho a la de Varushka. Me dijo que sus padres eran profesores y que esperaban que siguiera sus pasos. Le enseñaron inglés, pero decían que no se esforzaba lo suficiente.

–No, claro, nunca te esfuerzas lo suficiente.

–¿También te lo decían a ti?

–Todo el tiempo –contestó–. ¿Y tus abuelos? ¿Le decían lo mismo a tu madre?

–Algo bastante parecido. Nunca se sintió cómoda con su familia.

–Ni yo con la mía. Por lo visto, tu madre y yo somos almas gemelas. Estoy segura de que nos llevaremos bien.

Él la miró con incredulidad.

–¿Lo dices en serio?

–Claro.

–Entonces, ¿te gustaría conocerla?

–Por supuesto.

–Sé que significaría mucho para ella. Vive sola porque nadie la entiende. Sobre todo, en ese sentido.

–¿Aún se acuerda de esas cosas?

–Tiene bastantes lagunas, pero no olvida las cosas que fueron determinantes en su vida. De hecho, su relación con Amos tuvo un efecto muy positivo en su dominio del inglés. Cuando se marchó, se puso a estudiar de inmediato. Quería estar preparada para viajar a Inglaterra cuando él se lo pidiera.

–Qué triste...

–Sí, es muy triste. Lee libros en inglés para no perder la costumbre. Sigue pensando que, algún día, Amos la llevará con él.

–Si quieres, le puedo llevar algunos libros.

–Sí, por favor. Llévale lo que quieras. Estoy seguro de que acertarás.

El entusiasmo y la confianza de Leonid la emocionó.

–Debe de ser una situación muy difícil para ti. ¿Cómo lo soportas?

Él se encogió de hombros.

–Procuro recordarme que yo soy lo único que tiene y que también soy el único que la puede hacer feliz –respondió–. Sé que se alegrará de conocerte y que le caerás bien. Pero, ¿seguro que no vas a cambiar de idea?

–Seguro. Si es lo que quieres, claro.

–Lo es –afirmó–. Cuando lleguemos, pasaremos la noche en Moscú y viajaremos a Rostov al día siguiente, para que te pueda presentar a mi madre. Pero después volveremos a Moscú y nos divertiremos tanto como podamos. Tomaré las medidas oportunas para no tener que trabajar durante tu estancia.

–¿Te puedes permitir el lujo de tomarte unas vacaciones?

–Me lo puedo permitir, aunque será difícil... Siempre pasan cosas. De hecho, me quería quedar unos días en Los Ángeles, pero me tengo que ir esta misma mañana. Hay un asunto que exige de mi atención.

–Es una pena.

–Y que lo digas.

Dos horas después, se fueron al aeropuerto. Pero, antes de que Leonid se dirigiera al control de pasaportes, le dio un beso y le dijo:

No te preocupes, Perdita. Será una separación corta. Estaremos juntos pronto, muy pronto. Te lo prometo.

Perdita trabajó sin descanso durante las semanas siguientes. Quería avanzar con el libro y escribir todo lo posible antes de viajar a Rusia. Así, se podría concentrar en él y en el mundo que se abría ante ella.

Todas las noches permanecía despierta un buen rato, pensando en lo que le iba a pasar. Y todas las noches se repetía que en

realidad se conocían muy poco y que se estaba arriesgando en exceso. Pero sabía lo que sentía. Algo más importante que lo que pensaba.

Esa vez, la separación fue distinta a las anteriores. Leonid la llamaba por teléfono y le enviaba mensajes de correo electrónico todos los días; a veces, varias veces al día y siempre, muy afectuosos. No dijo en ningún momento que se hubiera enamorado, pero le reiteraba lo mucho que la echaba de menos.

En cierta ocasión, Perdita le escribió que, si pensaba tanto en ella, dejaría de prestar atención a sus negocios y tendría problemas con los competidores. Él respondió que el hombre de negocios que llevaba dentro sabía hacerse cargo de esas cosas y que, en cualquier caso, no era tan interesante como el hombre que se acostaba con ella. Cuando Perdita le dijo que quería conocer a todos los hombres que llevaba dentro, Leonid se emocionó mucho.

Cuanto más tiempo pasaba, más convencida estaba de que la suya podía ser una relación importante. Pero, además de trabajar y de pensar en Leonid, se vio obligada a asistir a la boda de su prima Sally con Thomas, el hombre que la había cortejado brevemente para tener acceso a sus contactos familiares.

Durante la boda, se sentó en uno de los bancos de la parte delantera y se dedicó a observar a su antiguo novio. Era evidente que no estaba enamorado de Sally. No la miraba como Travis miraba a Charlene, sino con cierta frialdad y un sentimiento parecido a la satisfacción. A fin de cuentas, solo se casaba con ella porque le convenía.

Pero no tuvo ocasión de charlar con él hasta más tarde. La fiesta ya había empezado cuando Thomas se le acercó y sonrió.

–Me alegro de verte. Pensaba que no querrías venir.

–¿Por qué?

–Bueno, después de lo que pasó entre nosotros...

–¿Después de qué? –replicó ella con una sonrisa de acero–. No te conozco de nada.

–No, ya veo que no –declaró él, ofendido–. En fin, discúlpame. Tengo que hablar con mis invitados.

Perdita se quedó a solas, riéndose para sus adentros. No sabía cómo era posible que se hubiera sentido atraída por semejante individuo, pero eso carecía de importancia. Ahora estaba con un

hombre mucho mejor que él. Un hombre inteligente y con sentido del humor que la quería de verdad.

Momentos después, apareció Jane, su hermana mayor.

–Parece que te estás divirtiendo. Tienes una sonrisa de lo más misteriosa.

–Porque me estaba preguntando qué demonios vi en ese cretino.

–No hables así de Thomas –dijo Jane, entre sorprendida y encantada con el comentario de Perdita.

–Oh, vamos… En todas las bodas hay alguien que habla mal de alguno de los novios.

–Sí, es posible. Pero me interesan más tus relaciones amorosas –Jane la miró con intensidad–. ¿No tienes que contarme nada?

–No, nada.

–¿Insinúas que no estás saliendo con un ruso enormemente atractivo?

Perdita se llevó una sorpresa.

–¿Cómo lo sabes?

–Tengo un amigo especializado en literatura rusa que, además, es amigo de Leonid. Y por si eso fuera poco, os vio juntos en Los Ángeles.

–Fuimos a una boda. No estamos juntos.

–Sé que me estás mintiendo, hermanita. Pero no tienes motivos para mentir. Te aseguro que guardaré el secreto.

Perdita suspiró.

–Está bien… Tengo intención de viajar a Rusia para pasar unos días con él. Sin embargo, eso no significa que…

–Te propondrá matrimonio –la interrumpió–. Ya lo verás.

–Ojalá fuera tan fácil. No sé si está enamorado de mí; de hecho, ni siquiera sé si estoy enamorada de él. Y aunque lo estuviéramos, ¿dónde viviríamos?

–En Rusia, naturalmente.

–¿Y qué voy a hacer en Rusia? ¿Dejar mi trabajo? ¿Convertirme en un ama de casa? Yo no sirvo para eso.

–No tienes que convertirte en un ama de casa en un sentido tradicional. Podrías aprovechar la ocasión para escribir ese libro del que me has hablado tantas veces.

Perdita hizo un gesto de desdén.

–En realidad, no me interesa tanto. Decía esas cosas porque me

molestaba que la mitad de la familia hubiera publicado un libro. Solo quería llamar su atención. Y ahora que lo pienso, hasta es posible que lo consiga.

Perdita le habló de la autobiografía de Lily Folles que estaba escribiendo. Jane la miró con asombro y sonrió de oreja a oreja.

–Eso es maravilloso... Pero no te detengas en una autobiografía. Has visto mucho mundo y tienes muchas cosas que contar –comentó Jane–. Además, escribes bien y eres buena con los idiomas. Eso te podría ser útil.

–¿Estás insinuando que estudie ruso?

–¿Por qué no? Haz lo que tengas que hacer, cariño. Y si Leonid te gusta de verdad... ve a por él sin dudarlo.

–Gracias, Jane. Gracias por todo.

Las dos mujeres se dieron un abrazo. Después, Perdita se alejó. Llevaba una sonrisa por dentro y otra por fuera. Su hermana le había ofrecido su apoyo y su consejo, que estaba dispuesta a seguir. Si su relación con Leonid florecía, se iría a Rusia con él y exploraría todas las posibilidades, incluida la de escribir sus propios libros.

–Mil gracias, mi queridísima hermana –se dijo en voz alta–. Me has sido de gran ayuda.

Leonid le escribió para decirle que todo estaba preparado. Se había encargado de organizarle el viaje y le había reservado un vuelo en primera clase a Moscú.

Ella respondió que le pagaría el importe cuando llegara.

Él dijo que eso era una tontería.

Ella protestó con el argumento de que no era una mantenida y de que podía pagar sus propios billetes.

Él le recordó que era rico y añadió que, si sus competidores se enteraban de que no podía pagar unos simples billetes de avión, pensarían que estaba en la ruina y se le lanzarían al cuello.

Y cuando la conversación parecía acabada, Leonid la llamó por teléfono y dijo:

–Estaba bromeando.

–¿Bromeando? Es la primera vez que bromeas conmigo –ironizó.

–Bueno, todo tiene una primera vez. Te estaré esperando en Moscú.

Quedaron en que él la iría a buscar al aeropuerto y la llevaría a su casa, situada en el centro de la capital rusa. Luego, a la mañana siguiente, volarían a Rostov y se dirigirían al domicilio de su madre.

Perdita trabajó a destajo durante los días anteriores. Suponía que él estaría haciendo lo mismo, y no dejó de preguntarse si estaría tan tenso y emocionado como ella ante la perspectiva de verse otra vez.

De hecho, se repitió esa misma pregunta durante el vuelo a Moscú, que duró tres horas y media. Pero su inseguridad no logró apagar la llama de la esperanza, que ardía en ella a pesar de su larga e insoportable separación.

Cuando pasó el control de pasaportes y salió a la terminal, sintió pánico. Durante unos segundos terribles, pensó que Leonid no había ido a recibirla.

Pero estaba allí.

–Por fin... Has venido.

–Sí. He venido.

Leonid la abrazó con fuerza y ella cerró los ojos brevemente.

–Vamos a casa –dijo él.

–¿Y mis maletas? –Perdita miró a su alrededor con desconcierto–. Estaban aquí hace un momento...

–No te preocupes. Mi chófer se las ha llevado al coche.

Leonid la sacó del aeropuerto y le presentó al chófer, que se llamaba Igor. Después, entraron en el vehículo y él pulsó un botón para cerrar la mampara de cristal que separaba las dos partes del coche. Así podrían hablar sin que el conductor los oyera.

–No lo podía creer. Hasta que te he visto, no podía creer que vinieras a Moscú. Me parecía un sueño.

–Pues no lo es –susurró ella–. Siempre he estado aquí, contigo. Incluso cuando no podías verme. Te estaba tentando y te volvía loco con mis artimañas.

–¿En serio?

–Por supuesto.

Los dos se quedaron callados. A pesar de la mampara de cristal, eran demasiado conscientes de la presencia de Igor.

Minutos más tarde, Perdita vio que el vehículo se internaba en el corazón de Moscú. Luego, se detuvieron delante de un edificio, entraron en él y subieron en un ascensor. No volvieron a hablar

hasta que Igor dejó las maletas en la casa de su jefe y se marchó.

–Estás aquí –volvió a decir Leonid–. Estás aquí y eres mía.

Ella asintió.

–Sí. Soy toda tuya.

Capítulo 8

Al cabo de unos instantes, Leonid le dio un abrazo tan fuerte que le habría asustado si no hubiera sabido que era fruto de la desesperación y del afecto.

–Pídeme que me detenga –dijo él, con voz quebrada–. Pídemelo ahora, porque dentro de un segundo será demasiado tarde.

–Siempre ha sido demasiado tarde. No tenemos elección.

–No, nunca la hemos tenido. Nunca.

Leonid asaltó su boca con pasión, tentándola, jugueteando con ella. Pero no necesitaba jugar. Perdita estaba tan excitada que se dejó llevar sin inhibición alguna, tan dominada por el deseo como él.

Su cuerpo había cobrado vida nueva, y se regocijaba con lo que estaba a punto de pasar.

Él le desabrochó el abrigo y lo tiró al suelo. Ella le quitó la chaqueta y le pasó las manos por encima de la camisa, mientras Leonid aprovechaba la oportunidad para acariciarle los senos y la cintura.

Terminaron en el dormitorio principal, tumbados en la cama. Leonid le bajó la cremallera del vestido y ella atacó los botones de su camisa, hasta que uno se le resistió. Y se sintió tan frustrada que, en lugar de dedicarle más esfuerzo, tiró de la tela con todas sus fuerzas y lo arrancó sin más.

Ni siquiera se dio cuenta de lo que había hecho. Estaba demasiado concentrada en él, en su pecho suave y duro, en su expresión ferozmente intensa. Y no le preocupaba nada. Nada, salvo la posibilidad de que se detuviera y la dejara de besar y de acariciar.

Pero eso era imposible. Sus hábiles manos siguieron adelante y le quitaron toda la ropa. A continuación, Leonid se apartó un poco y admiró su desnudez, como si no pudiera creer lo que veía. Hasta que dejó de mirar y se inclinó sobre ella para acariciarle los senos y lamerle los pezones.

Perdita se preguntó cómo era posible que hubiera podido vivir sin aquel placer. Estaba hecha para el amor; para que la desearan, para que la quisieran. El resto de las cosas carecía de importancia. Y tomó la decisión de hacérselo entender del mismo modo, reclamando su cuerpo con la misma intensidad con la que él reclamaba el suyo.

Se arqueó y le acarició hasta dejarlo bien claro. No necesitaron palabras. Hicieron el amor con apasionamiento, sorprendidos ambos por la fuerza de su necesidad y la profundidad de lo que sentían.

Y luego, se quedaron dormidos, abrazados.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Leonid estaba sentado en la cama, observándola.

–Te he deseado desde el primer día.

–Y yo a ti. Aunque, al principio, no me di cuenta.

Él asintió.

–Porque es difícil, cariño. Cuesta asumir que el mundo ha cambiado y que ya no eres la misma persona.

–O que nunca lo has sido –observó ella–. Como sabes, me gusta pensar que soy dos mujeres. Una es Erica, mi parte sensata; otra es Perdita, la chica atrevida que vuelve loco a todo el mundo. Antes, me preguntaba quién era yo en realidad. Ahora sé que soy las dos, al mismo tiempo.

–Me alegro.

–¿Y tú? ¿Cómo se llama tu otro yo?

–No lo sé. No lo conozco muy bien.

–¿Que no lo conoces?

–Bueno, conozco algunas cosas de él... Es más impulsivo y más comprensivo. Hace esfuerzos por ponerse en la piel de los demás y por no desconfiar de la gente.

–¿Y le haces caso?

–De vez en cuando. Aunque le suelo decir que se calle la boca y me deje en paz –respondió–. Confieso que me incomoda.

–Entonces, líbrate de él. Estarás más cómodo –dijo con ironía.

–Sí, puede que lo haga –respondió con humor–. Pero es hora de levantarse... Tenemos que viajar a Rostov.

Él se levantó y salió de la habitación al sentir la súbita necesidad de estar solo. No estaba acostumbrado a abrir su corazón a otras personas, y su necesidad de confiar en ella le ponía nervioso. Sin

embargo, había mentido al insinuar que su parte más vulnerable le molestaba. En alguna ocasión, había deseado que no existiera; pero, en el fondo, sabía que aquel tipo impulsivo y confiado era su mayor esperanza.

Momentos después, volvió a la habitación.

Y se llevó un susto de muerte.

Perdita se había ido. No estaba en la cama. Había desaparecido como un fantasma entre la niebla.

Entonces, la oyó cantar en el cuarto de baño y se sintió el hombre más feliz del mundo.

–¿Estás ahí? ¿Eres tú?

–Sí, creo que soy yo. A no ser que sea alguna de las mujeres que tienes escondidas en el servicio de tu dormitorio –respondió ella.

Él soltó una carcajada.

–Date prisa. Tenemos que desayunar e ir al aeropuerto.

Cuando Perdita salió del cuarto de baño, lo encontró mirando su camisa.

–Lo siento. Te prometo que te coseré otro botón.

–¿Un botón? Creo que no servirá de nada...

Leonid le enseñó la prenda. Tenía un buen roto.

–Oh, Dios mío. Cuánto lo lamento...

–No te preocupes. Esto demuestra que me deseas de verdad.

Ella le quitó la camisa.

–Me la voy a quedar –dijo–. Como recuerdo.

–Buena idea.

Tras vestirse, Perdita lo siguió a la cocina de la casa. No esperaba que Leonid supiera cocinar, así que se llevó una buena sorpresa cuando empezó a preparar el desayuno. Y él se sintió muy satisfecho por haberla sorprendido.

Desayunaron en el salón. Perdita aprovechó la ocasión para echar un vistazo a la casa. Era el domicilio de un hombre rico, pero menos lujoso y más austero de lo que habría imaginado. Al ver la fotografía de una mujer joven, de ojos grandes y sonrisa pícara, preguntó:

–¿Quién es?

–Mi madre.

–Es preciosa. Pero está muy joven en la foto...

–Porque entonces lo era. Se la sacaron cuando tenía solo

veintidós años. Poco antes de que se casara.

–Ah...

–Obviamente, yo no la conocí en esa época. Pero la gente que la conoció dice que era una chica adorable... vibrante, valiente, llena de vida.

–Hasta que el destino se cruzó en su camino –declaró ella–. Pero tiene suerte contigo. No hay muchos hijos que sean ten generosos como tú.

–Por supuesto que lo soy. Se lo debo todo.

Perdita sonrió.

–¿Sabes una cosa? Ardo en deseos de conocerla.

–Y yo de que la conozcas –dijo él–. Vámonos.

El vuelo de Moscú a Rostov duró hora y media. Cuando estaban a punto de aterrizar, ella le preguntó:

–¿Le has hablado a tu madre de mí?

–Naturalmente. Le dije que nos conocimos en la boda de Marcel, que te caíste por las escaleras y que yo te eché una mano –contestó–. También sabe que conoces a Amos.

–Espero no meter la pata con el asunto de la carta...

–Seguro que no.

El avión empezó a descender. Perdita miró por la ventanilla.

–Es precioso. ¿Ese es el río Don?

–Sí. La casa de mi madre está a las afueras de Rostov, casi en el campo.

Media hora después, un coche los llevó al domicilio de Varushka, que se encontraba en lo alto de una colina.

La madre de Leonid los estaba esperando en la puerta, y se abalanzó sobre su hijo para darle un abrazo en cuanto descendió del vehículo.

–¡Has venido...!

Leonid la miró con afecto.

–Por supuesto que he venido. Te lo prometí, ¿no? Y, como también te prometí, he venido con compañía.

Perdita se acercó a ellos.

–Te presento a Erica Hanson, mamá. Aunque prefiere que la llamen Perdita...

Varushka sonrió.

–Encantada de conocerte. Mi hijo me ha hablado tanto de ti que casi me siento como si fuéramos viejas amigas... Pero entrad, por favor.

Perdita observó a Varushka mientras entraban en la casa. Obviamente, era mucho más vieja que la joven de la fotografía; pero seguía siendo esbelta y sus ojos tenían el mismo destello de vigor. A simple vista, no se parecía nada a la persona disminuida y con problemas psicológicos que se había imaginado.

Poco después, Varushka le presentó a una mujer de su edad, algo regordeta.

–Te presento a Nina. Se encarga de cocinar y de cuidar de la casa. Yo solo cocino cuando tenemos invitados especiales.

–Mi madre es una cocinera excelente –observó Leonid–. La boca se me hace agua cada vez que vengo a visitarla.

–Bueno, Nina te enseñará tu habitación.

Varushka tomó del brazo a su hijo y se fue con él. Nina la llevó al dormitorio y la ayudó a deshacer el equipaje.

–Me alegra que hayas venido. Varushka lo estaba deseando.

–Parece una mujer encantadora...

–Lo es. Está llena de amor, pero la vida la ha tratado tan mal que no lo soporta.

–¿Llevas mucho tiempo con ella?

–Sí, mucho, desde que se casó. Tuve el dudoso honor de ser testigo de su matrimonio y de lo que ocurrió después. Ese hombre la trató realmente mal.

–¿Te refieres a Amos Falcon?

Nina asintió.

–Sí. Pero no le digas nada a Leonid, por favor.

–No le diré nada.

Leonid llegó cuando ya habían terminado con el equipaje. Nina se fue y él le dio un abrazo a Perdita.

–Será maravilloso. Le has caído muy bien.

–Y ella a mí.

–Pues te querrá más si alabas sus habilidades como cocinera.

–Eso está hecho –dijo con una sonrisa–. Pero tu madre me ha sorprendido. Esperaba encontrarme con una mujer frágil y temblorosa y me he encontrado con una persona fuerte y llena de

confianza en sí misma.

–Bueno, las cosas no son siempre lo que parecen. De hecho, tampoco lo es en lo tocante a la cocina. Esa es otra de las fantasías de mi madre. En realidad, la cocinera es Nina. Varushka le echa una mano de vez en cuando y los demás fingimos que...

–Comprendo.

–Así es feliz.

–Y eso es lo único que te importa, ¿verdad? –dijo con cariño.

Leonid le acarició la cara.

–Casi lo único –puntualizó.

Perdita estaba a punto de preguntar qué había querido decir con «casi» cuando oyeron la voz de Varushka.

–¡Bajad! ¡La comida está preparada!

–Es hora de irse... –dijo Leonid.

Ella alcanzó su bolso y miró en su interior con ansiedad.

–¿Te pasa algo? –preguntó él.

–No, nada... Ya lo verás –contestó.

Durante la comida, Varushka habló con Perdita, le dio todo tipo de detalles sobre los platos que estaban comiendo y le rellenó la copa de vino en un par de ocasiones.

Tomaron sopa, strogonoff y, de postre, pasteles. Perdita se mostró encantada y halagó las habilidades culinarias de Varushka, que no cabía en sí de gozo.

Al terminar, la madre de Leonid la llevó al salón. Era una estancia elegante, con unas vistas increíbles del río.

–Es precioso –dijo Perdita.

–Sí, ¿verdad? Soy muy afortunada.

–Ah, tengo algo para ti...

Perdita abrió el bolso y sacó tres libros, que le dio.

–Están en inglés, pero tengo entendido que lo lees bien –dijo–. No tendrás problemas para entenderlos.

Varushka se fijó en el apellido de los autores.

–¿Hanson? ¿Son familiares tuyos?

–Sí. Dos son de mi padre y, el tercero, de un primo.

–¿Y me los vas a regalar? Eres muy generosa...

Durante la hora siguiente, hablaron de los libros bajo la atenta mirada de Leonid. Para Perdita, fue una de las tardes más agradables de su vida.

–Se nota que eres una intelectual –ironizó él en determinado momento –. La gran Erica sabe de todo.

–Ahora que lo dices, ¿por qué la llamas Erica a veces y Perdita otras? –preguntó Varushka.

Leonid quiso responder, pero Perdita se le adelantó.

–Mi verdadero nombre es Erica, pero me llaman Perdita desde pequeña.

–¿Por qué?

Perdita le explicó la historia.

–¿Y no te ofende que tus propios padres te asociaran con la perdición? –quiso saber Varushka–. A mí no me parece justo.

Perdita sacudió la cabeza.

–No, no me ofende. Suelo pensar que soy dos personas, la seria y responsable Erica y la atrevida y pícara Perdita.

–Qué divertido... ¿Y cambias muchas veces de personaje?

Perdita dedicó una mirada maliciosa a Leonid.

–Sí, bastantes.

–Así que mi hijo te llama de dos formas...

–Y no sabes cuánto me confunde –comentó Leonid.

–Pero, ¿cuál prefiere?

–No estoy segura –contestó en tono conspiratorio–. Me suele llamar Perdita, pero yo creo que tiene miedo de ella.

–¡Pues que lo siga teniendo! –exclamó Varushka, encantada.

Al cabo de unos minutos, Perdita se dio cuenta de que la madre de Leonid había empezado a cabecear. Parecía cansada.

–Es hora de que te acuestes, mamá –dijo Leonid.

–Oh, no, no quiero acostarme todavía...

–El médico dijo que tienes que descansar –alegó–. Venga, te acompañaré a tu habitación. Mañana tendremos tiempo de sobra para divertirnos.

Perdita y Leonid la acompañaron a su habitación. Después, Perdita se despidió de Varushka y se marchó a su dormitorio. Él apareció poco después.

–¿Qué tal está tu madre?

–Bien. Nina ha subido y se ha quedado a acompañarla.

–¿Siempre le pasan esas cosas? Estaba llena de vida, y de repente...

Leonid asintió.

–Sí, es bastante habitual. Un buen motivo para que solo nos quedemos un par de días. Si estuviéramos más tiempo, se cansaría demasiado.

–Bueno, mientras que sea feliz…

Él la acarició.

–Gracias, Perdita. Has sido muy buena con ella.

–Y ella conmigo.

–Lo de los libros ha sido todo un detalle. Aunque no sé si debería estar tan tranquilo… –Leonid la miró con humor–. Si os confabuláis contra mí, tendré un buen problema.

–No te preocupes por eso.

–¿Que no me preocupe? Creo que será mejor que me vengue antes de ti, para adelantarme a los acontecimientos.

–Inténtalo si quieres.

–Es lo que pensaba hacer. Salvo que te parezca mal, claro.

Perdita le pasó los brazos alrededor del cuello.

–No, no me parece mal. En modo alguno.

Capítulo 9

Años más tarde, cuando Perdita pensaba en aquellos días, solo recordaba felicidad. Varushka la recibió con los brazos abiertos y la trató del mismo modo durante toda su estancia en la casa de Rostov.

Era como si el instinto le dijera que estaba destinada a ser la mujer de Leonid y, en consecuencia, una hija para ella.

Pero la experiencia fue aún más reveladora para la propia Perdita. Sus padres no eran precisamente afectuosos, y aquella mujer alta y esbelta que la abrazaba a la menor oportunidad se convirtió pronto en algo más que una amiga.

Fue como si hubiera encontrado una segunda madre. Una que sabía dar afecto.

En cierta ocasión, Varushka se dio cuenta de que Leonid miraba a Perdita con deseo y se interesó por la relación que mantenían.

–Leonid me dijo que os conocisteis en la boda de Marcel...

–Sí, en París.

–¿Y qué fue? ¿Amor a primera vista?

–Bueno, no sé si amor a primera vista, pero debo confesar que tu hijo me pareció el hombre más atractivo de aquel lugar.

Varushka rompió a reír.

–Sí, era guapo incluso de bebé. Todo el mundo lo decía –afirmó–. Pero ven conmigo... te voy a enseñar algo.

Varushka tomó a Perdita de la mano y la llevó al salón, donde abrió un armario y sacó un álbum de fotografías. Perdita miró las imágenes con asombro, totalmente fascinada por aquella perspectiva nueva de Leonid.

Tras ver unas cuantas fotos de su infancia, casi todas en compañía de su madre, llegaron a una en la que Leonid estaba en el regazo de un hombre alto y fuerte que lo miraba con evidente orgullo.

–Ese era mi marido, Dimitri Tsarev –dijo Varushka–. Supongo que Leonid te habrá contado lo que pasó.

–Sí, me hizo el honor de decírmelo. Sabía que lo comprendería.

–Por supuesto... Entonces, sabrás que su verdadero padre es Amos Falcon. Nos conocimos cuando ya me había casado, y nos enamoramos al instante. No quería ser desleal a mi marido, pero lo amaba. Además, el nuestro fue un matrimonio de conveniencia, organizado por mis padres. Yo intenté ser una buena esposa. Y supongo que lo fui hasta que conocí a Amos –le confesó.

Varushka sacudió la cabeza.

–Estábamos hechos el uno para el otro. Lo supe inmediatamente. Pero él tenía esposa y yo, marido... Un día, me preguntó cómo se decía «te quiero» en ruso. Yo contesté y le dije que se pronunciaba como *ya lyublyú tibyá*... –los ojos de Varushka se iluminaron–. Amos lo repitió y los dos supimos que siempre sería cierto.

–Qué bonito. *Ya lyublyú tibyá*.

–Algún día, tú también pronunciarás esas palabras. Quizás, muy pronto.

Perdita se ruborizó.

–Bueno, esas cosas no se saben nunca.

–Oh, yo creo que a veces se saben de sobra. Cuando te enamores, lo sabrás por instinto; lo verás en el fondo de tu corazón.

Varushka volvió a mirar el álbum y siguió hablando.

–Al cabo de un tiempo, Amos tuvo que volver a su país. Yo me había quedado embarazada de Leonid, y Dimitri estaba tan contento con la perspectiva de ser padre que no me atreví a decirle la verdad. Escribí a Amos para decirle lo que pasaba, pero mis cartas le llegaron tarde.

Varushka sacó otro álbum de fotografías. Estaba lleno de imágenes de Dimitri con Leonid. Y en una de ellas, el niño alzaba lo que parecía ser una medalla.

–La ganó en el colegio –le explicó–. Se la dieron por ser el mejor de la clase de inglés. Yo le había animado a aprender el idioma para que se pudiera comunicar con su verdadero padre cuando llegara el momento.

–Pero Dimitri se enteró de lo que pasaba...

Varushka suspiró.

–Sí, eso me temo. Dimitri era un hombre decente. Yo no quería hacerle daño, pero Amos volvió para reclamar lo que era suyo y Dimitri pidió el divorcio.

–¿Amos volvió para estar contigo? –preguntó Perdita, muy sorprendida.

–Quería llevarme a Inglaterra con él, pero los dos sabíamos que eso era imposible; a fin de cuentas, estaba casado. Sin embargo, me prometió amor eterno y me dijo que siempre cuidaría de Leonid y de mí.

–¿Y lo cumplió?

–Por supuesto. Es un hombre tan bueno, tan generoso... Las circunstancias nos han obligado a amarnos en la distancia, pero el amor es tan fuerte que puede sobrevivir a cualquier cosa. Si vieras las cartas que me escribe... Son tan sensibles...

Perdita tragó saliva. Sabía la verdad y era muy diferente.

–Eres muy afortunada, Varushka. Sé que Amos en un hombre muy ocupado, un hombre de negocios extremadamente poderoso. Quién diría que un hombre así es capaz de escribir cartas tan sensibles.

–Sí, tienes razón. Te enseñaré algunas... Así verás lo maravilloso que es.

Las cartas confirmaron lo que Perdita ya sabía. No había muchas; solo el puñado que Leonid había conseguido arrancar a su padre tras insistir en que le escribiera y decirle lo que debía escribir.

Justo entonces, apareció Leonid.

–Hola, Leonid. Le estaba enseñando a Perdita las cartas de tu padre.

–Son muy bonitas –dijo Perdita, con un nudo en la garganta.

–Sí, ¿verdad? Soy la mujer más afortunada del mundo.

Leonid decidió intervenir.

–Desde luego que lo eres, mamá. Y quién sabe lo que te deparará el futuro.

Varushka sonrió.

–¿Sabéis una cosa? Deberíamos ir a Taganrog, la localidad que Amos menciona en una de sus cartas. Es un lugar precioso. Sé que os gustará.

Al día siguiente, viajaron a Taganrog. Perdita pudo ver la casa de Tchaikovsky y visitar varios lugares por donde había pasado

Chejov. Fue un día muy divertido; y cuando volvieron a Rostov, Varushka se dedicó a leer los libros que Perdita le había regalado.

–¿Cuándo vas a escribir un libro? –le preguntó.

–Bueno... en cierto modo, ya lo estoy escribiendo.

–¿Ah, sí?

Perdita le contó que estaba trabajando en una autobiografía de Lily Folles. Varushka se quedó asombrada.

–¿La vas a escribir tú y ella se va a llevar todo el mérito?

Perdita rio.

–Sí, eso me temo.

–Pues no me parece bien –sentenció–. Deberías escribir tus propios libros, con tu nombre en la portada. Además, estoy más que segura de que tus libros serían mucho más interesantes y más fascinantes que los de tu familia. Se venderían muy bien, y Leonid y yo podríamos presumir de que te conocemos.

Al día siguiente, Perdita comprendió que Leonid no había exagerado al afirmar que su madre se cansaba pronto. Solo llevaban un par de días en la casa, pero estaba tan agotada que se empezó a quedar dormida en cualquier sitio.

–Será mejor que nos vayamos. No quiero que se canse más –dijo él.

Cuando llegó el momento de marcharse, Varushka abrazó a Perdita con todas sus fuerzas.

–Espero que vuelvas pronto. Te voy a echar de menos.

–Volverá, mamá –le prometió su hijo.

–Gracias por todo, Varushka. *Spasibo*.

–Vaya, ¿ya has aprendido ruso? –preguntó Varushka.

–No, solo sé unas palabras...

–*Spasibo* entonces. Y hasta pronto, hija mía.

Un par de horas después, cuando el avión despegó del aeropuerto de Rostov, Perdita miró por la ventanilla.

–Si estás buscando la casa de mi madre, no se ve. Está en dirección contraria.

–Lo sé. Solo quería echar otro vistazo a Rostov, para grabármelo en el recuerdo.

–Siento que nos tengamos que ir. Todo ha salido muy bien. Pero pasaremos unos cuantos días en Moscú... y estaremos solos.

–Sí, solos.

En cuanto llegaron a la casa de Leonid, él desconectó los teléfonos y se acercó a ella con una mirada llena de picardía. Perdita supo lo que esperaba y se alegró, porque también lo estaba deseando.

Hicieron el amor con impaciencia, dominados por la urgencia que habían acumulado durante los días anteriores. Leonid la deseaba y la quería con desesperación; ella, con toda la pasión de su cuerpo y de su alma.

Luego, tras unos minutos de silencio, la miró y dijo:

–¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Perdita suspiró.

–Tengo todo lo que necesito.

Leonid le dedicó una sonrisa encantadora.

–Quédate como estás. No te muevas. Deja que te mire.

Leonid la miró como si estuviera hechizado y no pudiera apartar los ojos de ella. Luego, le ofreció una mano y esperó. Perdita se apretó contra él y lo empezó a besar con pasión. En determinado momento, la sábana cayó al suelo y se quedaron completamente desnudos, piel contra piel.

Leonid la acarició entre las piernas y ella soltó un suspiro largo y lujurioso.

–Sigue. No pares...

Él pensó que no habría podido parar aunque lo hubiera querido. Lejos de apagar su deseo, lo sentía más vivo. Y a Perdita le pasaba lo mismo. Se sentía como si fueran dos partes de un único ser que vivía en un mundo absolutamente nuevo, un mundo que parecía hecho para ella.

Tras hacer el amor, se volvieron a quedar dormidos. Perdita despertó antes que él y se acercó a la ventana, donde estuvo pensando mientras miraba la calle. Era evidente que deseaba el contacto de Leonid, pero su necesidad iba más allá del deseo físico. Cuando estaba con él, sentía una paz que no había sentido en toda su vida.

Volvió a la cama y se echó a su lado. Después, se inclinó sobre él y le dio un beso con suavidad, para que no se despertara. Leonid se movió, aún dormido, y susurró algo que Perdita no pudo entender.

–Calla, Leonid, no digas nada. Estoy aquí y estaré aquí mientras me necesites. Duerme, cariño mío.

Él susurró algo más y siguió durmiendo. Perdita le pasó un brazo alrededor del cuerpo y se pegó contra él una vez más. Sabía que el futuro estaba lleno de interrogantes. Si querían estar juntos, tendrían que tomar una decisión sobre el lugar donde iban a vivir. ¿Moscú? ¿Londres? Indiscutiblemente, tenían que hablar.

Pero eso carecía de importancia en ese momento. Estaba donde quería, en su hogar. Con Leonid.

Los dos días siguientes fueron de vacaciones puras. Leonid le enseñó Moscú como cualquier guía se la habría enseñado a un turista, y ella disfrutó enormemente de los paseos y de sus historias sobre la capital rusa.

Una noche, cuando se habían sentado a tomar un café en una terraza, Perdita le preguntó:

–¿Por qué me miras así?

–Me estaba preguntando cuándo empezarías a tomar notas.

–¿Notas? ¿Por qué?

–Porque eres escritora –respondió–. Tus impresiones darían para un libro de viajes verdaderamente bueno.

–Sí, es posible. Pero tendría que pasar mucho más tiempo en Moscú.

Él sonrió.

–Bueno, seguro que podemos hacer algo al respecto.

Perdita pensó que era su forma de decirle que la quería en Moscú. Y no durante unos días o una temporada, sino viviendo con él.

Pero las cosas no eran tan sencillas. Antes de tomar una decisión tan importante, tenía que decirle la verdad sobre su pasado. Solo entonces, cuando hubiera desaparecido el último secreto, podrían seguir adelante.

Aquella noche, al volver a casa de Leonid, Perdita descubrió que su afirmación de que las cosas no eran tan sencillas se había quedado corta. Cuando salieron del ascensor, descubrieron que dos hombres los estaban esperando.

Leonid se puso tenso al instante.

–Entra en casa y métete en el dormitorio –le ordenó en voz baja–. Yo me encargaré de ellos.

–Parecen peligrosos... –susurró.

–No te preocupes. Tienen más miedo de mí que yo de ellos.

Perdita obedeció y se dirigió al dormitorio. Pero Leonid y los dos desconocidos se pusieron a discutir en voz tan alta que los oía perfectamente. Por desgracia, no sabía ruso y no pudo entender lo que decían.

Al cabo de unos minutos, se empezó a preocupar por la seguridad de Leonid y entreabrió ligeramente la puerta para echar un vistazo. La expresión de Leonid la dejó helada. Era dura, fría, implacable, incluso cruel. Al parecer, los hombres le estaban pidiendo algo que él no estaba dispuesto a concederles.

Perdita cerró la puerta con suavidad.

Leonid entró en la casa poco después. Su furia había desaparecido. Volvía a ser el mismo hombre de siempre.

–Siento lo que ha pasado.

–¿Qué querían?

–Hice un negocio con ellos, pero quisieron engañarme y yo rompí el contrato. Se han arrepentido y quieren que vuelva a ser su socio, pero no trabajo con tramposos –explicó–. En fin, tengo que hacer unas llamadas... Estaré contigo enseguida.

–Ahora que lo dices, estoy un poco cansada. Creo que me voy acostar.

–Como quieras.

–No hace falta que me despiertes cuando entres en la habitación.

–De acuerdo.

Él le dio un abrazo y la acompañó al dormitorio. Ella entró con rapidez y cerró la puerta. Necesitaba estar sola.

En lugar de dormir, se dedicó a escuchar a Leonid. Estaba hablando por teléfono y, por su tono de voz, más que alterado, era evidente que estaba explicando lo sucedido.

Perdita intentó borrar aquella expresión dura y cruel de su memoria. Pensó que tenía derecho a estar enfadado; a fin de cuentas, ella habría reaccionado del mismo modo si la hubieran intentado engañar. Pero no se podía quitar su expresión de la cabeza. Era la primera vez que veía la cara del otro Leonid, la que mostraba a sus enemigos, a la gente que le intentaba hacer daño, a las personas que odiaba.

Y le daba tanto miedo que, cuando él entró en la habitación, se

fingió dormida.

A la mañana siguiente, Leonid volvió a ser el hombre cálido y encantador que solía ser. Fue como si no hubiera pasado nada.

–¿Te apetece que salgamos un rato?

–Claro...

Leonid la llevó a una feria del parque Victoria y, durante las horas siguientes, se dedicaron a divertirse como un par de niños. A Perdita siempre le habían gustado las ferias.

Por fin, él dijo:

–Vamos a comer algo. Conozco un sitio que está muy bien.

Al llegar al restaurante, se sentaron en la terraza y miraron la carta. Mientras esperaban al camarero, Perdita suspiró con satisfacción.

–Creo que me podría acostumbrar a esta vida...

–Me alegro, porque...

Leonid no terminó la frase. Se quedó mirando unos árboles cercanos.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella.

–Nada... Vuelvo enseguida.

Leonid se levantó en el preciso momento en que aparecía el camarero, lo cual distrajo a Perdita durante unos instantes.

Cuando volvió a mirar, vio que estaba con una joven preciosa, de cabello negro y grandes ojos oscuros. Leonid hablaba con vehemencia, como si la vida le fuera en ello; pero la joven no se le quedaba a la zaga.

Poco después, él la agarró del brazo. Ella se soltó con un tirón, se dio la vuelta y se alejó entre los árboles. Leonid la siguió y desapareció de su vista.

Perdita se quedó atónita. No sabía qué hacer, pero sabía que no se podía quedar en la mesa, esperando a que volviera y torturada por sospechas que tal vez no tenían fundamento. Así que se levantó y caminó hacia ellos a buen paso.

Los encontró enseguida. Estaban en la arboleda, hablando con la misma intensidad de antes. Leonid la había vuelto a tomar del brazo y la miraba con una mezcla de angustia, amargura, tristeza y furia.

–*Niet! Niet!* –exclamaba la joven.

–Antonia… –dijo Leonid en tono de súplica.

Perdita se quedó entre los árboles del parque. Hablaban en ruso, de modo que no entendía ni una palabra de lo que decían; pero debía de ser importante para Leonid. Tanto como para que un hombre tranquilo, que se preciaba de controlar sus emociones, se encontrara completamente dominado por ellas.

Como no se quería arriesgar a que la vieran, regresó a toda prisa al restaurante y se volvió a sentar. Leonid reapareció al cabo de unos minutos y se acomodó a su lado.

–¿Qué has estado haciendo? –preguntó él.

–¿Quién? ¿Yo? –respondió, algo nerviosa–. Nada… Me estaba preguntando dónde te habrías metido.

–He ido hablar con un compañero de trabajo. Lo he visto a lo lejos y me he acercado a saludar –afirmó.

Perdita pensó que la bella Antonia no era ningún compañero de trabajo. Y que, por la forma en que se habían hablado, parecía la dueña del corazón de Leonid.

–¿Y cómo te ha ido? ¿Ha sido un encuentro provechoso?

–Los negocios siempre son provechosos.

La cara de Leonid era tan inexpresiva como un bloque de piedra, lo cual la incomodó un poco más. Le pasaba algo y no se lo quería decir.

–¿Te importa que me vaya a casa? Me duele la cabeza.

–No, claro que no… Te acompañaré.

Leonid la llevó a su casa en el coche, pero no se ofreció a subir con ella. Y Perdita supo que estaba ansioso por perderla de vista.

Capítulo 10

El silencio del apartamento le pesaba como una losa. Estaba por todas partes y no podía escapar a él. Además, se sentía impotente. No entendía lo que había pasado. El extraño encuentro del parque parecía indicar que el corazón de Leonid pertenecía a la joven de cabello negro. Pero si eso era cierto, ¿por qué la había llevado a Moscú? ¿Por qué se había tomado la molestia de invitarla a su casa?

Solo se le ocurrió una respuesta: Leonid la estaba utilizando. Se había dado cuenta de que podía dar un poco de felicidad a su madre y había fingido que la quería porque era la única forma de llevarla a Rusia.

La idea le pareció tan terrible que estuvo a punto de gritar. No podía ser. No era posible. El hombre que le había dado tanta paz, tanto placer y tanta alegría no podía ser un simple y vulgar manipulador.

Desesperada, sacudió la cabeza.

–No, no...

En ese momento, supo que debía salir de allí. Sacó las maletas y empezó a guardar su ropa, pero se detuvo unos minutos después. No se podía ir de esa manera. Hablaría con él por última vez, le obligaría a contarle la verdad y entonces, solo entonces, se marcharía.

Cuando Leonid volvió a la casa y vio las maletas, se quedó perplejo.

–¿Te vas?

–Sí. Me iba a ir antes de que llegaras, pero quería hablar contigo.

–Pero ¿por qué?

Perdita lo miró con rabia.

–¿Cómo es posible que me preguntes eso? Me voy por Antonia.

Leonid soltó un suspiro ahogado.

–¿Antonia? Tú no sabes nada de Antonia.

–Sé que la quieres. Es la única explicación a lo que he visto hoy.

Porque te he visto, sí. Te he seguido y he visto todo lo que había que ver. Estaba escrito en tu cara.

–¿Ahora crees que sabes interpretar mi cara?

–Vuestro tono de voz era inconfundible. Cualquiera se habría dado cuenta de que Antonia tiene algo que tú quieres con toda tu alma. No te atrevas a negarlo, Leonid.

Leonid palideció.

–No lo niego, pero no es lo que piensas.

–¿Ah, no?

Él la miró con amargura.

–No –rugió–. Pero tú crees que lo sabes todo. Te crees con derecho a marcharte sin decir una palabra.

–Porque es mejor que me vaya.

–Pues no te vas a ir. No lo permitiré.

–No puedes hacer nada por impedirlo.

–Por supuesto que puedo.

Ella sacudió la cabeza.

–Tú no me retendrías contra mi voluntad.

Leonid suspiró.

–Está bien. Márchate si quieres. Pero antes, escucha lo que tengo que decir.

–Leonid...

–Siempre he pensado que eras distinta, que eras la mujer más generosa y comprensiva del mundo –la interrumpió–. Si te vas sin escucharme, me demostrarás que estaba equivocado. Y en ese caso, no quedará nada entre nosotros.

A Perdita se le hizo un nudo en la garganta.

–Está bien, te escucharé. Aunque no sé para qué... Te he visto con ella. He visto la pasión en tu cara. La amas.

–¡No! –exclamó con violencia–. ¡Ni ahora ni nunca!

–¿No?

–No –repitió–. Llevo toda una vida negándome el amor, y era tan estúpido que hasta me alegraba de ello.

–¿Negándote el amor?

–En efecto. Ya en la adolescencia, llegué a la conclusión de que el amor era peligroso y de que debía evitarlo a toda costa, porque siempre terminaba en dolor.

–No siempre.

–No, no siempre –admitió–. Me he dado cuenta hace poco.

Leonid caminó hasta la ventana y contempló las vistas nocturnas de la ciudad.

Perdita sintió su angustia y le dolió tanto que olvidó su desconfianza y se acercó para darle un poco de afecto.

Le pasó un brazo por detrás de la espalda y apoyó la cabeza en su hombro.

–¿Sabes una cosa? Antes de que nos conociéramos, alguien me advirtió que me mantuviera alejada de ti. Me dijo que eras un hombre peligroso.

–Pero tú no seguiste el consejo, claro.

–Me he enfrentado a peligros más grandes que tú.

–No sé por qué, pero te creo.

–Será porque empiezas a conocerme bien. Y yo también empiezo a conocerte –dijo Perdita–. Tienes tanto poder que te crees capaz de controlarlo todo, pero eso te lleva a sentirte culpable cuando no lo consigues. Y no es justo.

–Él me dijo que la culpa era mía...

–¿Él? ¿La culpa? ¿De quién estás hablando, Leonid? ¿De Amos?

–No, de Dimitri Tsarev. El hombre que fue mi padre hasta los diez años, cuando supe que yo era hijo de Amos Falcon. Dimitri me adoraba.

–Lo sé. He visto vuestras fotografías.

–Dimitri solía decir que ningún padre se había sentido tan orgulloso de un hijo como él de mí. Luego, Amos volvió a Rusia y... Bueno, ya sabes lo que pasó. Su adoración se convirtió en odio. Me culpaba de lo sucedido.

–¿A ti? ¿Por qué? –preguntó, incapaz de creerlo.

–Porque me había dado su corazón. Supongo que se volvió loco al saber que no era mi padre... Yo le pregunté qué había hecho para merecer su desprecio, y él me gritó que era un bastardo y que no quería saber nada de mí.

–¡Espero que se pudra en el infierno! –bramó Perdita–. ¿Cómo se atrevió a decirle eso a un niño?

Él se encogió de hombros.

–Falleció hace unos años. Ya no nos veíamos nunca. Nos había expulsado de su casa y de su vida, pero yo le escribía de vez en cuando, con la esperanza de que contestara.

–¿Y contestó alguna vez?

–Solo una. Me devolvió una de mis cartas. La había roto en pedazos y había añadido una nota… Decía que yo no era hijo suyo.

–Maldito canalla…

–De repente, me quedé sin padre. Amos enviaba dinero a Varushka, pero nada más. Aunque a mí me importaba poco. Yo quería a Dimitri, no a Amos.

–No lo entiendo. Has dicho que Dimitri te adoraba. ¿Cómo es posible que te tratara de esa forma?

–Me adoraba porque pensaba que yo era hijo suyo. Cuando supo que no lo era, me borró de su corazón.

–Y fue tan duro para ti que tomaste la decisión de encerrarte en ti mismo y no sentir nada.

–Exactamente.

–Pero, ¿qué te pasó con Antonia? ¿No estabas enamorado de ella?

–Salimos juntos durante una temporada, pero no llegamos a más. En el fondo, yo sabía que no era la persona adecuada para mí –explicó–. Las cosas fueron empeorando y, un día, tuvimos una discusión muy fuerte. Al día siguiente la llamé por teléfono para pedirle disculpas, pero no contestó y decidí ir a su casa. No estaba. Se había desvanecido.

Perdita guardó silencio.

–Unas semanas después, me encontré con ella por casualidad. Se iba a casar con otro hombre. Estaba embarazada.

–¿Embarazada?

–Sí. De mí.

–¿Y no te lo había dicho?

–No. Cuando le pregunté por el motivo, contestó que no me lo había dicho porque no quería que me casara con ella solo por eso. Sabía que no estaba enamorado de ella y no quería estar con un hombre que no la quisiera –respondió Leonid–. Yo le rogué que rompiera su compromiso matrimonial y que se casara conmigo, pero se negó. Dijo que amaba a ese hombre.

–Comprendo…

–Estuve en su boda, ¿sabes? Me colé y los miré desde lejos, consciente de que había perdido algo muy importante. Pero no fue culpa suya. Fue culpa mía.

–Lo estás haciendo otra vez, Leonid. Te estás haciendo responsable de una culpa que no te corresponde.

–Si no me corresponde a mí, ¿de quién es entonces?

–Bueno, puede que parte de la culpa sea tuya, pero no lo es en su totalidad. Además, son cosas que pasan. Deja de culparte por todo.

Leonid sonrió con sorna.

–Veo que no soy el único que da órdenes....

Ella hizo caso omiso del comentario.

–Volviendo a Antonia, ¿la volviste a ver después de que se casara? Además de hoy, claro.

–Sí, por supuesto. Tengo conocidos comunes con Fyodor, su marido. Nos vemos de vez en cuando.

–¿Sabe que eres el padre de su hijo?

–No. Es irónico, ¿verdad? Estoy interpretando un papel muy parecido al que Amos interpretó con mi madre; con la diferencia de que yo me quería casar con Antonia. Recuerdo que un día los vi en el parque. Antonia estaba con Oleg, mi hijo. Fyodor apareció de repente y el niño corrió a sus brazos y lo llamó papá.

–Sería muy duro para ti.

–Sí. Un día, Antonia me pidió que dejara de verlos. Dijo que Oleg se parecía cada vez más a mí y que no quería que Fyodor se diera cuenta.

–Oh, vaya...

Leonid gimió.

–Sé que tiene razón. Si Fyodor lo llega a saber, es posible que reaccione como Dimitri conmigo. No le puedo hacer eso a Oleg.

–No, claro que no.

–Hoy me he acercado a Antonia para pedirle que me dejara verlo una vez más. Le he prometido que no le diría nada, que solo quería despedirme de él. Pero se ha negado.

Perdita lo abrazó con fuerza. Se había emocionado. La vida había sido tan dura con Leonid que se había acostumbrado a rechazar el amor por miedo al abandono. Y ella había estado a punto de abandonarlo.

–Tú no me vas a dejar, ¿verdad? –dijo él, con desesperación.

–Oh, Leonid... Yo pensaba que me querías lejos de ti.

–No, Perdita. Jamás.

–Si tú lo dices...

–¿Es que no me crees?

–Creo que ahora mismo estás... confundido. Pero no te preocupes; me quedaré. Me quieras o no, estaré siempre a tu lado.

Leonid frunció el ceño.

–¿Sabes lo que estás diciendo?

–Sí. Estoy diciendo que soy tuya y que, si me lo permites, me quedaré a vivir contigo. O acamparé fuera hasta que te des cuenta de que no puedes vivir sin mí.

–No digas eso si no estás hablando en serio –le advirtió.

–Pero estoy hablando en serio. Soy tuya.

–Mía –repitió él–. No sabes cuánto significa eso para mí.

–Claro que lo sé.

–Entonces, ¿te casarás conmigo?

–Si es lo que quieres...

–¿Es que lo dudas? Te he querido desde que te vi. Pero el amor no es suficiente. Necesito saber que estarás conmigo en cualquier circunstancia. Que no me dejarás.

–Estaré contigo. Te lo prometo.

Él tomó su cara entre las manos.

–¿Sabes que eres la única persona del mundo en cuya palabra confío?

Ella asintió.

–Si llegara a perderte... –continuó él.

–Pero no me perderás.

–Ni tú a mí. Mi corazón será siempre tuyo. Haz lo que quieras con él –dijo–. Pero quiero que nos casemos pronto. Quiero que seas mía cuanto antes.

–Cualquiera diría que no confías en mí...

–Confío en ti, pero no me fío del destino. Ya me ha traicionado muchas veces.

–No te preocupes, Leonid. Estaremos juntos y afrontaremos juntos cualquier problema que pueda surgir.

Leonid la besó.

–Mi madre se va a poner muy contenta. ¿Qué te parece si volvemos a Rostov y se lo decimos?

–Me parece perfecto.

Dos horas después, salieron de la casa. Y de camino al

aeropuerto, Leonid llamó a su madre.

–¿Mamá? Ha pasado algo importante... No, no te lo puedo decir ahora. Pero llegaremos hoy mismo, esta noche.

Leonid cortó la comunicación y la miró.

Perdita pensó que no había visto una expresión de felicidad tan intensa en ningún hombre. Y ella era la causa de esa felicidad.

Jamás habría imaginado que estaban al borde del desastre.

Capítulo 11

Varushka los estaba esperando en la puerta.

–Decidme que es verdad, que vais a estar juntos.

–¿Cómo lo has sabido? –preguntó Leonid mientras la abrazaba.

–Siempre lo he sabido. Pero ven aquí, Perdita, hija mía...

Varushka dio un abrazo a Perdita y los invitó a entrar en la casa, donde descorcharon una botella de champán para celebrarlo.

–¿Recuerdas que te dije que encontrarías a la mujer adecuada? Y por fin la has encontrado. No sabes cuánto me alegro, Leonid.

Al cabo de un rato, Varushka y Leonid se dirigieron a la cocina, dejando a Perdita en el salón.

–Será mejor que te cases pronto. Seguro que esa chica tiene muchos pretendientes.

–No me extraña. Es preciosa.

–Y famosa, no lo olvides.

–¿Famosa? –pregunto él, con extrañeza–. Ah, te refieres al libro que está escribiendo...

–Al libro y a lo que he encontrado por Internet.

–¿Por Internet?

–Sí, sabes que navego por la Red para buscar cosas sobre tu padre. Hace unos días, encontré una nota de prensa en un buscador y entré en la página para leerla, pero no la entendí. Está en francés.

–Enséñamela.

Varushka encendió el portátil y se la enseñó.

–Sí, ya lo veo. Pero, ¿qué tiene que ver con Perdita?

–Espera un momento... Encontré una fotografía suya por casualidad y me descargué la página para que me la pudieras traducir.

Leonid se quedó helado al ver la fotografía. Perdita estaba con el periodista que él mismo había echado del hotel de París. Y, por su expresión, parecían buenos amigos.

Lentamente, casi a regañadientes, tradujo el texto a Varushka. No decía mucho; el redactor se limitaba a comentar que Frank

Binley y Perdita Davis, los famosos periodistas de la prensa del corazón, habían dejado de trabajar juntos.

–¿Eso es todo? ¿No dice nada más? –preguntó Varushka.

–No, nada. Por la fecha, es una información de hace años.

Perdita apareció justo entonces.

–Hola, Perdita... Estábamos viendo una página donde hablan de ti –declaró la madre de Leonid–. Acércate...

Cuando Perdita vio lo que estaban mirando, se quedó helada. Y cuando vio la cara de Leonid, supo que tenía un problema.

Había descubierto la verdad. De la peor manera posible.

–No sabía que fueras tan famosa, Perdita –declaró Varushka–. Quiero que me cuentes más cosas de ti.

–Ya te las contará, mamá; pero no esta noche –dijo Leonid–. Se está haciendo tarde. Ya hablaremos mañana.

–Está bien –Varushka bostezó–. Es una pena que siempre esté tan cansada...

–Duerme un poco, mamá. Nina te llevará a tu dormitorio.

En cuanto se quedaron a solas, Leonid miró a Perdita con rabia.

–Es él, ¿verdad? El tipo de la foto. Ese canalla es amigo tuyo.

–No es amigo mío. Trabajamos juntos hace años, pero ya no tenemos nada que ver.

–Eres periodista. Trabajas para la prensa del corazón –la acusó.

–No, ya no.

–Pero lo eras cuando viajaste a París. Todavía estabas con él.

–Eso fue una coincidencia. Ni siquiera sabía que Frank estaría en el hotel. No lo había visto en varios años.

–Pero trabajabas para la prensa del corazón. Por eso fuiste a París. No fue una casualidad que te tropezaras conmigo... Me confundiste con Travis y pensaste que era una ocasión excelente para conseguir un reportaje.

–Leonid, yo...

–¿Es que lo vas a negar?

–Si dejas que me explique...

–Me has engañado, Perdita –la interrumpió, fuera de sí. Me has manipulado y te has reído de mí –rugió–. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Hasta te presenté a mi familia. Metí al zorro en el gallinero.

–¡Maldita sea! ¿Quieres cerrar la boca y escuchar lo que tengo

que decir?

Leonid se cruzó de brazos y dio un paso atrás.

–Está bien, te escucho.

–Empezó como tú dices. Viajé a París con intención de conseguir un reportaje. Pero te conocí y me di cuenta de que no te podía hacer eso.

–Oh, vamos…

–¡Es verdad! No he escrito ni una sola línea sobre ti o sobre tu familia. De hecho, ya no trabajo para la prensa del corazón. Lo he dejado para siempre. Ahora no tengo más empleo que el encargo de Lily Folles… y pienso seguir por ese camino.

Leonid guardó silencio.

–Lo siento mucho. Sé que tendría que habértelo contado, pero nunca encontraba el momento. Supongo que me daba miedo –le confesó–. Tienes que creerme. Nos conocemos desde hace tres meses, y seguro que no has visto ni una palabra mía en los periódicos. Eso demuestra que soy sincera.

–No, no he visto nada. Pero cualquiera sabe lo que estás planeando. Sabes tanto de mi familia que podrías ganar una fortuna.

–Podría, pero ya no estoy en ese negocio. Puedes confiar en mí.

–¿Confiar en ti? –dijo con amargura–. Es un error que no pienso cometer otra vez. Creí en ti, pensé que eras la mujer que estaba buscando, pero… Bueno, ya no importa. Solo era un sueño, una fantasía.

Leonid dio media vuelta y se marchó.

Aquella noche, Perdita salió a pasear por el jardín. No podía dormir; tenía demasiadas cosas en la cabeza. Y cuando volvió a la casa, se quedó sentada en la cama de su habitación, sin encender la luz.

Leonid apareció poco después.

–No enciendas la luz –dijo él.

Perdita albergó brevemente la esperanza de que la hubiera perdonado, pero Leonid ni siquiera se acercó a ella.

–He hablado con mi madre. Le he dicho que te tienes que ir por motivos familiares. Mañana te llevaré al aeropuerto.

–Oh, Leonid... ¿No podemos hablar?

–¿Para qué? No serviría de nada.

–Pero yo te amo. Eso no ha cambiado. Sigo siendo la mujer que era.

–¿Y quién era esa mujer? Yo creía conocerla y creía amarla. Me parecía la persona más leal y generosa del mundo. Habría hecho cualquier cosa por ella. Le habría confiado mi propia vida. Estaba seguro de que no me abandonaría nunca.

–Leonid, si estás enamorado de mí...

–Ya no sé qué pensar. Ni siquiera sé si esa mujer existe.

–Claro que existe. Pero ¿qué quieres que haga? No puedo borrar lo que fui. No puedo hacer nada salvo ser yo misma e intentar que comprendas lo mucho que te quiero. Estamos hechos el uno para el otro, Leonid.

–No, no me tientes con ilusiones.

–¿Por qué lo dices? ¿Porque ya no confías en mí?

Él sacudió la cabeza y dijo, muy triste:

–No. Lo digo porque no confío en mí.

Perdita se levantó de la cama y se detuvo ante él. En la oscuridad, apenas podía distinguir sus rasgos. Pero su presencia física le resultó imponente. Era tan grande, tan poderoso... Y, al mismo tiempo, vulnerable y frágil.

–Soy tuya. No te dejaré nunca. Seguiré contigo aunque mañana me obligues a subir a un avión. Estaré en tu corazón y en tus pensamientos. Por mucho que lo intentes, no podrás borrarme de tu vida.

Ella le dio un beso y él respondió con pasión. Pero Perdita supo que no había cambiado de parecer. Estaba atrapado entre sentimientos contradictorios.

–Oh, Leonid...

Leonid se apartó.

–No digas nada. Será mejor que nos despidamos. Es lo único que podemos hacer.

Leonid salió de la habitación y cerró la puerta, dejándola en una oscuridad mucho más profunda que la de antes.

Varushka se despidió de Perdita entre lágrimas y le hizo

prometer que volvería pronto.

–Daremos una fiesta para celebrar vuestro compromiso. Incluso es posible que Amos venga –añadió la madre de Leonid–. Oh, no sabes lo feliz que soy.

–Bueno, todos tenemos motivos para estar contentos –dijo Perdita con una sonrisa forzada.

Ya en el aeropuerto, Leonid se mantuvo en silencio hasta que llegaron a la puerta de embarque. Entonces, se giró y la miró con intensidad. Perdita habría jurado que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

–Perdóname, Perdita. No sé cómo explicarlo, pero... No puedo hacer otra cosa –dijo–. Perdóname, por favor.

–¿Y tú? ¿Me perdonarás a mí?

–No me pidas eso. No te culpo de nada, pero me gustaría que entendieras que...

–Ya hablaremos cuando nos volvamos a ver.

A pesar de su afirmación, Perdita ni siquiera sabía si se volverían a ver.

Se dirigió a la puerta de embarque y se dio la vuelta. Leonid seguía allí, así que le lanzó un beso. Él no se movió.

Antes de perderlo de vista, se volvió a girar.

Leonid no se había movido del sitio. Estaba cabizbajo, con los hombros caídos, sumido en la desesperación.

De vuelta en Inglaterra, Perdita se encontró con más tiempo libre del que le habría gustado. Leonid le había partido el corazón, y no dejaba de pensar en él. Pero no pensaba en él con amargura, sino con un sentimiento contradictorio. Estaba segura de que aquel hombre difícil, que había elegido vivir sin amor para ahorrarse el dolor de la pérdida, estaba profundamente enamorado de ella.

Un día, cansada de esperar, decidió llamarlo. Leonid no contestó. Había desconectado el teléfono. Pero Perdita no era de las que se rendían con facilidad, de modo que marcó el número de la casa de Varushka.

Esa vez, contestaron. Aunque no fue Leonid, sino Nina.

–¿Dígame?

–Hola, Nina... ¿Está Leonid en casa?

–Sí, está aquí.

–¿Le puedes decir que se ponga?

–No, no puedo. Lo siento. Me ha dicho que no quiere que lo interrumpan bajo ningún concepto. Y no me atrevo a desobedecer.

–Pero, ¿qué ha pasado?

–Algo terrible... Varushka se está muriendo.

–¿Muriendo? –preguntó, atónita.

–Sí, ha sufrido un infarto. Leonid quiso llevarla al hospital, pero Varushka se negó a salir de casa –explicó–. Leonid contrató a dos enfermeras para que cuiden de ella, pero no creo que tenga solución.

–Oh, Nina...

–Me temo que eso no es todo. Varushka pregunta una y otra vez por Amos, pero el padre de Leonid se niega a venir. Leonid lo ha llamado varias veces y su respuesta ha sido siempre la misma. No le hace caso. Le ha gritado, le ha rogado, ha hecho todo lo que podía hacer, pero Amos no quiere saber nada.

–Maldito canalla...

–Pobre Leonid. Está completamente hundido. La gente cree que es un hombre frío e implacable, pero se equivoca.

–Lo sé.

–Si no fuera porque tiene miedo de que Varushka fallezca en su ausencia, iría a Montecarlo y le diría unas cuantas cosas a Amos. No se aparta de la cama de su madre, ¿sabes? Está con ella día y noche.

Perdita guardó silencio durante unos segundos.

–Dile que he llamado. Y que mis pensamientos están con él.

–Se lo diré.

–Dile que me llame en cuanto pueda.

–Por supuesto.

–Y por favor, dile que no está solo.

Cuando Perdita colgó el teléfono, se dijo que había mentido. Leonid estaba solo, completamente solo. Y lo estaba porque había elegido estarlo. El amor le daba tanto miedo que prefería no arriesgarse.

Pero esa no era la única preocupación de Perdita. Empezaba a sospechar que se había quedado embarazada. Y unas semanas después, decidió hacerse la prueba.

Estaba esperando un hijo.

Su primera reacción fue de júbilo. Tuvo el convencimiento de que todas las dudas de Leonid desaparecerían cuando le dijera que iban a ser padres. Pero luego se acordó de Varushka y de su relación con Amos. La madre de Leonid también se había hecho ilusiones. No había comprendido que Amos no tenía la menor intención de estar con ella.

Al final, decidió esperar su llamada. Y cuando se dio cuenta de que Leonid no iba a llamar, tomó la única decisión posible.

Tendría que ir a Rusia.

–No hay tiempo que perder –se dijo–. Iré a Rostov y le diré que va a ser padre antes de que me pueda cerrar la puerta en las narices.

Perdita encendió el ordenador y compró el billete por Internet. A continuación, hizo las maletas y se dirigió directamente al aeropuerto. Pero aún faltaban un par de horas para su vuelo, así que compró un periódico y se sentó en una cafetería.

Estaba leyendo una información sobre Amos Falcon cuando un hombre se sentó a su lado porque era la única silla libre.

–¿Le importa?

–No, en absoluto.

El desconocido, un hombre de mediana edad, echó un vistazo al periódico.

–Malditos Falcon... Son una verdadera plaga.

–¿Por qué lo dice? ¿Le han hecho algo?

–Amos, sí. Ese tipo es un verdadero estafador.

–Bueno, supongo que habrá trabajado duro para llegar tan alto...

–No lo niego, pero es un estafador. ¿Por qué cree que vive en Montecarlo? Se marchó para no tener que pagar impuestos en Inglaterra. Déjeme que le cuente un par de cosas...

Durante la hora siguiente, el desconocido se explayó sobre el padre de Leonid. Y era evidente que lo conocía muy bien. Trabajaba en banca, pero no era un hombre poderoso; solo era alguien que entendía de negocios y que había descubierto cosas verdaderamente terribles sobre el patriarca de los Falcon.

Al cabo de un rato, Perdita dijo:

–Seguro que exagera. No puedo creer que Amos Falcon se haya salido con la suya durante tanto tiempo sin que nadie...

–Amos Falcon sabe cubrirse las espaldas –la interrumpió–.

Obviamente, si las autoridades supieran lo que le acabo de contar, terminaría en la cárcel. Pero discúlpeme, por favor. Ya la he aburrido demasiado.

–No, ni mucho menos. Ha sido muy interesante. Pero ahora me tengo que ir...

Perdita sabía que el aeropuerto tenía wifi, así que buscó un lugar tranquilo, se conectó a Internet y empezó a buscar información. Si alguien la hubiera visto en ese momento, habría pensado que era una investigadora profesional.

Cuando encontró lo que necesitaba, se dirigió al mostrador de la compañía aérea y declaró:

–Tengo que cambiar mi vuelo. He comprado un billete para Rostov, pero me ha surgido un asunto de última hora y me gustaría volar a Montecarlo.

–Tiene un avión dentro de dos horas.

–Magnífico. ¿Me puede cambiar el billete?

Tras hacer los trámites oportunos, Perdita se dirigió a la puerta de embarque. Caminaba erguida, con la cabeza bien alta. Tenía la sensación de que su momento había llegado y de que, por fin, iba a ganar.

Capítulo 12

Amos Falcon adoraba los casinos. Eran lugares perfectos para sopesar sus habilidades y su suerte, y tenían una ventaja añadida: la presencia de jóvenes bellas que estaban dispuestas a ofrecer sus favores sin hacer demasiadas preguntas.

Pero aquella noche, cuando se giró a su alrededor en busca de compañía femenina, vio a una mujer que no se esperaba.

–¿Señorita Hanson? –preguntó confundido.

–Sí, soy yo.

Perdita le dedicó la mejor de sus sonrisas y decidió dejar las revelaciones para más tarde. De momento, solo quería aprovechar el elemento sorpresa.

Durante los minutos siguientes, se dedicaron a charlar. Perdita interpretó tan bien el papel de chica ingenua que consiguió engañar al padre de Leonid. Poco después, él pidió una botella de champán y la llevó a una mesa.

–El champán está buenísimo –dijo ella–. Es justo lo que necesitaba.

–Me sorprende encontrarte aquí...

Ella parpadeó con expresión seductora.

–Hay muchas cosas de mí que te sorprenderían.

Amos arqueó una ceja.

–¿Estás en Montecarlo por algún motivo en concreto?

–Sí, por uno muy concreto.

Amos sonrió.

–No quisiera estar en el lugar de tu víctima...

–Ni yo. No sabe lo que le espera.

El padre de Leonid soltó una carcajada.

–Cuéntamelo, por favor. ¿Quién es el pobre hombre que va a sufrir semejante castigo?

Perdita lo miró con intensidad.

–Tú.

Ya se había hecho de noche cuando una mujer entró en la casa de Varushka por la parte trasera. Nadie la vio. Nadie salvó Nina, que le abrió la puerta.

–Empezaba a estar preocupada...

–Todo ha salido bien –afirmó Perdita–. El taxista me ha dejado en la esquina, como acordamos. Y no había nadie que me pudiera ver.

Nina le dio un abrazo.

–No sabes lo agradecida que te estoy. Ojalá salga bien.

–¿Ya ha llegado Amos?

–No, aún no.

–Llegará pronto. Me lo prometió. Y si rompe su palabra... Bueno, espero que no la rompa, porque puedo ser extraordinariamente mala cuando quiero.

Nina asintió.

–Te creo. Y me alegra que estés del lado de Varushka. Eres su única esperanza.

–¿Qué tal está Leonid?

–Mal. No se aparta de su madre. Sabe que su final se acerca e intenta encontrar la forma de devolverle la felicidad, pero no puede hacer nada.

–Estoy segura de que Varushka se alegra de tenerlo a su lado. Es el mejor hijo que una madre podría tener.

–Quizás, pero eso no alivia la desesperación de Leonid. Sabe que su madre necesita otra cosa, algo que él no le puede dar. Y tengo miedo de que, si no se produce el milagro, se le parta el corazón.

–Entonces, tendrá ese milagro.

Un instante después, oyeron la voz de Leonid.

–Oh, Dios mío –dijo Perdita–, no quiero que me vea. ¿Dónde me puedo esconder?

–En el armario, detrás de ti.

Perdita se escondió a toda prisa. Leonid entró en la cocina un segundo más tarde y dijo:

–Mi madre tiene sed, Nina.

–Está bien. Le llevaré una jarra de agua.

Nina ya había llenado la jarra cuando alguien llamó a la puerta. Perdita cerró los ojos en el interior del armario y cruzó los dedos

para que fuera el milagro que Varushka necesitaba.

–¡Padre!

Perdita no pudo oír las palabras siguientes de Leonid, pero era evidente que estaba verdaderamente sorprendido por la aparición de Amos.

Un par de minutos más tarde, Nina abrió el armario.

–Han subido a la habitación de Varushka –le informó–. ¿Quieres verlos?

–¿Puedo?

–Por supuesto. Sígueme.

Nina la llevó a un punto elevado del jardín, desde el que se veía perfectamente la habitación de Varushka. Por suerte, la ventana estaba abierta. Leonid se había sentado en el borde de la cama y estaba hablando con su madre. Amos no se encontraba en la habitación. Aparentemente, Leonid había querido hablar con ella antes de invitarlo a entrar.

De repente, la cara de Varushka se iluminó. Y cuando Amos apareció en la puerta del dormitorio, la madre de Leonid se incorporó un poco y gritó:

–¡Amos! ¡Mi amor...! ¡Has venido!

Amos se sentó en la cama y se fundió con ella en un abrazo.

–He soñado tanto con este momento...

–Pues ya estoy aquí.

Perdita se dio cuenta de que Amos estaba incómodo, pero Varushka ni siquiera lo notó. Solo sabía que el amor de su vida estaba con ella.

–Mi amor... –dijo–. No podía dejar este mundo sin despedirme de ti.

Amos susurró algo que Perdita no pudo oír. Varushka sonrió con debilidad y cerró los ojos de tal manera que Perdita tuvo miedo de que hubiera fallecido. Pero el movimiento de su pecho indicaba que seguía respirando. Solo se había quedado dormida.

Cuando Leonid y Amos salieron de la habitación, Perdita volvió a entrar en la casa. Los dos hombres se dirigieron al despacho y cerraron la puerta, pero Perdita no estaba dispuesta a perderse nada, así que entró en la habitación contigua y apretó la oreja contra la pared.

–Le pasa con frecuencia. Se queda dormida de repente –dijo

Leonid–. El médico ha dicho que no le queda mucho tiempo... No sabes cuánto te agradezco que hayas venido a verla.

–¿Me estás diciendo que te sorprende? –bramó Amos.

–Sí, por supuesto. Cuando hablamos por teléfono la última vez, me dijiste que no ibas a venir. Tendría que haber sabido que eres demasiado generoso como para dejarla morir en soledad. Muchas gracias, padre.

–Serás hipócrita... –declaró con amargura–. Sabes perfectamente que no he venido a Rostov por motivos sentimentales.

–¿Cómo? No te entiendo.

–Estoy aquí porque tus amenazas no me han dejado más opción.

–No sé de qué estás hablando.

–Deja de fingir. Tu novia puede haber sido el brazo ejecutor, pero sé que es cosa tuya.

–¿Mi novia?

–Sí, esa escritora con la que has cometido el inmenso error de involucrarte. Erica Hanson... O Perdita, como se llame –replicó–. Descubrió cosas que me podrían causar muchos problemas y se presentó en Montecarlo para extorsionarme. Me dijo que, si no venía a ver a Varushka, lo publicaría todo.

–¿Perdita ha ido a verte?

–Se presentó en el casino. Logró que bajara la guardia con sus sonrisas falsas y, después, entró a matar.

–No me lo puedo creer...

–¿Que no te lo puedes creer? ¿Me has tomado por estúpido? Esa mujer no habría ido a Montecarlo si tú no se lo hubieras dicho. No tiene nada que ganar. La enviaste tú, porque ni siquiera tienes el valor de enfrentarte a mí en persona.

–Yo no la he enviado. Hace semanas que no hablo con ella. Ni siquiera sé dónde está.

En ese momento, se abrió la puerta.

–Estoy aquí, Leonid.

Los dos hombres la miraron con asombro.

–Perdita...

–Buenas noches, caballeros.

–¿Qué diablos...?

–Leonid te ha dicho la verdad, Amos. No sabe nada de nada. Te lo dije cuando nos vimos en Montecarlo.

–Me dijiste un montón de mentiras.

–Al contrario. Eran un montón de verdades. Por eso te disgustaron tanto.

–Has utilizado a mi hijo para investigar en mi pasado...

Perdita sacudió la cabeza.

–No. Leonid no tiene nada que ver. Ni siquiera está conmigo. Para él, yo solo he sido una diversión. Ni me quiere ahora ni me querrá nunca. Y desde luego, no me ha dicho nada que yo pudiera utilizar en tu contra.

Amos la miró con desconfianza.

–No me engañas, Perdita. Conozco a los hombres y sé que mi hijo está enamorado de ti. Solo hay que ver cómo te mira –afirmó–. Además, no habrías podido descubrir esas cosas si él no te hubiera dado información.

–Tengo mis propios recursos, Amos. Leonid no sabía nada de lo que iba a pasar.

–Maldita manipuladora...

–Sí, soy una manipuladora. Finjo, engaño y hago cosas que ninguna persona decente podría hacer. Tengo informaciones que asombrarían a cualquiera, y las utilizo cuando me conviene... Pero no me mires así, Amos. En comparación contigo, yo soy una principiante.

–Me has chantajeado...

–Sí, por supuesto. Era la única forma.

–Bueno, basta de conversación. Dame esos documentos. Cumple tu palabra.

–Cumpliré mi palabra cuando termines el trabajo.

–Ya he hecho lo que querías.

–Pero todavía no has terminado. Vuelve con Varushka y dale un poco más de felicidad.

–Mira...

–No, mira tú. Yo soy quien da las órdenes. Cuando Varushka se despierte, quiero que estés a su lado.

–Tiene razón –intervino Leonid–. Mi madre debe pensar que no la has dejado ni un momento.

–¿Cómo permites que esta mujer te manipule? –preguntó su padre–. Dice que hagas esto o aquello y tú lo haces.

–Quizás, porque ve cosas que yo solo alcanzo a atisbar.

Leonid les hizo un gesto para que lo siguieran al dormitorio de Varushka. Amos se acababa de sentar en el borde de la cama cuando ella abrió los ojos y lo miró.

–Estás aquí... Pensé que te habrías ido.

Consciente de que lo estaban mirando, Amos dijo:

–Yo no te dejaría nunca. Pienso en ti todos los días de mi vida.

–Y yo en ti...

Leonid se acercó a su madre y la acarició.

–Amos dice la verdad. Cuando nos vemos, no hace otra cosa que hablar de ti. Siempre me pregunta por tu vida... siempre quiere saber si tú lo extrañas tanto como él a ti.

–Oh, soy tan afortunada... –murmuró Varushka–. Tengo el amor del hombre más maravilloso del mundo. Y del hijo más maravilloso del mundo.

–Y dentro de poco, también de un nieto –intervino Perdita.

–¿Un nieto?

–Estoy embarazada. Leonid y yo vamos a tener un hijo.

–¡Un hijo! Dios mío...

Leonid miró a Perdita con perplejidad.

–¿Un hijo?

–Sí, tuyo y mío.

–¡Mi nieto! –exclamó Varushka–. Y el nieto de Amos... Ahora volveremos a ser una familia. Estaremos todos juntos.

–Sí –dijo Amos a regañadientes.

–Unidos para siempre.

–Para siempre –gruñó.

Varushka extendió una mano hacia Amos y otra hacia Leonid. Los dos hombres la miraron en silencio mientras ella cerraba los ojos y se dejaba ir.

Poco a poco, su respiración se detuvo.

–¿Está muerta? –preguntó Amos.

–Sí. Ha muerto –dijo Leonid.

–Entonces, ya está.

Amos se levantó y salió de la habitación en compañía de Perdita, que estaba más que enfadada. No podía creer que el padre de Leonid, que se había quedado con su difunta madre, se mostrara tan insensible en un momento como ese.

Al llegar al despacho, le dio los documentos que tanto quería.

Leonid llegó poco después.

–¿Está todo? –preguntó Amos.

–Todo. Pero no te preocupes por eso. Aunque no hubieras venido a Rostov, no habría publicado ni una sola palabra.

–¿Cómo?

–Nunca publicaría nada que pudiera hacer daño a Leonid.

–Oh, vamos... Hasta has sido capaz de inventarte un embarazo –la recriminó.

–Es la verdad.

–Entonces, ¿estás esperando un hijo?

–Sí. Tu nieto... y el de Varushka. Si pensabas que la ibas a olvidar con facilidad, te has equivocado. Ese niño será un recordatorio permanente de tu relación con ella.

Amos susurró algo ininteligible y los miró con ira.

–Me voy. Ya no me necesitáis.

–Gracias, padre –dijo Leonid–. Ha significado mucho para ella.

Cuando Amos se marchó, Leonid se giró hacia Perdita y le dio un abrazo.

–No encuentro palabras para expresar lo mucho que te lo agradezco. Amos es un hombre extraordinariamente peligroso, pero le has plantado cara y te has enfrentado a él. Te has arriesgado por mi madre.

–No, me he arriesgado por ti, porque sabía que era importante para ti. Pero créeme... no tenía intención de publicar nada sobre tu padre.

–Te creo. Siempre te he creído. Incluso soy capaz de creer que vamos a tener un niño –dijo con humor.

–Pues créelo. Y cree también que te amo, porque es cierto.

–Como yo te amo a ti, Perdita. Supongo que lo he sabido siempre, pero lo negaba porque soy un cobarde.

–No digas eso.

–Es verdad. Durante años, no he hecho otra cosa que evitar el amor. Pensaba que un hombre era más fuerte si estaba solo, pero me equivocaba. Sin amor, eres mucho más débil... No sabes cuánto he deseado llamarte. Te echaba de menos, pero estaba paralizado por el miedo. Pensaba que no te merecía.

–Pero has entrado en razón, ¿no? Y tenemos toda una vida por delante, Leonid... *Ya lyublyú tibyá.*

Leonid sonrió.

–Vaya, ya hablas mi idioma...

–Varushka me lo enseñó.

–*Ya lyublyú tibyá.* Sí, yo también te quiero. Pero piensa en los sacrificios que tendrás que hacer para estar conmigo. Tendremos que vivir en países distintos.

Perdita sacudió la cabeza.

–No. Viviré contigo, en Moscú. Y me dedicaré a escribir libros.

Leonid la miró con un cariño inmenso.

–No puedo creer que hayas vuelto a mí. Tenía la esperanza de que aparecieras un día, de repente, pero pensaba que solo era un sueño sin sentido. ¿Me perdonarás?

–¿Me has perdonado tú por haberte engañado?

–Eso ya no importa, Perdita. Lo único importante es que nos queremos.

–Pero tendremos dificultades. Discutiremos a veces...

–Y tú ganarás casi siempre –Leonid sonrió–. Aunque espero que me dejes ganar de vez en cuando.

–Bueno... me lo pensaré –bromeó Perdita–. Pero estaré siempre contigo. Estaremos juntos pase lo que pase.

Leonid la miró en silencio. Se acordó de su conversación con Travis, cuando su hermano le dijo que Charlene no era solo la mujer de la que estaba enamorado, sino también su compañera y su mejor amiga. Travis ya sabía entonces que acabaría con Perdita. Incluso había dicho que besaría el suelo que pisaba.

–Travis tenía razón –dijo al fin–. He tardado en darme cuenta, pero es verdad.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Perdita, extrañada.

–Te lo contaré algún día. Pero no hay prisa. Tenemos toda una vida por delante.